



HISTORIAS Y MITOS
DE LOS JUEGOS
OLÍMPICOS DE
LA ANTIGÜEDAD



DEMETRIO FRANGOS

UNAM • FFyL

HISTORIAS
Y MITOS
DE LOS JUEGOS
OLÍMPICOS DE
LA ANTIGÜEDAD

DEMETRIO FRANGOS

HISTORIAS
Y MITOS
DE LOS JUEGOS
OLÍMPICOS DE
LA ANTIGÜEDAD

Revisión, prólogo y anotación de
Gabriel Sánchez Barragán

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

EKATÓ

Primera edición: 2009

Segunda edición: 2024

DR © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán,
C. P. 04510, Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-9304-0

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Editado y producido en México

PRÓLOGO

Todo aquel que se dedique a la docencia suele comprender que esta actividad es un apostolado, tanto en el sentido de propagar ideas como en la comprensión de que es un servicio, casi una entrega incondicional; por ello, el verdadero maestro experimenta ese “llamado”, la vocación docente. No todo aquel que se dedica a la enseñanza es un maestro; éste debe manifestar una pasión que lo impulse a dar a conocer lo que él mismo aprende o lo que reflexiona, no lo atesora en el arcón de su avaricia académica, sino lo distribuye con el placer de la largueza intelectual hasta que la Moira corta el hilo. El maestro alcanza la inmortalidad gracias al recuerdo que de él guardan sus alumnos, así como por las obras que lega para aquellos discípulos futuros que su humanidad le impidió conocer.

Las grandes universidades del mundo, como lo es la Universidad Nacional Autónoma de México, son los hogares de todos esos maestros que, por sus cualidades vocacionales, merecen recibir el título que el evangelista sólo asigna al hijo de Dios. Como orgullosa detentadora del saber de un pueblo, la Universidad Nacional se ha preocupado desde su fundación por divulgar el conocimiento, lo mismo en las aulas que en el papel, permitiendo con ello a sus docentes obtener la más excelsa eternidad: “quedarse en el *conocimiento* de los hombres”.

De esa rica herencia universitaria, lo que los filólogos clásicos han legado a la posteridad es, ante todo, el acervo de traducciones españolas a las grandes obras de la literatura grecorromana, para que los jóvenes mexicanos puedan disfrutar de las lirás helenas y los ritmos latinos, de las reflexiones filosóficas y la practicidad romana, todo ello en su lengua madre, siempre con la esperanza de interesarlos en degustar los antiguos textos en su idioma original. Unos pocos se han adentrado en el ensayo, rigurosa exposición de ideas con respecto a la

cultura de aquellas edades, pero casi nadie ha explorado el amplísimo campo de la divulgación.

Las obras de divulgación son erróneamente consideradas como un trabajo menor comparado con la voluminosa labor del ensayista académico, pero la aparente facilidad de un texto de divulgación debe ser aquilatada, pues dicha labor, cuando es realizada por un experto — como es el caso de la presente obra —, no puede ser considerada como simple.

Comparativamente, considero más sencillo dirigirme a un grupo de especialistas con los que puedo prescindir de ciertas informaciones, con los cuales puedo emplear una serie de tecnicismos y abreviaturas o con quienes puedo enlazarme por compartir un interés particular; más complicado es dirigirse al gran público con un lenguaje claro y atractivo, para abordar un tema general que avive las ansias naturales del ser humano por conocer. Es en ello que, asevero, radica la difícil facilidad de estas piezas de carácter divulgativo.

Quando tuve entre mis manos el manuscrito de Demetrio Frangos, *Historias y mitos de los juegos olímpicos de la Antigüedad*, fue como si hubiera escapado del inmisericorde Hado y vislumbrara un pasado maravilloso: el tiempo en que mis propios maestros fueron alumnos y disfrutara la cátedra del preclaro maestro. Ya había oído hablar de Frangos, había revisado su traducción de la *Ciropedia* e incluso había estudiado la famosa *Gramática*, pero no fue hasta que leí estas páginas que conocí al maestro y no al erudito. Imaginé lo que debieron ser sus clases, llenas de anécdotas y plagadas de citas clásicas que, se puede apreciar, manejaba con soltura... Por un momento me sentí su alumno.

El rescate de este texto era, para mí, tan inapreciable como la reedición de su versión de Jenofonte, pues mostraba una faceta que muchos no pudimos conocer. En la enigmática mención de Demetrio Frangos latía también su herencia helena. El vínculo con Grecia es algo que los clasicistas mexicanos experimentamos de una manera ajena; para Frangos era natural, pues él había nacido en aquella tierra, llevaba la impronta del sentir heleno, la pasión de la gente del Mediterráneo, y esto no lo digo

porque me lo confiara alguno de sus antiguos discípulos, sino porque se reconoce en sus palabras:

No pudieron [sc. los romanos] comprender el significado de ellos [sc. los juegos helenos], de esta noble competencia cuyo premio consistía en una simple rama de olivo. Pero al enfrentarse con una *civilización superior*, no pudieron evitar imitarla.¹

Siguieron después *las hordas bárbaras* de los búlgaros, eslavos y sobre todo de los turcos, que devastaron toda Grecia y especialmente Delfos y Olimpia.²

Verdadera pasión transcrita a letras que no he encontrado en ningún mexicano que diga amar la antigua Grecia, porque no siente el orgullo de pertenecer a esa ancestral raza, hermana de los dioses. No conozco las razones por las que tuvo que abandonar las aguas azul profundo del Egeo, pero fue una Tique afortunada la que nos lo envió al Valle de Anáhuac.

La Universidad Nacional, que lo albergó por más de tres décadas, se precia ahora de publicar una obra póstuma que, según sus compiladoras —hija y nietas— se creó con el fin igualmente orgulloso de recordarnos no sólo cuáles eran esos juegos, sino el valor humano que encerraban; demostrarnos que no era el afán egoísta del triunfo personal, sino el de presentar ante toda una nación la calidad de hombres que alimentaba ese suelo patrio, ser *primo inter pares* y provocar a los coetáneos a medirse y a los más jóvenes a superarlo: el verdadero valor de la competencia que nada tiene que ver con el poder. Éste es, así, el objetivo principal del texto de Demetrio Frangos, *Historias y mitos de los juegos olímpicos de la Antigüedad*, pero no el único, como podrá apreciar el lector.

¹ Cf. Demetrio Frangos, *Historias y mitos de los juegos olímpicos en la antigüedad*, p. 120, en este volumen. (Las cursivas son mías.)

² *Ibid.*, p. 123. (Las cursivas son mías.)

Bajo la égida del saber, escudo la anotación que me he atrevido a realizar al valioso texto del ínclito helenista; sé que él me disculpará, pues me llevó la misma intención didáctica que el maestro pregonaba con el ejemplo. Sólo he anexado información reciente sobre tópicos que planteaba el autor o he transcrito el texto griego, cuando fue posible, con su cita exacta para que se aprecie aún más su traducción.³ Porque resultaría muy difícil, y en ocasiones imposible, el rastreo de las fuentes literarias que cita el maestro Frangos es que decidí dejar intacta su bibliografía, aun cuando carezca de datos para la localización exacta de los textos, y preferí anexar la propia y empleada en las notas como segunda, a fin de facilitar a los lectores la consulta de las piezas que menciono en las mismas.

Aquel o aquella que repase esta pieza del maestro Frangos disfrutará de un texto rico en detalles que explora de manera sucinta desde el nacimiento de los juegos en sus mitos y rastros arqueológicos, hasta su caída provocada por el tiempo y el cambio de ideas que éste arrastra, pero, sobre todo, escuchará la voz del maestro, del catedrático y del griego, del hijo de la Hélade, y no sólo de un amante extranjero de sus caricias eternas como lo somos el resto de nosotros.

Gabriel Sánchez Barragán

³ Con el fin de continuar con el estilo didáctico, los nombres de los autores y las obras clásicas serán citados en traducción para facilitar la consulta de los no expertos, evitando el uso de las abreviaturas canónicas.

PRESENTACIÓN

El presente libro es una obra póstuma del maestro emérito Demetrio Frangos Roccas, nacido en 1891 en Alátsata, Grecia, Asia Menor. Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde recibió la medalla del quincuagésimo aniversario de la Autonomía de la Máxima Casa de Estudios; impartió las materias de Griego y Seminario de griego durante 35 años. Fue mentor de varias generaciones de estudiantes, erudito y destacado difusor del helenismo.

El maestro Frangos realizó traducciones del griego al castellano de las obras *La Antígona*, de Sófocles; *La Ciropedia*, de Jenofonte; *La Anábasis*, de Jenofonte; *El económico*, de Jenofonte, y *Las historias*, de Herodoto. Asimismo, hizo la traducción del latín al castellano del manuscrito de don José Eguiara y Eguren sobre sor Juana Inés de la Cruz, cuyo original se halla en Texas, Estados Unidos.

Una de sus obras más notables es la *Gramática griega teórica-práctica*, libro aceptado como texto oficial para la enseñanza de la materia de griego en la UNAM, desde 1950. El 2 de junio de 1962, recibió la Cruz de Oro de la Orden Real del Fénix, concedida por S. M. el Rey Pablo I de Grecia, en reconocimiento de sus 48 años de enseñanza en México y 30 de profesor de Griego en la Facultad. La condecoración fue impuesta por el reverendo archimandrita doctor don Pablo de Ballester y M., sacerdote de la Comunidad Helénica de México. En esa ocasión, el señor licenciado Gilberto Loyo hizo un caluroso elogio del festejado, mencionando que fue su discípulo en el Colegio Preparatorio de Orizaba, en 1916.

El maestro don Demetrio Frangos Roccas murió el 14 de marzo de 1981 en la Ciudad de México, dejando una huella imborrable en varias generaciones que tuvieron el privilegio de aprovechar sus conocimientos, su sabiduría, su sencillez, su gran sentido del humor y,

sobre todo, el gran amor por la naturaleza, por su familia y por cada pequeño gozo de la vida.

La obra que aquí nos ocupa, *Historias y mitos de los juegos olímpicos de la Antigüedad*, quedó inédita desde 1968 para las Olimpiadas de México. Su hija, Danaé Frangos de Álvarez, y sus nietas, María Eugenia y Mercedes Álvarez Frangos, la rescataron, transcribieron, agregaron imágenes y actualizaron, motivadas por el regreso de los Juegos Olímpicos a su casa, Grecia, en 2004.

Danaé Frangos

SEMBLANZA DEL MAESTRO DEMETRIO FRANGOS ROCCAS

Cerca de 35 años, de 1932 a 1967, las humanidades de México recibieron desde la UNAM una generosa fecundación por la enseñanza del maestro Demetrio Frangos. Generación tras generación de la Facultad de Filosofía y Letras aprendieron a comprender directamente los textos griegos clásicos y a formarse con los ideales de los autores antiguos. Como un reconocimiento institucional, el Consejo Universitario, el 18 de diciembre de 1959, lo designó, entre aplausos y una aclamación unánime, profesor emérito de la Facultad de Filosofía y Letras. El cuerpo académico de esta Facultad celebró con júbilo el nombramiento más grande que la UNAM otorga a los maestros distinguidos.

Demetrio Frangos nació griego el año de 1891 en Alatsata. Después de obtener el título de Bachiller de la Gran Escuela Nacional de Phanar, Constantinopla, recibió el título de Contador Público, expedido por la Escuela de Altos Estudios Comerciales de Marsella, Francia. Llegó a México y es su patria por adopción. En 1915 inició el “Curso de los honores” magisteriales impartiendo Raíces griegas y latinas en el Colegio Preparatorio de Orizaba. La vocación se amplía dos años más tarde, cuando funda la Escuela Superior de Comercio de Orizaba, y cuando es nombrado profesor de Materias Especiales por la Escuela Industrial Federal de Orizaba, al principiar el año de 1926. Junto con su esposa, Conchita Mayorga, y sus cinco hijos, se trasladó a la capital en 1931.

Se suceden los actos de vocación magisterial. Enseñó Lengua griega en la Facultad de Filosofía y Letras desde 1932. Este magisterio se amplió más tarde al Seminario de traducción griega, que formaba a los becarios destinados a multiplicar los traductores de la biblioteca bilingüe mexicana (*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*). El mismo Antonio Caso, en 1939, lo propone como profesor de Raíces griegas y latinas aplicadas a las ciencias biológicas.

La Escuela Nacional Preparatoria, a partir de 1940, lo nombró docente de Latín, de Etimologías grecolatinas y de Griego.

Ya sea a nivel bachillerato o facultativo, el maestro Frangos guiaba amorosamente a los alumnos hacia la comprensión de los textos. Iniciaba el aprendizaje enseñando textos fáciles y luego introducía en los difíciles o de autores clásicos. No recurría a la maraña de la gramática, pues gustaba de ir mostrando cómo era posible entender el texto vivo, a manera de una lengua cotidiana y familiar. Modo de enseñar que no apartaba, con todo, de la morfología o de la sintaxis, las cuales funcionaban a manera de báculos.

En el Seminario de traductores era otro el método. Aquí el maestro ejercitaba una verdadera colaboración personal de quien enseñaba y de quien aprendía. Antes de trabajar en un texto, lo explicaba respecto de su contenido, de su vocabulario específico y de algunas construcciones sintácticas. El alumno regresaba para exhibir su comprensión del texto mediante la traducción correspondiente. El trabajo tenía siempre un carácter individual.

El maestro Frangos —“Franguitos” lo llamaban emotivamente sus colegas— no medía en horas su esfuerzo en favor de los alumnos, se entregaba a ellos de manera espontánea y gozosa.

Desarrollaba en la clase sus cualidades de ser humano. Había en el gesto y la mirada una actitud invariablemente bondadosa, al punto de que sus alumnos lo sentíamos recto del todo y moral sin falla. Sus palabras, su trato, sus indicaciones rezumaban el afecto y generaban alegría. Aun en medio de las explicaciones más abstractas había, difundiéndose, un espíritu amable y gracioso. Como era natural, no regañaba, repartía dulces, sembraba sonrisas y cariño. Los alumnos, por otra parte, no supimos de algún incumplimiento o de alguna molestia que experimentara por nuestra testarudez o nuestros actos imprudentes. Sabíamos internamente que éramos hijos, hijos en el ánimo y, por eso, no causaba extrañeza que nos relacionara con su familia.

Su humildad apareció en la determinación de presentar el examen de Maestría en Letras con especialidad en Letras Clásicas, en 1954, a pesar de que los órganos universitarios responsables lo habían eximido

de toda prueba, vistos sus altos merecimientos. Con actitud humilde, recibió, empero, en 1962, la Cruz de Oro de la orden Real de Fénix, que le concedió el rey Pablo I de Grecia por reconocerle su enseñanza en México de la lengua y la cultura griegas. Otro hecho que indica el carácter del maestro Frangos es su generosidad. Al ser clausurado el Colegio Preparatorio de Orizaba, sostuvo la Institución de su propio peculio y por desinteresadas concurrencias de voluntades. Durante 1932, impartió gratuitamente cursos de francés.

Este maestro y hombre a plenitud, además de formar humanistas, enriqueció la cultura mexicana con obras de humanismo no fugaz: la *Gramática griega teórico-práctica*; la traducción de la *Ciropedia*, la *Anábasis* y el *Económico* de Jenofonte; la *Historia* de Herodoto. La última obra es inédita; las de Jenofonte fueron publicadas en la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*. Consumado el itinerario de la vida humana, el maestro Frangos nos abandonó el 14 de marzo de 1981.

Julieta Margarita Tapia Cervantes

CAPÍTULO I

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE GRECIA

Las grandes culturas del mundo antiguo se extendieron alrededor del Mediterráneo. De las tres penínsulas de este mar, la oriental ocupaba la metrópoli helénica, que se divide en Grecia septentrional (Epiro y Tesalia), Grecia central (Beocia y Ática) y el Peloponeso, unido al continente por el istmo de Corinto (Acaya, Argólida, Élida, Arcadia, Laconia y Mesenia).

En todo este espacio, el mar penetra por todas partes formando amplios y profundos golfos, lo que hizo que desde un principio los griegos fueran marineros y pescadores. Las cordilleras se elevan a altitudes considerables como el Olimpo, de 2 917 metros de altura, la morada de los dioses, y el Taigeto, de 2 400 metros de altura, en el Peloponeso. Por su configuración geográfica, la navegación era más cómoda que el tráfico terrestre. Desde el siglo VI al IV a. C. los griegos dominaron las rutas comerciales del Mediterráneo.

El clima es mediterráneo con veranos calurosos y de muy pocas lluvias, siendo los cereales, la vid y el olivo las plantas propias de dicho clima. La diafanidad del aire es característica y ella nos explica el desarrollo plástico del pueblo griego.

Tanto la situación geográfica como la naturaleza del suelo impusieron un trabajo muy duro a los griegos; por eso, el gran historiador Herodoto, el padre de la historia, llama a la pobreza “compañera de ruta de Grecia”.

Colonización

Los griegos fueron un pueblo colonizador. Al sentir la falta de espacio por el incremento de la población, buscaron lugares llanos situados cerca de la costa con buenos puertos y una comarca fértil.

Para establecer nuevas colonias, antes que todo consultaban al oráculo de Delfos, cuyos sacerdotes tenían gran conocimiento del mundo entonces explorado. Los colonos se llevaban el fuego sagrado, las imágenes de los dioses y tierra de la Madre Patria que esparcían sobre el suelo de la nueva comarca. De esta manera, en toda Sicilia y del sur de la península itálica surgieron grandes grupos de población griega.

La más antigua de las colonias griegas fue Cumas, que partió de Calcis, la capital de la isla Eubea en 750 a. C. Desde Cumas fue fundada Parténope, la ciudad de Nápoles, y al sur, la ciudad de Posidonia, donde se hallan las famosas ruinas del templo de Paestum. Siguiendo hacia el sur, fundaron Síbaris en el año 709 a. C. y más tarde Crotona. Esparta fundó, el año 705 a. de C., la ciudad de Tarento; Calcis fundó también en Sicilia Naxos, Katane (la actual Katania), Leontinoi (hoy Lentini) y Rhegion (Reggio) e Himera; los de Mesenia fundaron la ciudad de Mesena (Messina).

En 735 a. C., los corintios fundaron Siracusa, que extendió su soberanía casi sobre toda la isla de Sicilia. Allí lucía Agragas (Agrigentum) fundada por Gela en el año 570 a. C. Los mercaderes de Fócea, en el Asia Menor, fundaron la ciudad de Masalia (Marsella) en el sur de Francia y después Antípolis (Antibes), Nicea (Niza) y Monoicos (Mónaco).

Calcis, que como hemos visto inició la colonización en el sur de Italia y Sicilia, ocupó la península del norte del mar Egeo, que llamó Calcídica. Mégara fundó la ciudad de Calcedonia en la costa asiática del Bósforo y, diez años después, Bizas; de la misma ciudad, fundó la ciudad de Bizancio, que después se llamó Constantinopla.

Los jonios se extendieron por la Cícladas y después por las costas occidentales del Asia Menor, fundando Mileto, la patria del sabio Tales, Priene, Éfeso, donde estaba el templo de Ártemis, Colofón y Esmirna. Mileto fundó muchísimas colonias en el Ponto Euxino (hoy mar Negro),

entre ellas Sénopé, Apolonia (Burgas), Trapezunte (Trebizonda), Odesos (Varna), Tomoi (Contanza) y Heraclea de Quersoneso (Sebastopol). Los dorios, por su parte, fundaron la ciudad de Cirene en el año 1050 a. C. en la costa norte de África.

De esta manera, la cultura griega se esparció por todo el Mediterráneo y las costas del mar Negro, lo que hoy es Bulgaria, Rumania y el sur de Rusia.

Creta

La más importante cultura pregriega se localizó en la isla de Creta. Su florecimiento comienza en el cuarto milenio a. C. y abarca veinte siglos. El recuerdo de ese florecimiento se ha conservado en las leyendas de la dominación marítima del rey Minos, en las historias del Minotauro y del laberinto. El nombre de Minos es el de los monarcas de Creta, como el de Faraón el de los reyes de Egipto.¹

¹ Si bien no puede negarse que entre la isla de Creta y el país de Egipto existieron vínculos comerciales que debieron redundar en influencias culturales (cf. Emily Vermeule, *La muerte en la poesía y en el arte de Grecia*, pp. 180 y ss), lo cierto es que hay pocas evidencias que apunten a que el nombre Minos pudiera ser un título dinástico como el de faraón. Diódoro de Sicilia (*Biblioteca histórica*, IV. lx. 2-3) señala la existencia de dos Minos, abuelo y nieto respectivamente, pero ello no redundará más allá del uso tradicional en una familia de cultura patriarcal. Sin duda, la persona de Minos fue reconocida como un monarca especial; ya Hesíodo (*Fragmentos*, 44) lo señalaba como el más distinguido de los reyes y hay datos que apuntan a identificarlo con esos soberanos íntimamente ligados al mundo de la magia y la religión (cf. Homero, *Odissea*, XIX. 178-179; Platón, *Leyes*, 624d, y Estrabón, *Geografía*, XVI. li. 38), aspecto que, de nuevo, está en consonancia con la raigambre indoeuropea de su linaje (cf. Diódoro de Sicilia, *loc. cit.*) Es también un tópico muy antiguo señalar el poderío militar-naval que se adjudicaba a Minos (cf. Heródoto, *Historias*, I. 171; Tucídides, *Historia de la guerra...*, I. iv. 1; viii. 2, y Diódoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, IV. lxxix. 1) como una muestra más de su semejanza con los antiguos faraones de Egipto. No obstante, parece que la identificación de Minos con el título egipcio se debe a Arthur Evans, quien creó toda una idea maravillosa de la isla y sus habitantes. Desde sus primeras declaraciones públicas, Evans proyectó una visión romántica de Creta como un paraíso regido por

En las excavaciones hechas en Cnossos y Festos por Arthur Evans, han salido a la luz grandes palacios adornados con frescos y se han exhumado más de 1 500 tablillas de arcilla con signos de una escritura lineal que empezó ya a descifrarse.²

un gobernante justo y piadoso: “his legendary presentation as the “friend of God” like Abraham to whom as to Moses the law was revealed on the hoy montain, calls up indeed just such a priest-king of antiquity”. Asevera MacGillivray, quien recoge las citadas palabras de Evans, que esto se debía tanto al momento histórico del arqueólogo (la época victoriana), como a una fantasía personal que el célebre inglés proyectaba sobre su descubrimiento (cf. Joseph A. MacGillivray, *Minotaur. Sir Arthur Evans and the Archeology of Minoan Myth*, pp. 255-256.)

² Afirma Leonard Cottrell (*El toro de Minos*, p. 155) que la razón primera de Arthur Evans al viajar a Creta era descubrir la escritura pregreca, la cual identificó en un pequeño trozo de arcilla y finalmente redundó en el hallazgo de 700 piezas grabadas que vieron la luz en el verano de 1900. Estas tablillas estaban redactadas en dos tipos de escritura que Evans denominó lineal A y lineal B; la primera se empleó en Creta durante el periodo que va de 1800 a 1450 a. C. y se han encontrado muestras de ella en otras islas como Tera, Melos y Ceos; la lineal A no sólo fue empleada en tablillas, sino también en pequeñas inscripciones en cerámica a la manera de dedicatorias, así como en inscripciones en muros. Por desgracia, y a pesar de las similitudes con la lineal B, esta escritura no ha sido descifrada aún. Es a Michael Ventris a quien se debe el desciframiento de la lineal B en 1952. (Para una sucinta historia del proceso de Ventris, véase L. Cottrell, *op. cit.*, pp. 279-296). La lineal B fue una forma tardía de escritura empleada para redactar la lengua griega; los grandes palacios recurrían a ella para conservar sus registros del personal y de producción; muchos centros palaciales recurrieron a ella: Micenas, Tirinto, Tebas, Pilos, así como Cnoso y Cidonia. La mayoría de los registros datan del siglo XIII a. C., aunque algunas tablillas de Cnoso pueden ser anteriores. Es posible que escribas cretenses hayan adaptado la escritura lineal A al griego o protogriego, que presentan estas tablillas y ello coincide con el periodo de expansión y posible dominio del continente sobre la isla de Creta (cf. John Chadwick, *El mundo micénico*, pp. 25 y ss., y J. A. MacGillivray, *op. cit.*, pp. 308-310.) La escritura corre uniformemente de izquierda a derecha y está compuesta de tres tipos de signos, a saber: 1) ideogramas o logogramas, que representan animales o personas que aparecen junto a los números para mostrar el tipo de seres contados; 2) numerales de base decimal con signos para el uno, diez, cien, mil y diez mil; 3) signos silábicos, usualmente una consonante seguida de vocal, empleados para deletrear los nombres propios y el vocabulario. Hay también un pequeño número de signos con valor con-

Hacia el año 1700 a. C. hubo una gran catástrofe: erupción volcánica, guerra intestina o tal vez invasión extranjera, pero Creta se rehizo y reconstruyó de nuevo sus palacios con mayor esplendor. Tanto en Cnossos como en Festos se han descubierto instalaciones de baño y retrete provistas de conducciones de agua, tuberías que distribuían el vital líquido desde las montañas al patio interior, a los cuartos de baño y a las letrinas de donde salía por conducto de desagüe.

En una sala se encontró un trono de mármol identificado con el de Minos, siendo el más antiguo trono real que se conozca.³ Cerca se

sonante unidos a una semivocal y una vocal. Fue John Chadwick, principalmente, quien continuó el trabajo de Ventris y quien publicó, de 1958 a 1975, el contenido de las tablillas, permitiendo con ello la mejor comprensión del pasado de Grecia.

³ Reseña Cottrell (*op. cit.*, pp. 158-160): "Fue aquí [sc. la entrada oriental del palacio] donde a poco de haber empezado las excavaciones, Evans y sus amigos encontraron el Salón del Trono [...] He aquí lo que escribió Sir Arthur en su diario el 13 de abril de 1900: '...Al otro lado de la pared norte... un asiento de honor o Trono, aislado, con un respaldo alto de yeso, lo mismo que el asiento, que estaba parcialmente empotrado en le estuco de la pared'. Este cuarto, que su informe [...] Evans llamó 'la Cámara del Concilio de Minos', se comprendió más tarde que había tenido un propósito religioso. Pero allí, en su lugar, estaba [y todavía está] el regio trono de Minos, más de dos mil años más antiguo que cualquier otro de Europa". Al parecer, Evans tuvo dudas al respecto de quién ocupaba ese sitio de honor en aquella sala, reportando al *Monthly Review* que era la cámara del concejo del rey minoico o de la "Dama soberana", la encarnación de la Gran Madre cretense (*cf.* J. A. MacGillivray, *op. cit.*, p. 181) a quien en su diario llamó Ariadna (*cf.* el pie de imagen de la fotografía que aparece en el citado libro). Pero poco después, para su reporte a la comunidad académica en el *Annual of the British School at Athens*, cambió su perspectiva y concibió que esa sala no tendría un sentido cultural, sino de administración palacial, una sala de recepción donde "un rey" (el de su fantasía, asevera MacGillivray) recibe a sus concejales. El trono de Ariadna fue ya el de Minos, asegurando que su duda inicial sobre el sexo del ocupante se debió a que los sellos y murales palaciales representaban a las mujeres en un destacado papel que, seguramente, fue únicamente cultural, separando así el poder político del religioso (*cf.* J. A. MacGillivray, *op. cit.*, p. 193.) Hoy en día, se tienen serias sospechas sobre estas afirmaciones de Evans. La cultura cretense parece tener una tendencia femenina y su religión estar fuertemente vinculada a la jerarquía política. El mitólogo Walter Burkert ("From epiphany to cult statue", en Alan Lloyd, ed., *What is a God? Studies in the nature of Greek divinity*, p. 28.) señala que es más probable

encontró el tesoro de la “reina-serpiente” de oro y marfil,⁴ así como numerosas representaciones de la doble hacha, al punto que el nombre del laberinto proviene precisamente de *labrix* o hacha.

El deporte nacional era el salto del toro bravo: el atleta, hombre o mujer, esperaba al toro de grandes cuernos; al llegar la furiosa fiera, el atleta se cogía a los cuernos y saltaba sobre el lomo dando una voltereta para caer de pie por la cola. De hecho, se encontró en el palacio de Cnosos una cabeza de toro elaborada en esteatita y oro, clara imagen de la importancia que este animal tenía para este pueblo. Entre los griegos, el minotauro cretense era un monstruo humano con cabeza de toro, de manera que Minos y el toro se habían amalgamado.

que fuera una sacerdotisa o reina quien se sentara en ese “trono”: “She may have been acclaimed as if divine, reciving worshippers and their gifts, grating her blessings”.

⁴ Seguramente hace alusión a lo que de manera habitual se considera un “altar doméstico”. Evans reconstruyó lo que supuso un espacio sagrado dedicado a la Diosa del hogar, la Diosa-serpiente; dicho santuario se encontraba en una pequeña cámara al oeste del centro del palacio. A pesar de que MacGillivray (*op. cit.*, pp. 223 y ss.) presenta dudas con respecto a la restauración del altar, muchos investigadores modernos (*cf.* Walter Burkert, *Greek religion*, pp. 39-43; Bernard C. Dietrich, “Religión, culto y sacralidad en la civilización creto-micénica”, en Julien Ries, coord., *Tratado de antropología de lo sagrado. Las civilizaciones del Mediterráneo y lo sagrado*, pp. 63 y ss.; Lucy Goodison y Christine Morris, “Beyond the Great Mother: the Sacred World of the Minoans”, en Lucy Goodison y Christine Morris, ed., *Ancient Goddesses*, pp. 113 y ss., y Anne Baring y Jules Cashford, *El mito de la diosa. Evolución de una imagen*, pp. 138-174) aceptan que, en Creta, la adoración de una Diosa — o varias— fue el centro de la religiosidad de esta cultura isleña.

CAPÍTULO II

LOS DIOS DE GRECIA

El más antiguo de los dioses es Urano (el Cielo),¹ que se desposó con Gea (la Tierra). De ellos nacieron los Titanes de gigantesca figura,² siendo el mayor Titán y el menor Cronos (Saturno). Cronos destronó a su cruel padre y reinó sobre el mundo. Casó con su hermana Rea o Cibeles;³

¹ La frase resulta difícil de explicar, ya que Hesíodo, fuente preclara sobre estos asuntos, nos afirma que Caos — Abismo— y Gea — Tierra— son las primeras criaturas en aparecer (*Cf. Teogonía*, vv. 116-117: Ἦτοι μὲν πρότιστα Χαὸς γένετ' ἄντάρ ἔπειτα Γαῖ εὐρύστερνος...). Tal vez el maestro Frangos siga aquí la versión platónica (*cf. Timeo*, 40e), donde se menciona a Urano y Gea como la pareja primordial; no obstante, el filósofo señala como fuentes “a los que hablaron antes” (οὕτως οὖν κατ' ἐκείνους ἡμῖν ἢ γένεσις περὶ τούτων τῶν θεῶν ἐχέτω καὶ λεγέσθω.) y es fácil suponer que el de Ascra fuera una de ellas y tan sólo Platón retome una parte del mito que refiere Hesíodo.

² Desde el siglo XV (*cf. Corripio, Diccionario etimológico general de la lengua castellana*, s. v. titán) se concibe al Titán como uno de los “gigantes mitológicos”. Esta pretensión no puede clarificarse en el texto de Hesíodo más allá del hecho de que sus también hermanos, Cíclopes y Hecatonquiros, sí se concibieron como monstruos enormes (*cf. Hesíodo, Teogonía*, vv. 126 y ss.). La etimología del nombre es oscura (*cf. Hesíodo, Teogonía*, vv. 207-210 y Liddell, *Greek-English Lexicon. With a Revised Supplement*, s. v. Τιτάν) y nada tiene que ver con su posible figura gigantesca. Tal vez la confusión tenga como base el que Tifón, habitualmente el último combatiente de la Gigantomaquia (*cf. Apolodoro, Biblioteca*, I. vi. 1-3 y Ovidio, *Metamorfosis*, v. 317-321), aparezca en Hesíodo como el guerrero final de la Titanomaquia y que ambas batallas fueran enlazadas y los titanes fueran también confundidos con los gigantes.

³ Era tradicional hasta mediados del siglo pasado que se nombrara a los dioses griegos por su apelativo romano, hoy en día se prefiere evitar en razón de que unos y otros no son necesariamente los mismos, sino deidades identificadas con posterioridad. Aquí Saturno, un dios de la cosecha, y Cibeles, la Gran Diosa asiática, son emparejados

como al morir Urano le predijo que sería destronado por uno de sus hijos, los devoraba al nacer. Rea, cuando nació su hijo Zeus (Júpiter), en Creta, lo ocultó en un antro, y éste, llegado a la adolescencia, destronó a su padre obligándolo a devolver los hijos que había tragado y que eran Hades (Plutón) y Poseidón (Neptuno).⁴

Zeus (Júpiter)

Zeus, dueño del mundo, compartió el imperio con sus dos hermanos, siendo él el dios supremo del cielo y de la tierra,⁵ Poseidón de las aguas, y Plutón del Infierno. Era el dios soberano, “el padre de los hombres y de los dioses”⁶ como dice Homero. Es el que amontona las nubes, distribuye las lluvias y envía el rayo y el trueno, guarda el hogar y las ciudades, vela sobre la ley de la hospitalidad (Xenios) y castiga el perjurio (Horkios).

Se le representa sentado en un trono de oro, con el rayo en una mano y el cetro en la otra y a sus pies un águila con las alas desplegadas. La encina era su árbol consagrado y su oráculo más célebre el de Dodona en Epiro.

con los antiguos reyes del mito a pesar de que no fueron considerados soberanos de un reino divino (cf. para Saturno: José Guillén, *Urbs Roma. Vida y costumbres de los romanos, III: Religión y ejército*, p. 24, y para Cibeles: Maarten Vermaseren, *Cybele and Attis. The Myth and the Cult*, pp. 38 y ss.).

⁴Según Hesíodo (*Teogonía*, vv. 492-500), primero devolvió Crono a sus hijos tragados y luego se realizó el famoso derrocamiento. Otras fuentes, como Apolodoro (*Biblioteca*, I. ii. 1) y Pausanias (*Descripción de Grecia*, X. xxiv. 6) nos ofrecen el mismo orden de acontecimientos.

⁵Apolodoro (*Biblioteca*, I. ii. 1) no señala la posesión de la tierra, la que, de hecho, era común a todos los dioses; así lo afirma Homero (XV. 187-193) cuando Poseidón trae a colación el reparto del botín luego de la guerra contra los titanes (debemos suponer), o como señala Platón (*Gorgias*, 523a) luego que Crono les cedió el gobierno del cosmos.

⁶Cf. **πατήρ ἀνδρῶν τε θεῶν**, en Homero, *Iliada*, I. 544; IV. 68; V. 426; VIII. 49, 132; XI. 182; XV. 12, 47; XVI. 458; XX. 56; XXII. 167; XXIV. 103. *Odissea*, I. 28, XII. 445 y XVIII. 137.

Hera (Juno)

Hermana y esposa de Zeus fue Hera, hija de Cronos y reina de los dioses; era la protectora del matrimonio y de la vida y derechos de la mujer. De carácter imperativo y vengativo, perseguía implacablemente a las amantes del veleidoso Zeus.⁷

En la guerra de Troya, estuvo de parte de los griegos porque no perdonó a Paris, hijo de Príamo, el rey de Troya; el haber adjudicado la manzana de oro a Afrodita (Venus). El culto a Hera fue universal y se celebró con la mayor solemnidad, sobre todo en Argos y en la isla de Samos.

Tenía por atributos la diadema, el cetro y la granada, y su animal sagrado era el pavo real.⁸

Hestia (Vesta)

Era la hija mayor de Cronos y de Rea y hermana de Zeus. En griego *hestía* significa hogar y por ello, Hestia era la diosa protectora del hogar, erigiéndose en su honor un “hogar público” donde nunca se apagaba el fuego.

Se le representa vestida con una larga túnica, con la cabeza cubierta con un paño y sosteniendo una antorcha en la mano. Se dice que de

⁷ Es un tópico en la mitología griega hablar del celoso carácter de Hera y su manía persecutoria contra amantes y bastardos. Lo cierto es que sólo podemos corroborar estos ataques contra Io, Calisto y Semele, y contra Heracles y Dioniso; sin embargo, muchos otros hijos espurios y decenas de amantes no sufrieron castigo alguno por parte de la diosa. (Para los personajes citados se sugiere el texto de Antonio Ruíz de Elvira, *Mitología clásica*.)

⁸ Se creyó que el pavo real fue un símbolo tardío de Hera, ya que Mosco (s. II a. C.) y Ovidio (s. I a. C.) eran las fuentes más antiguas que la relacionaban con el ave (cf. Mosco, *Idilios*, II. 59; Ovidio, *Metamorfosis*, I. 722 y ss., así como el Escolio a Aristófanes, *Aves*, 102 y Nonno, *Dionisiacas*, XII. 70). No obstante, en el templo de Hera en Argos se encontró una estatuilla de bronce del siglo VIII a. C., la cual es, sin duda, un pavo real (cf. Orgel, *We Goddesses. Athena, Aphrodite, Hera*, fig. 6 de Hera.)

ella provino el arte de construir las casas y en muchos de los portales de éstas en Roma (*vestibulum* de Vesta), había una imagen o estatua suya, a la que ofrecían sacrificios. En Roma sus sacerdotisas, las Vestales, mantenían siempre encendido el fuego sagrado y la que por descuido lo dejaba apagar era enterrada viva.

Poseidón (Neptuno)

Hijo de Cronos y Rea, era dios del mar y también el temible dios del terremoto, “el que sacude la tierra”, dice Homero;⁹ cuando lleva a cabo tal acción, hace brotar agua salada y dulce; por eso también es el dios de los ríos y los manantiales. Su esposa era la hermosa ninfa Anfitrite, hija de Océano¹⁰ y madre de Tritón, mitad hombre y mitad pescado, que podía encrespar o calmar las olas del mar.

Poseidón fue el creador del caballo, lo que le valió el sobrenombre de *Hippios*; era el protector de los navegantes y de los atletas en las carreras de carros y en las de los caballos.

Llevaba por cetro un tridente y montaba un carro de vasta concha tirado por cuatro hipocampos.

Hades (Plutón)

Era el más joven de los hijos de Cronos y reinaba sobre el mundo subterráneo, o los infiernos. Tenía el semblante lívido y una terrible mirada. Llevaba en la mano derecha un cetro y en la izquierda una llave para indicar que nadie podía salir de los infiernos; su corona era de ébano.

⁹ ¹³ Cf. *ἔννοσίγαιος* en Homero, *Iliada*, VIII. 440; IX. 362; XII. 27; XIII. 59, 677; XIV. 135, 510; XV. 173, 184, 218, 222; XXIII. 584. en la *Odisea*, V. 423; VI. 326; IX. 518; XI. 102, 241.

¹⁰ No es inusual confundir a las Océánides con las Nereidas, siendo unas y otras ninfas marinas, pero apeándonos a la versión más antigua, la de Hesíodo (*Teogonía*, vv. 337 y ss.), las primeras son tías de las segundas, pues Dóride o Doris es la madre de las Nereidas (vv. 241-242 y 350). Anfitrite aparece como una Nereida siempre y, de hecho, Hesíodo la exalta entre todas nombrándola dos veces (vv. 243, 254; cf. también Apolodoro, *Biblioteca*, I. ii. 6).

Único dios que no tuvo templos ni altares, si bien se le sacrificaban víctimas negras.

Su esposa era Perséfone o Proserpina, hija de Deméter, a la que raptó y se llevó a los infiernos. Su madre pudo conseguir de Zeus que estuviese con ella seis meses y otros tantos con su esposo en el infierno.

A sus pies descansaba el Cerbero (Cancerbero), monstruo de tres cabezas y una melena de serpientes.

Deméter (Ceres)

Era también hija de Cronos y hermana, por tanto, de Zeus, diosa de los cereales, de las cosechas y la maestra de la agricultura. Se le llamaba la “Rubia” por el color de las mieses maduras. Su única hija fue Perséfone, la cual fue raptada por Plutón, y al quedarse seis meses con su madre, se originó la alternancia de las estaciones, el fecundo verano y el desolado invierno.

Se le honraba en Sicilia, Atenas y sobre todo en Eleusis en las famosas fiestas llamadas “los misterios de Eleusis”.¹¹ Su animal preferido era el cerdo, que se inmolvaba en sus altares.

¹¹ Eleusis es una pequeña población cercana a Atenas (aproximadamente a 19 km). Las fiestas a las que hace alusión el texto son los llamados “Misterios” (de *μύειν* callar, i. e., “lo que debe callarse”). Eran fiestas religiosas de carácter ctónico y agrario en las que se conmemoraba el peregrinaje de Deméter en búsqueda de Core-Perséfone, su hija, raptada por el dios del inframundo, Hades. (Cf. *Himno homérico a Deméter*.) Históricamente, los Misterios eran rituales muy antiguos, prehelénicos con seguridad (cf. Mary E. Voyatzis, “From Athena to Zeus: An A-Z Guide to the Origins of Greek Goddesses”, en Lucy Goodison y Christine Morris, ed., *Ancient Goddesses*, p. 146), pero tuvieron su periodo de esplendor en el siglo VI a. C. cuando la idea de la muerte propia se hacía relevante y un sistema religioso que ahuyentara el temor a ésta era bien acogido. Los Misterios se continuarían celebrando hasta el 400 d. C., fecha en que el emperador Teodosio los cerró, y fecha también en que los godos destruyeron el templo (cf. Walter Burkert, *Greek religion*, p. 285.) No obstante, hoy en día sigue siendo considerado un lugar sacro y no faltan las ofrendas realizadas por los lugareños. Las fiestas — porque de hecho se dividían en dos partes— estaban en manos de dos familias sacerdotales: los Eumólpidas, a la cual pertenecía el hierofante (lit. “el que muestra lo sagrado”: ὁ ἱερά φαίτων), sacerdote principal, y la de los Kérikes, de la

Representada coronada de espigas, a veces empuña una antorcha encendida en una de sus manos.

que provenían el Portador de antorcha y el Heraldo sagrado. Independiente de estas familias era la sacerdotisa de Deméter que habitaba permanentemente en el templo. El templo consistía en un edificio cuya parte central era una cámara (telesterion) con gradas a su alrededor y una pequeña parte oculta a las miradas (el anáctoron), “el lugar del Señor”, con un respiradero de donde emergía una luz mortecina y estaba custodiado por el trono del hierofante (cf. el diagrama del templo en Oskar Seyffert, *Dictionary of Classical Antiquities*, s. v. Eleusina). Los Misterios se dividían en dos partes conocidas como Pequeños y Grandes Misterios. Los primeros se celebraban en el mes de Antesterion (febrero) y estaban relacionados con rituales en honor de Dioniso que incluían una “cacería” de ciertas plantas, hongos tal vez, así como el sacrificio de un cerdito. Siete meses después se celebraban los Grandes Misterios durante el mes BoedromiÓN (septiembre-octubre). Éstos duraban cinco días e incluían purificaciones, ayunos y abstinencia sexual. Todos estaban llamados a celebrar los Misterios, con excepción de los asesinos y de aquellos extranjeros que no hablaran griego. En el cuarto día se realizaba una peregrinación de Atenas a Eleusis encabezada por el hierofante y la sacerdotisa de Deméter que, junto con otras, traían de vuelta los “objetos sagrados” que fueron llevados a la ciudad cuando se convocaba a los Mistai o iniciados. Durante el trayecto se invocaba a Yaco, nacido en los misterios menores e identificado con Dioniso. En la víspera del quinto día (el 20 del mes) se rompe el ayuno y, al despuntar el alba, se abren las puertas del templo y se penetra por la gruta de Hades. Los Mistai y los Epoptai (observadores ya iniciados) acceden al telesterion y les ocurría una experiencia arrebatadora e inexplicable que culminaba con la epifanía de Perséfone-Deméter y su hijo nacido en el Más Allá. Se ha especulado sobre lo que ocurría en el telesterion (cf. la hipótesis del empleo, tal vez inconsciente, de hongos alucinógenos en la poción que bebían los iniciados, esto en Gordon Wasson *et al.*, *El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los Misterios*), pero parece que su punto culminante era la entrada del hierofante al anáctoron y su salida en medio de un estallido de luz (cf. Plutarco, *Moralia*, 81d) y su proclama: “La soberana Brimo parió al sagrado Brimo”. (*Cantos Populares*, fragmento 16: *ἱερὸν ἔτεκε πότνια κούρον Βριμῶ βριμόν.*) Clemente de Alejandría centra los Misterios en la enigmática frase: “Ayuné, bebí el *kíkeon* (sc. poción ritual hecha de cebada, menta y póleo), cogí el cesto y después de trabajarlo, lo deposité en la canasta y de la canasta al cesto” (*Protréptico*, II. XXI. 2: *ἐνήστευσα, ἔπιον τὸν κυκεῶνα, ἔλαβον ἐκ κίστης, ἐργασάμενος ἀπεθέμην εἰς κάλαθον καὶ ἐκ καλάθου εἰς κίστην.*); a partir de ello se interpreta desde un mortero para el trigo, hasta el manipuleo de símbolos fálicos y vaginales. Tal vez lo mejor es que esto continúe en el misterio y se comprenda solamente que los ritos eleusinos celebraban tanto la vida

Palas Atenea (Minerva)

Era la diosa de la sabiduría, de las ciencias, de las artes y del trabajo. Salió de la cabeza sagrada de Zeus revestida de su resplandeciente armadura de oro, ya doncella de veinte años.¹²

Actúa con su sola presencia sin intervenir personalmente y tenía como Zeus el privilegio de disponer del rayo. Atenea era la protectora de los sabios y artistas: inventó la escritura, la pintura, y el bordado.

Fue la patrona de la ciudad de Atenas, a la que dio su nombre. En el Partenón, templo de la *Parthenos* o Virgen, estaba su estatua de oro y marfil, obra de Fidias, rival de la estatua de Zeus Olímpico del templo en Olimpia. Su animal sagrado era la lechuza.

Afrodita (Venus)

Era la diosa de la belleza y del amor y, según Hesíodo,¹³ nació de la espuma del mar; es, pues, la *Anadiómena* que abordó la isla de Citera y de ahí pasó a Chipre. La diosa despierta el amor en todas las criaturas y sólo Atenea, Hestia y Ártemis se libran de la influencia de su hijo Eros (Cupido). Fue esposa de Hefesto (Vulcano), pero inconsiderada y frívola, concedió sus favores a dioses y mortales.

Su culto era universal y no se le sacrificaban víctimas, sino ante sus altares se quemaban incienso y perfumes. Sus lugares de culto eran Chipre, Citera, Cnido y Corinto. Praxíteles supo captar todo el encanto de su belleza en la famosa escultura de la ciudad de Cnido.

vegetal que muere y renace en un ciclo infinito, como la vida humana que se extingue para volver a una existencia en otro plano. Ello, creo, puede comprobarse porque luego de la experiencia en el templo, los celebrantes emergían a conmemorar la vida y la unión del Padre-Cielo con la Madre-Tierra invocándolos así: "Llueve... concibe" (cf. Hipólito, *Refutación contra todos los herejes*, v. vii. 34: *Ἐλευσινίων μυστήριον* "ὕε, κύε".)

¹² Resulta enigmática la mención de una edad exacta de la diosa en su nacimiento las fuentes antiguas parecen callar al respecto: Hesíodo, *Teogonía*, v. 92; *Himno homérico*, XVIII; Píndaro, *Olímpica*, VII. 35 y 65; Escolio a Apolonio de Rodas, IV. 1310.

¹³ Cf. Hesíodo, *Teogonía*, vv. 188-206.

Ares (Marte)

Dios de la guerra, hijo de Zeus y de Hera. Era odiado por los hombres por su insaciable sed de sangre; tampoco lo querían los olímpicos, porque siempre estaba dispuesto a provocar discordias y luchas.

Se le representaba con los rasgos de un hombre joven, con vestido de guerrero y casco, blandiendo en la mano derecha una gran lanza y en la izquierda sosteniendo un escudo. Sus seguidores eran Deimos, el pavor, Fobos, el espanto, y Eris, la discordia, desterrada del cielo por las disputas que promovía entre los dioses. Sus animales sagrados eran el lobo, por su ferocidad, y el gallo.¹⁴

Apolo

Era hijo de Zeus y de Leto o Latona entre los romanos, lo mismo que su hermana Ártemis (Diana). Hera, celosa, persiguió sin cesar a Leto, hasta que Poseidón le ofreció por refugio la isla de Delos, una de las Cícladas, donde dio a luz a los mellizos, Apolo y Ártemis.

Apolo era el dios de las ciencias y de las artes, el que otorgaba el don de la profecía a los mortales, el dios de la medicina, el creador de la poesía y de la música, también reputado como instructor de las Musas. Al dios se le tomó muchas veces por el Sol mismo.

Sus santuarios más famosos eran el de Delos y Delfos donde estaba el Oráculo y el templo dedicado a él.

Se le representa en la figura de un joven imberbe con una lira en la mano y la frente ceñida por una corona de laurel.

¹⁴ Asevera Hans Biedermann (*Diccionario de símbolos*, s. Gallo) que este animal se vincula con Ares por su combatividad. De igual manera podría argüirse que los gallos negros se relacionan con la muerte y la hechicería.

Ártemis (Diana)

Hermana melliza de Apolo, diosa de la caza y de la luna como contrapartida de su hermano dios del sol.¹⁵ Entregada al ejercicio varonil de la caza, obtuvo el sobrenombre de Casta.

Estaba representada armada de un arco y un carcaj y seguida de su animal favorito, la cierva. En la frente ostentaba la media luna y llevaba los pies desnudos o calzados con sandalias.

Los habitantes de la Táurida (Crimea) la veneraban y degollaban sobre sus altares a los extranjeros que la tempestad arrojaba a sus costas.

Se llamaba también Delia, por haber nacido junto con su hermano en la isla de Delos y Febe, la brillante, por ser hermana de Febo, el sobrenombre del luminoso Apolo.

Hermes (Mercurio)

Hijo de Zeus y Maya, hija de Atlas, nació en una cueva del monte Cilene en Arcadia. Era el mensajero de los dioses, sobre todo de Zeus; el protector de los caminantes y también el que en compañía de Caronte¹⁶ conducía a los muertos al mundo subterráneo. Fue Hermes

¹⁵ La relación entre Apolo como deidad solar y de Ártemis con la luna, no parece ser muy antigua (cf. W. Burkert, *op. cit.*, p. 406 nota 55, para autores que discuten dicha antigüedad). Al parecer fue Esquilo (*Suplicantes*, 212-214 y *Fragmentos*, 83 — 10 B.83a.3—) el primero en vincular al dios sol, Helio, quien en Hesíodo es una deidad diferente (cf. *Teogonía*, 371-374), con Apolo. Los poetas enlazarían al radiante dios que simbolizaba lo heleno con la deslumbrante luz del astro del día y así Escitino (*Fragmentos*, 1) llamaría al plectro de la lira del dios, un rayo solar. Se cree que el apelativo de “Febo” haría alusión a este carácter luminoso (cf. la propuesta de W. Burkert — *op. cit.*, p. 145— sobre traducir este nombre como “semejante a la zorra” y enlazarlo con el dios-lobo, Apolo Licio). Tal vez por su calidad de hermana de Apolo es que Ártemis pasó a ser representada por la luna; no obstante, la luna tiene desde antiguo un vínculo con muchos de los ámbitos amparados por la diosa, como son la feminidad y la maternidad (cf. Anne Baring y Jules Cashford, *El mito de la diosa. Evolución de una imagen*, pp. 380-381), aun cuando los griegos conocieron a una diosa-luna: Selene.

¹⁶ La figura de Carón o Caronte cobra importancia a partir del siglo VI a. C. cuando las

el que inventó la lira tendiendo cuerdas de tripa sobre una concha de tortuga; fue también el patrón de los comerciantes, de los deportistas y el fomentador de la gimnasia entre los efebos, por lo que su estatua preside todas las palestras.

Se le representa en la figura de un hombre joven, sonriente, cubierto de un pequeño manto; sus atributos son el sombrero del caminante, el caduceo y las sandalias, ambos con alas.

Hefesto (Vulcano)

Era hijo de Zeus y de Hera. Al nacer, como era feo, su padre lo arrojó del cielo, y cayó en la isla de Lemnos quedando cojo.¹⁷ No obstante su defecto era el más industrioso de los dioses como dios del fuego y de la herrería.

Con un poco de arcilla amasada con agua formó la primera mujer, la hermosísima Pandora. Construyó los palacios olímpicos, el carro de Helios, las armas de Aquiles y el escudo de Agamemnon.¹⁸ Según

“catábasis” o descensos al Inframundo se hacen populares como temas de poesía. En la *Odisea* es Hermes únicamente quien representa el papel de conductor de las almas al Hades (cf. Homero, *Odisea*, XXIV. 1 y ss.); no obstante, Aristófanes (*Ranas*, 182 y ss.; *Lisístrata*, 606 y *Pluto*, 278) nos ofrece a Caronte como un viejo sombrío que recorre la Estigia con su barca y traslada las almas de la orilla hacia el reino del Hades, todo ello a cambio de una moneda, un óbolo, que los deudos no olvidan colocar en la boca del difunto (cf. también Diódoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, I. xcii. 2 y xciv. 8; Pausanias, *Descripción de Grecia*, X. xxviii. 2). Pero será Virgilio quien mejor delimite la figura y atributos del terrible barquero (cf. *Eneida*, VI. 299-316).

¹⁷ Cf. Homero, *Ilíada*, I. 588-594.

¹⁸ Que Hefesto es el gran artesano del Olimpo es un tópico común, ya el *Himno homérico* consagrado a él lo considera el maestro que civiliza a la humanidad (cf. XX. 1-4). Son muchas las obras atribuidas a Hefesto y no sólo las armas aquí mencionadas o el carro del Sol, sino incluso criaturas metálicas animadas, como las jóvenes de oro que están a su servicio (cf. Homero, *Ilíada*, XVIII. 417-421) o los perros guardianes de Alcínoo (cf. Homero, *Odisea*, VII. 91-94.) Es Homero quien nos refiere que las armas y el escudo de Aquiles son creación del dios (*Ilíada*, XVIII. 468 y ss.), pero no hay mención de la pieza que Frangos asevera pertenecía a Agamemnon. Tal vez es una ligera confusión

Homero,¹⁹ fue esposo de Afrodita, quien le engañaba con Ares. Con sus oficiales, los Cíclopes, forjaba armas para Zeus, tanto en Lemnos como en las fraguas subterráneas del Etna y el Vesubio.

Se le representa en su fragua, bañado de sudor, empuñando con una mano el martillo y con la otra el rayo o la tenaza. El más importante centro de su culto fue el Hefesteion de Atenas.²⁰

Dionisos (Baco)

Hijo de Zeus y de Semele, ésta, instigada por la celosa Hera, otra de las mujeres de Zeus,²¹ lo obligó a que se presentara tal como era, ya que

con el cetro del rey, obra de Hefesto, y que fue “heredado” al monarca de manos del propio Zeus como lo refiere el poeta de la *Ilíada* (cf. l. 100-108).

¹⁹ Cf. *Odisea*, VIII. 266-369; también Ovidio, *El arte de amar*, II. 561-588 y *Metamorfosis*, IV. 171-189. En la *Ilíada*, la esposa del dios es Caris, la Gracia, que no una de las Gracias (XVIII. 382), es Hesíodo quien la llama Aglaya (*Teogonía*, 945), apelativo de una de éstas; en el Escolio de la *Ilíada* se le llama Talia.

²⁰ Asegura Burkert (*op. cit.*, pp. 167-168) que el dios no gozó de gran relevancia en Grecia continental, salvo en la ciudad de Atenas, donde se le reconocía como progenitor de su linaje real al ser padre de Erictonio (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, III. xiv. 6-7 y Pausanias, *Descripción de Grecia*, III. xviii. 13) y de celebrarlo durante las *Chalkeia*, festividades en honor de Atena Ergane — la trabajadora — y del propio Hefesto como patronos de los artesanos.

²¹ ²⁵ De hecho, Hera es “la esposa” de Zeus, a quien se reconoce como la legítima consorte y reina del Olimpo, mientras las otras diosas que compartieron el lecho de Zeus son poco más que las madres de sus notables hijos. En el célebre y descortés catálogo de amadas que Zeus le enlista a la misma Hera, sólo menciona que se ha “enamorado” de ellas (ἐραμαι, cf. Homero, *Ilíada*, XIV. 315 y ss., especialmente v. 317). Más interesante resulta examinar a las deidades que Hesíodo reconoce como importantes en la “vida” de Zeus (cf. *Teogonía*, 886 y ss.): Metis, Temis, Eurínome, Deméter, Mnemosine, Leto y, finalmente, Hera, son las esposas citadas. No obstante, es curioso notar que salvo Metis y Hera, ninguna otra de las diosas recibe el trato preferencial de “esposa” o más propiamente de “compañera de lecho”. Temis simplemente es “conducida” (ηγάγετο), Eurínome le pare (τέκε) hijas, Deméter es “llevada a la cama” (ἐς λέχος), a Mnemosine la amó (ἐράσσατο) y con Leto “se mezcló en amor”, i. e., tuvo sexo (φιλότητι μιγείσα). En tanto que Metis y Hera reciben los títulos comunes de esposas: ἄλοχος, ἄκοιτις.

Zeus podía cambiar de personalidad a su antojo. Éste la hirió con su rayo y confió su hijo Dionisos a Hermes, quien a su vez lo dio a las Ninfas.²²

Era el dios de la fecundidad que enseñó a los mortales el cultivo hortícola de los árboles frutales, sobre todo de la vid. Su esposa era Ariadna, la que ayudó a Teseo a matar al Minotauro y que fue después abandonada en la isla de Naxos, donde el dios la tomó por esposa. Sus fiestas se llamaban Bacanales u Orgías.

Aparece como un joven con una corona de vid y el tirso en la mano, seguido del león y la pantera; la hiedra y el macho cabrío le eran consagrados.

Aquí en Hesíodo se reconoce un catálogo graduado que culmina — como todo en él— con el último y a la vez el primero, en este caso, Hera.

²² Según Apolodoro (*Biblioteca*, III. iv. 3), Hermes llevó primero al niño Baco con su tía Ino, luego que Hera enloqueció al marido de ésta, Atamante, y éste intentara infructuosamente matarla. Zeus convierte al dios niño en un cabrito y lo entrega a la custodia de las Ninfas de Nisa para sustraerlo a la cólera de su consorte.

CAPÍTULO III

LOS ORÁCULOS

Adivinos míticos

Los antiguos griegos creían que ciertas personas tenían el don sobrenatural de predecir el porvenir. En la *Iliada*, Homero habla del adivino Calcas quien conocía el pasado y el futuro, y se menciona que cuando Agamemnón obtuvo como premio a la joven Criseida, su padre, sacerdote de Apolo, fue a suplicarle le devolviera a su hija, pagándole un fuerte rescate; Agamemnón lo despidió enojado, amenazándolo con matarlo si volvía a presentarse en el campamento griego. El padre de Criseida suplicó entonces a Apolo, quien mandó una terrible enfermedad sobre los griegos y Calcas dijo que era porque Agamemnón había deshonrado a su sacerdote al negarse a devolver a su hija. Por fin devolvió a Criseida a su padre, pero le quitó a Aquiles a su compañera Briseida.¹

Anteriormente, cuando la expedición contra Troya estaba lista para zarpar, una calma en el mar impidió la salida de las naves desde Aulis, y Calcas dijo que Ártemis estaba enojada con Agamemnón porque le había matado en la caza a una cierva blanca muy querida y solamente sería apaciguada si Agamemnón sacrificaba a su hija Ifigenia. El padre, accediendo a las súplicas de los demás jefes y del ejército, aceptó este sacrificio. Cuando el sacerdote levantó la espada para matar a Ifigenia, Ártemis la arrebató y la llevó a Táuride, donde la hizo sacerdotisa de su templo, dejando en su lugar a un ciervo.² Con este tema,

¹ Cf. Homero, *Iliada*, I, 181-188 y 318-348.

² Cf. Eurípides, *Ifigenia en Táuride*, vv. 1541-1601; también en Apolodoro, *Biblioteca*, Epítome, 22, quien además añade que es sacerdotisa en el templo de Ártemis Táuride e

el famoso poeta trágico Eurípides escribió *Ifigenia en Táuride*. Después de esto, las naves pudieron partir y llegaron ante los muros de Troya.

Otro adivino muy famoso fue Tiresias, nacido en Tebas, hijo de la ninfa Cariclea. Era ciego, pero Atenea le había dado una varita mágica³ que lo guiaba con más seguridad que si tuviera ojos y se decía que vivió más de 200 años. En la *Odisea* se le menciona porque Odiseo bajó a los infiernos para consultarlo sobre su regreso a Ítaca, su patria, y a su feliz retorno, le sacrificó una oveja negra.⁴ Tiresias también fue el que reveló a Edipo los crímenes que involuntariamente había cometido. El vidente tuvo una hija llamada Manto y un hijo Mopso, que acompañó a los griegos en el sitio de Troya y se le consideraba como un digno rival de Calcas.⁵

Muy famosas en la Antigüedad fueron las Sibilas, mujeres a las que se les atribuía el don de conocer y predecir el futuro. Los antiguos

inmortal. Ovidio (*Metamorfosis*, XII. 24-38) e Higino (*Fábulas*, 98) reproducen también esta leyenda, pero en la versión que ofrece Dictis de Creta (I. 19-22), Aquiles la entrega en secreto al rey de Táuride.

³ Ferécides es la fuente que cita Apolodoro (*Biblioteca*, III. vi. 7) para esta “varita” en traducción del maestro Frangos. El griego señala σκήπτρον...κράνειον, el primer término bien puede ser el “bastón” que un ciego emplea para percibir su entorno, pero guarda asimismo cierto sentido de prestigio, pues señala también el bastón de mando de los reyes y el báculo simbólico del heraldo y del sacerdote (cf. H. G. Liddell, *op. cit.*, s. σκήπτρον). El adjetivo nos especifica el material de su construcción: madera de cerezo, material apropiado a las cañas de pescar (cf. Eliano, *Historia de los animales*, I. 23 y XII. 43) tal vez por su flexibilidad, lo cual podría referir que se empleara para tantear el terreno.

⁴ Cf. Homero, *Odisea*, XI. 32-33.

⁵ Parece que aquí hay una leve confusión, Mopso era nieto, que no hijo de Tiresias, pues nació de Manto, hija del adivino. El padre, según la *Biblioteca* de Apolodoro, fue Apolo (Építome, IV. 2), pero se menciona a otro, un tal Racio, quien en alguna versión fue un rey cretense (cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, VII. iii. 2). Dispersos los griegos luego de la caída de Troya, pues Calcas, o Calcante, señaló la cólera de Atena por la violación de Casandra; el adivino con otros caudillos aqueos se dirigieron a Colofón. Allí se encontraron a Mopso quien venció a Calcas en una competencia de adivinación (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, Építome, IV. 2) y el preclaro adivino murió desconsolado siguiendo un antiguo oráculo que vaticinaba su muerte al encontrar a otro mejor que él.

discrepan mucho sobre el número, el nombre y la patria de las Sibilas. Miguel Ángel pintó en la Capilla Sixtina los famosos frescos de cinco sibilas: la pérsica, la eritrea, la délfica, la de Cumas y la líbica.

Se habla de la Sibila de Delfos, hija de Zeus, que vivió antes de la guerra de Troya.⁶ La Sibila Eritrea, que vivió en la ciudad de Eritrea en la península del mismo nombre cerca de Esmirna, era sacerdotisa de Apolo y se llamaba, según unos, Hierófila, y según otros, Athenais. Sus predicciones eran célebres en toda Grecia y su redacción se hacía remontar antes de los tiempos homéricos.

Cumas era una colonia de la ciudad de Cumas de Eubea, estaba situada en la Magna Grecia y por eso se le llama también Sibila Euboica; esta sibila era célebre en toda Italia como sacerdotisa de Apolo. Aristóteles le da el nombre de Melancrena y dice que vino de Eritres.

Hubo otras sibilas como la Sibila Troyana, la Sibila Frigia, la Sibila Líbica, etcétera. Existen también los célebres frescos de Rafael Sanzio en la iglesia de Santa María Della-Pace en Roma donde pintó cuatro profetas y otras tantas sibilas.

Los oráculos

Varios eran los oráculos en la antigua Grecia, siendo el más antiguo el de Dodona Epiro dedicado a Zeus, al pie del monte Tómaros. Este oráculo era uno de los más populares y su reputación casi igualaba al de Delfos; lo atendían sacerdotisas⁷ que interpretaban el murmullo del follaje de una encina sagrada. El templo fue destruido por Dorímaco el año 220 a. C. y reconstruido poco después.

⁶ Pausanias (*Descripción de Grecia*, X. xii. 1) es quien afirma que la primera Sibila fue hija de Zeus y Lamia, hija de Poseidón. Parece que es a ésta a quien alude también Plutarco (*Moralía*, 398b) y que el Escoliaista de Platón (*Fedro*, 244b) la llama Herófila.

⁷ Las sacerdotisas de Dodona eran llamadas Palomas (**Πέλειαι**) y así las conocían como antiguas poetisas-profetisas (cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, X. xii. 10) y sus oráculos eran considerados como muy confiables; interpretaban el murmullo del viento entre las encinas o el vuelo de las palomas (cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, VII. xxi. 2-4.)

El oráculo de Delfos estaba en la ciudad del mismo nombre en la Fócida, al pie del monte Parnaso, la montaña sagrada de las Musas. Cerca estaba la fuente de Castalia, en donde se purificaban los visitantes antes de entrar en el templo de Apolo; el agua salía en medio de las rocas como hasta la fecha. Al principio, el lugar estaba dedicado a la diosa *Gaía* (Gea), la Madre Tierra y a su esposo Poseidón (Neptuno). Después, llegó Apolo quien mató a la fiera o dragón Pitón que tenía su nido en una grieta cerca de Castalia, por lo que Apolo se llamaba también Pitio y las sacerdotisas, Pitonisas.

Al principio, las Pitonisas eran jóvenes vírgenes y después vírgenes de más de 50 años de edad. Para vaticinar, la pitonisa se bañaba en la fuente Castalia; llevaba un largo vestido y se ponía una corona de laurel y un adorno de oro en la cabeza; masticaba unas hojas de laurel y se sentaba sobre un tripié de oro colocado sobre una grieta de donde salían vapores de agua,⁸ se consideraba que esos vapores eran el divino aliento de Apolo. Entonces la pitonisa, en un estado de extrema excitación, pronunciaba unas veces sonidos desarticulados, otras, palabras claras, o bien, gritos fuertes. Todas estas manifestaciones eran tomadas por los sacerdotes quienes las interpretaban y entregaban, muchas veces en verso, al consultante.

Todos los sabios y filósofos de la Antigüedad tenían gran respeto al oráculo. Muchos acudían él, no sólo particulares, sino ciudades y naciones, porque su fama se extendía sobre toda Grecia, al grado que varias veces lo consultó el rey Amasis de Egipto.⁹ Por ejemplo,

⁸ La pitonisa de Delfos, luego de un baño ritual en la fuente Castalia, penetraba en el **μαντεῖον** o **ἄδυτον** en donde el **πνεῦμα** délfico que se exhalaba del **χάσμα γῆς**, una abertura de la tierra, enloquecía a la adivina y comenzaba a profetizar (cf. Estrabón, *Geografía*, IX. lii. 5 y Plutarco, *Moralía*, 432f-433e y Raymond Bloch, *La adivinación en la Antigüedad*, pp. 29 y 35). Se ha sugerido que los vapores que emanaba dicha grieta tuvieran algún componente químico que facilitara el estado de delirio, aunque parece que la arqueología no ha podido demostrarlo fehacientemente (cf. R. Bloch, *op. cit.*, pp. 36-38); no obstante, las fuentes son tan insistentes al respecto que podría sospecharse que existiera veracidad en ello.

⁹ Heródoto (*Historias*, II. 180) cuenta con respecto a Amasis que este rey, amigo de los griegos, luego del incendio del templo Délfico, entregó mil talentos de alumbre (37

hacia el año 740 a. C., Midas, rey de Frigia, mandó de regalo un trono de oro; Giges, rey de Lidia, mandó cinco copas de oro en el siglo VI a. C., y su descendiente, el famoso Creso, mandó estatuas, leones y grandes tinajas también de oro, así como una gran cantidad de metales preciosos.¹⁰

Nerón lo visitó, pero como la pitonisa no lo atendió inmediatamente, el cruel emperador furioso mató a los sacerdotes del templo y se llevó a Roma 500 estatuas. Sin embargo, Plinio nos dice que quedaban ahí todavía tres mil más. Constantino Magno y Teodosio I se llevaron lo que quedaba a Constantinopla y el segundo prohibió el culto a Apolo. Cuando Juliano el Apóstata, en su deseo de reponer el culto pagano, en el año 363 de nuestra era, mandó al médico Oribasio a pedir consejo a Delfos, recibió esta contestación que es la última de la pitonisa, el canto del cisne del oráculo: “Decid al rey que cayó al suelo el aula bien construida, ya Febo no tiene choza, no tiene laurel adivinador; se apagó también el agua parlanchina”.

Delfos está situado en una región montañosa y se creía que era el centro geográfico del mundo; había de hecho una piedra de forma de huevo que se conserva en el Museo de Delfos llamada “el ombligo de la Tierra”.

Una avenida subía hasta la famosa fuente de Castalia y a lo largo de la vía sagrada había varios edificios que contenían el tesoro de los diversos Estados: el ateniense, el de Sifnos, el de los de Siracusa, el de los tebanos, el de los beocios, el de los cnidios, el de los corintios, etcétera. Desde una explanada central apoyada por muros de sustentación, estaba el templo de Apolo, períptero, dorio, con seis por quince columnas y una planta de 60 por 24 metros. En el Pronao estaban inscritas varias sentencias de los siete sabios de Grecia, sobresaliendo el conocido “Conócete a ti mismo”.

1011 kg aproximadamente) cuyo valor comercial sería una gran suma para la reconstrucción del santuario apolíneo.

¹⁰ Con respecto al trono de Midas, *cf.* Heródoto, *Historias*, I. xiv. 3. Para Giges, *cf.* Heródoto, *Historias*, I. xiv. 1-3, donde se menciona que son cráteras que no copas de oro. Finalmente, sobre las donaciones de Creso, *cf.* Heródoto, *Historias*, I. 1-11.

CAPÍTULO IV

LEYENDA E HISTORIA

De las excavaciones llevadas a cabo en Olimpia, se ha comprobado que este recinto sagrado tiene una antigüedad anterior al siglo X a. de C. Se cuenta que había un altar dedicado a Gea, es decir la Madre Tierra, y se ve, desde luego, que la adoración a Rea, la esposa de Cronos y madre de Zeus, era muy antigua. Se dice también que fue en Olimpia donde Zeus combatió y arrebató el mando a su padre Cronos, que Apolo venció a Hermes en la carrera y a Ares en el pugilato.¹

Olimpia está situada en la parte occidental del Peloponeso, en la región llamada Élida. Es una llanura de unos mil metros de ancho, rodeada por una serie de colinas poco elevadas sobre los bordes del río Alfeo, en una región maravillosa. Por el norte, los montes de Acaya y las altas llanuras de Arcadia la protegen contra los vientos fríos del norte; por el sur, los montes de Mesenia la guardan también contra los vientos cálidos del sur; por el oeste se abre una brecha hacia el mar que permite al viento húmedo penetrar en su valle.

Al pie del monte Cronio (monte de Cronos, el padre de Zeus) está el valle de Olimpia lleno de vegetación, en la confluencia del río Alfeo, el río más grande del Peloponeso (125 kilómetros de largo) y del pequeño río Cladeos que nace a 15 kilómetros al noroeste de Olimpia. La leyenda antigua nos presenta un hermoso idilio relativo a este río: se apresura hacia el mar, porque el dios Alfeo, enamorado de la ninfa Aretusa, la perseguía sin cesar a través de las olas del mar Jonio hasta la isla de Sicilia, para unir sus aguas con las de aquella fuente.²

¹ Cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, v. vii. 10.

² Para el mito en relación con los juegos olímpicos, cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*,

El recinto sagrado de Olimpia, llamado Altis (otra forma de la palabra Alsos), quiere decir bosque sagrado y era un verdadero bosque lleno de árboles de todas clases: álamos, olivos, vid, mirtos y hasta palmeras que hoy no existen ahí. Sin embargo, hay que considerar que Olimpia nunca fue una ciudad, sino más bien un centro religioso, una especie de convento, cuyos únicos habitantes estables eran sacerdotes de Zeus y los encargados de conservar y cuidar los diferentes monumentos, así como la organización de las fiestas y juegos. Había siete caminos que unían el santuario con el resto de Grecia, siendo el más importante la vía sagrada o Ruta Olímpica, que iba de Elis a Olimpia, una preciosa avenida bordeada de pequeños templos, estatuas y tumbas, llena de bosques que llegaba hasta la orilla derecha del río Cladeos.

Atravesando este pequeño río y en el ángulo que forma con el río Alfeo, al pie del monte de Cronio, situado al norte, y sobre cuyas laderas había varios edificios, encontramos la ciudad sagrada de Olimpia. Esta ciudad está compuesta de dos partes; por una, el recinto sagrado de Altis, encerrado por tres lados de blancas murallas, y por la otra, numerosos edificios construidos alrededor de Altis, edificios relativos a la celebración de los juegos, alojamiento de los huéspedes distinguidos y el personal de los templos; porque si la gran cantidad de los peregrinos estaban en la llanura, los grandes personajes, príncipes, hombres de estado y jefes de las “teorías” o delegaciones, estaban alojados en el Leonidaion, vasto edificio rodeado de pórticos, muy cerca de la puerta de honor de Altis. Se hablará en detalle de este edificio en el capítulo cinco.

Según una tradición, arribaron a Olimpia los Dáctilos o Curetes que llegaron del Ida en Creta, y a quienes Rea encomendó la guardia del niño Zeus; estos Curetes eran cinco: Heracles, Peoneo, Epímedes, Yasio, e Idas. Heracles (que era el mayor de ellos y que no hay que confundirlo con el héroe Heracles o Hércules, hijo de Zeus y de Alcmena) retó a los demás a una carrera de la que resultó victorioso y fue premiado con

V. vii. 2-4; para otras reseñas del mismo mito: cf. Mosco, *Idilios*, v. 3; Virgilio, *Eneida*, III. 694-696, y Ovidio, *Metamorfosis*, v. 487-508 y 577-641.

una corona de olivo silvestre.³ Después de Heracles, Climeno, hijo de Cardio y descendiente de Heracles, que vino también de Creta, siguió con los juegos. Más tarde, Aetleo, que según la mitología fue el primer rey de Elis, hijo de Zeus y de la primera hija de Deucalión (el Noé griego), siguió con los juegos y de él provienen las palabras *atletés*, el que lucha, y *athla*, las luchas.⁴

Endimión, hijo de Aetleo, tuvo tres hijos: Epeio, Etolo y Peón. En los juegos, Epeio salió vencedor, asumió el poder y los habitantes de su país fueron llamados epeios. Peón se fue hacia las tierras del río Axias y el país fue llamado Peonia, mientras que Etolo se fue hacia las tierras del río Aqueloo y su país fue llamado Etolia. Según Pausanias,⁵ la tumba de Endimión estaba al final del estadio. Como Epeio no tuvo descendencia, Eleio, hijo de su hermana Euricidas, tomó el poder y los epeios fueron llamados Elios.

Hijo de Eleio fue Augías, cuyos establos limpió Heracles cambiando el lecho del río Peneo; es una de sus famosas hazañas. Como Augías no cumplió con la promesa de recompensar a Hércules, éste lo destronó y entregó el poder a su hijo. Menos míticos parecen los relatos sobre Oxilo. Cuando los dorios, el año 1104 a. C., bajaron hacia el Peloponeso, recibieron del oráculo de Delfos la indicación de que deberían guiarse por uno “de los tres ojos”. No sabiendo cómo interpretar esa orden, vieron pasar a un hombre montado sobre una mula tuerta, aunque, según Apolodoro,⁶ vieron a un hombre tuerto montado a caballo. Este hombre era Oxilo, descendiente de Etolo, que huyó de su patria por haber matado por accidente a su hermano con un disco. Oxilo aceptó conducir a los Dorios al Peloponeso con la condición de que le diesen el país de Elis; para que no vieran los Dorios el fértil país de Elis, los condujo a través de Arcadia. Poseionado de Elis, reinó en

³ Cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, V. vii. 7-9.

⁴ Cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, V. i. 3.

⁵ Cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, VI. xx. 9.

⁶ Para Óxilo en relación con los juegos, cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, V. iv. 5 y ss. Para la referencia de Apolodoro, cf. *Biblioteca*, II. viii. 3.

ella y fundó los juegos; sus descendientes reinaron hasta el año 580 a. C. en que probablemente el estado se convirtió en República. Más que el nombre de Oxilo, aparece el de su descendiente Ifito, quien renovó los juegos en los tiempos históricos.

Según otra tradición adoptada por el gran poeta Píndaro,⁷ los juegos olímpicos fueron introducidos en Olimpia por Pélope, hijo de Tántalo, que vino del Asia Menor a Elis; entonces en Pisa reinaba Enomao, muy rico y padre de la hermosa princesa Hipodamia (literalmente, “Domadora de Caballos”). El Oráculo de Delfos le había predicho que moriría el mismo día de la boda de su hija; por eso desafiaba a los pretendientes en una carrera de carros, siendo el punto de partida el altar de Zeus en Olimpia, y la meta el templo de Poseidón en Corinto, un camino bastante largo, en el cual Enomao, quedándose un poco atrás, mataba con su lanza al pretendiente de su hija. De esta manera, mató trece y, según otros, dieciséis. En estas victorias, Enomao fue ayudado por su auriga, o chofer, Mirtilo, hijo de Hermes, quien estaba enamorado de Hipodamia. Pélope, siguiendo los consejos de la princesa, cohechó a Mirtilo, prometiéndole quedarse una noche con ella, a más del con reino de Pisa. Mirtilo quitó un clavo del eje del carro de Enomao, lo que provocó su muerte, pero Hipodamia, en lugar de cumplir su promesa, mandó matar a Mirtilo arrojándolo al mar. Se cuenta que Pélope, para conmemorar esta victoria, instituyó unas carreras de caballos o, según otros, Hipodamia instituyó unas carreras de jóvenes muchachas.⁸ El nombre de Peloponeso, que significa isla de Pélope, se debe a este personaje.

Los festivales de Olimpia tenían al principio un carácter muy limitado, confinado entre los habitantes de Elis y Pisa, hasta que Ifito, dán-

⁷ Cf. Píndaro, *Olimpicas*, l. 1 ss., especialmente vv. 93-99.

⁸ Para Píndaro (cf. nota 74) son las carreras de carros de los juegos olímpicos. La carrera pedestre femenina aquí señalada era la que, según la leyenda, Hipodamia había instituido como acción de gracias a Hera (cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, v. xv. 2 y ss.) por su matrimonio; ésta era el centro de los juegos Hereos celebrados cada quinto año y donde, además de la carrera en la que tres categorías de jóvenes mujeres participaban en honor de Hera y obtenían las vencedoras coronas de olivo y la posibilidad de elevar una estatua con su correspondiente inscripción, también se teja un peplo nuevo para la diosa.

dose cuenta de las grandes ventajas que tendría para su país la extensión del festival, les imprimió un carácter peloponésico. Los espartanos al principio no quisieron tomar parte, pero pensaron después que les convenía aumentar el prestigio de su patria como protectores de los juegos; por otra parte, al declararse Elis tierra sagrada, aseguraban su flanco en caso de una guerra contra los argivos y los mesenios.

Los de Pisa tenían la presidencia y el control de los juegos, pero bajo la presión de las fuerzas unidas de Elis y de Esparta, cedieron y así fue firmado, el año 884 a. C., el tratado entre Ifito de parte de Elis, Licurgo de parte de Esparta y Cleóstenes de parte de Pisa, llamado *ekecheiría* o tregua sagrada; dicho tratado fue grabado en un disco de cobre que fue guardado en el templo de Hera en Olimpia; este disco todavía existía en los tiempos de Pausanias,⁹ en el siglo II de nuestra era.

Para el desarrollo pacífico del festival olímpico, se instituyó la tregua sagrada cuyo fin era asegurar la paz y la tranquilidad para todos los que acudían a Olimpia, tanto atletas como espectadores. Con anticipación de varios meses, heraldos especiales anunciaban a todas las ciudades de Grecia, de la Magna Grecia (sur de Italia), Sicilia y Asia Menor, la próxima inauguración del mes sagrado en que se efectuarían los juegos. Durante este periodo, se exigía que los beligerantes cesaran las hostilidades y se prohibía el paso de soldados armados por el territorio Eleo. Se cuenta que un cuerpo de tropas espartanas tuvo que pagar una fuerte multa por haber atravesado armado la Élida en el año 420 a. C. Hay muchos otros ejemplos que demuestran la observancia de esta institución destinada a proteger de común acuerdo esta región de todo acto de guerra durante los juegos. Si es verdad que no fue posible evitar conflictos tan graves como los de la guerra del Peloponeso (430-405 a. C.); sin embargo, esta tregua sagrada fue observada religiosamente muchas veces durante la larga historia de los juegos olímpicos.

Sin embargo, los juegos no tuvieron un carácter peloponésico a pesar de los esfuerzos de Ifito, ya que solamente tomaban parte en ellos los espartanos, los elios y los de Pisa. Como en aquella época hubo una

⁹ Pausanias, *Descripción de Grecia*, V. xx. 1-2.

epidemia y una serie de malas cosechas; los elios consultaron el oráculo de Delfos, que ordenó que debían participar en él todos los peloponesios porque Zeus estaba enojado, ya que su festival no era debidamente honrado. A una segunda consulta, el oráculo fue mucho más severo y categórico, de manera que todas las ciudades del Peloponeso tomaron parte en los juegos en el año 776 a. C., considerada como la primera olimpiada, con un carácter peloponésico, pero 120 años antes que ella, hubo 27 olimpiadas.

A partir de la 19ª olimpiada (año 705 a. C.) los juegos asumieron su carácter panhelénico, cuando Menón de Mégara venció en el estadio, en la 21ª, el ateniense Pantacles también en el estadio y en la 23ª Onomástode de Esmirna en el pugilato. A partir de la 27ª olimpiada aparecen las colonias de la Magna Grecia y el pugilista Daipo de Crotona fue vencedor. Debido a la importancia panhelénica de los juegos, la olimpiada sirvió como cronología común entre los griegos y era designada por su número y el nombre del vencedor de esta carrera; en la primera olimpiada fue el elio Corebo.

CAPÍTULO V

OLIMPIA Y SUS MONUMENTOS

Altis era el recinto sagrado dedicado exclusivamente al culto de los dioses, sobre todo de Zeus. Medía 200 x 175 metros y estaba rodeado por una muralla. Según Píndaro,¹ fue Heracles quien delimitó el recinto y tenía varias puertas; la más importante era la del lado extremo occidental frente al Leonidaion, ya que por allí entraban las procesiones solemnes. Desde esta puerta, una calle ancha atravesaba Altis para llegar hasta el estadio. A partir del año 550 a. C., los vencedores tenían derecho de colocar sus estatuas y eran tantas que formaban un segundo bosque de cobre junto a las estatuas de los héroes y de los dioses.

Dentro del templo de Hera, Pausanias, en su visita, el año 170 a. C., vio estatuas de Zeus, Hera, Atenea, Deméter, Temis, Apolo, Ártemis, de las Hespérides y de la Victoria; todas eran de oro y marfil.² Allí estaban también la estatua de mármol de Hermes de Praxíteles, que felizmente se encontró; estatuas de Afrodita y de Eros, ambas de bronce; la urna de Cipselos, el disco de Ifito y la mesa de oro y marfil de Colotes. Sobre esta mesa estaban colocados los premios, mientras un heraldo proclamaba el nombre y la patria de los triunfadores y los *helanodices*, o jueces, colocaban las coronas sobre la frente de los vencedores.

Los templos más importantes de Altis eran el de Zeus Olímpico y el de Hera. Pero además, había los siguientes edificios: el Hipodameion, el Pelopeion, el Metrón, las estatuas de los vencedores de los juegos olímpicos, la galería del Eco, los tesoros de las ciudades y el Pritaneo. En el Metrón había más de veinte estatuas de bronce de Zeus y una

¹ Píndaro, *Olímpicas*, x. 43-50.

² Pausanias, *Descripción de Grecia*, v. vii. 1-4; xx. 3.

infinidad de exvotos hechos por grandes artistas. Más tarde se construyeron ahí mismo el Filipeion y la Exedra de Herodes el Ático.

El templo de Zeus olímpico

En medio del Altis y dominando por su altura a todos los demás edificios, estaba el templo de Zeus, construido por el arquitecto Elio Libón con el producto que los Eleos tomaron a los de Pisa. Medía 64.42 metros de largo por 27.68 metros de ancho; era de piedra con huellas de conchas incrustadas. Como casi todos los edificios de Olimpia, estaba revestido de estuco de mármol pintado; eran de orden dórico períptero exástilo, es decir, de seis columnas en los extremos y trece a los lados, las columnas eran de mayor diámetro que las del Partenón. Su altura era de 20.25 metros (20 rayas) de 2.25 metros de diámetro y 10.43 metros de altura, acanaladas verticalmente; entre ellas, se pueden ver todavía las huellas de las estatuas de bronce que estaban fijadas sin bases o zócalos.

Las metopas del templo (los espacios rectangulares sobre el friso) eran placas de mármol sin decoración, mientras que los triglifos (placas acanaladas sobre el mismo friso) eran de piedra calcárea porosa. Los frontones estaban adornados de magníficas esculturas, de las que hablaremos más tarde. El cielo raso era de madera y el techo de tejas de mármol. En el interior, dos órdenes superpuestas de columnas dóricas sostenían el techo; bajo el pórtico y por encima de las entradas del Pronao y del Opistódomos; dos series de metopas esculpidas representaban los trabajos de Hércules.

En el friso exterior, las metopas no tenían esculturas, pero la principal decoración escultural estaba en los frontones: la fachada del este representaba la famosa carrera de carros que costó la vida a Enomao; la del oeste, el combate de los Centauros y de los lapitas; por encima del frontón oriental, estaban colocados en los dos ángulos, una victoria de bronce dorado y dos vasos del mismo metal, obras del escultor Peonios. Pero la maravilla del templo era la famosa estatua de Zeus, la obra maestra de Fidias, el más sublime esfuerzo del arte helénico.

Cuando los habitantes de Elis terminaron la construcción del templo, quisieron elevar a Zeus una estatua digna de él y llamaron a Fidias, quien acababa de esculpir en el Partenón la famosa estatua criselefantina de Palas Atenea. Así que, hacia el año 438 a. C., el maestro, con varios de sus discípulos, llegó a Olimpia y fue recibido con grandes honores, poniendo a su disposición un magnífico taller muy cerca del templo de Zeus y de proporciones exactamente semejantes al santuario del templo donde se iba a colocar la estatua. De esta manera, podría juzgar de antemano cómo estaría la estatua colocada en su lugar definitivo.

Así que en el fondo del santuario y bajo la luz que venía de la abertura superior del templo, estaba colocada esta obra maestra de Fidias, que era considerada como una de las siete maravillas de la Antigüedad. Era visible por todos lados, pero a cierta distancia porque estaba protegida por unas rejas. Su base era de mármol negro de Eleusis, así como el piso, con un mármol blanco pentélico. Fue colocada en el templo entre los años 448 a 445 a. C. Pausanias, que vio la estatua, la describe muy detalladamente:³ Zeus estaba representado sentado sobre su trono, teniendo en una mano el cetro y en la otra, como también la famosa estatua de Atenea del Partenón, una victoria alada de oro y marfil; sobre su cabeza, había una corona de olivo, de oro verde, para recordar el premio de los vencedores olímpicos. Su tamaño era siete veces mayor que el tamaño natural de un hombre, de unos trece metros de alto.

Las partes desnudas eran de marfil, los vestidos de oro y el cetro de toda clase de metales. El trono era de oro y marfil, de mármol y de ébano, una verdadera maravilla de construcción donde el arte de la escultura y pintura concurrían a la riqueza de los materiales empleados. Porque si la estatua era sencilla, sus accesorios, trono y base estaban llenas de figuras torneadas, ya que Fidias llevó consigo a su hermano —o sobrino— Panena, pintor famoso, y al cincelador Colotes.

En el trono, había bajorrelieves que representaban, entre otros asuntos, las ocho especies de juegos olímpicos; sobre el respaldo del trono, había dos grupos que representaban las Estaciones y las Gracias;

³ Pausanias, *Descripción de Grecia*, V. xi. 1 y ss.

sobre la base del monumento figuraban las grandes divinidades que formaban el cortejo del Padre de los Dioses; sobre el taburete de oro donde se posaban los pies del dios, había unos leones esculpidos y un bajorrelieve que representaba el combate de Teseo contra las amazonas. Toda la mitología estaba concentrada en esta imagen de proporciones gigantescas, donde el oro, el marfil, la pintura, el cincelado y la escultura producían una impresión de gran brillo y rica armonía.

Como dice Dión Crisóstomo: “Estaba sentado tranquilo e imponente, dulce y pacífico, velando sobre una Grecia unida y pacificada”. Se dice que Fidias se inspiró para esta obra en los versos de Homero, cuando accedió a los ruegos de Tetis para hacer justicia a Aquiles: “Así habló el hijo de Cronos, y bajo sus negras cejas, su divina cabellera se agitó sobre su cabeza inmortal, y estremeció el vasto Olimpo”.⁴ Por eso también Filipo, el poeta de Salónica,⁵ asombrado, dice en un epigrama: “O el dios bajó a la tierra para enseñarte su imagen, oh Fidias, o tú subiste al cielo para ver al dios”. También Epicteto dice:⁶ “Id a Olimpia para ver la obra de Fidias, y considerad como una desgracia morir sin haberla visto”.

Pero entre todos estos elogios y testimonios, existe una bella leyenda relativa a la estatua: cuando Fidias terminó su obra, dirigió al dios una ferviente plegaria suplicándole que le manifestara su agrado. Entonces el cielo se abrió, tronó y por el techo abierto del templo, el dios lanzó sobre el piso una luz resplandeciente.

La Antigüedad clásica contó esta estatua entre las siete maravillas del mundo. Éstas eran: las pirámides de Egipto, los jardines colgantes de Semíramis en Babilonia, el templo de Ártemis en Efeso, incendia-

⁴ Homero, *Iliada*, I. 528-530: *Η και κυανέησιν ἐπ' ὀφρύσι νεύσε Κρονίων·| ἀμβρόσια δ' ἄρα χεῖται ἐπερώσαντο ἄνακτος| κρατὸς ἀπ' ἀθανάτοιο· μέγαν δ' ἐλέλιξεν Ὀλυμπον.

⁵ Cf. *Antología griega*, XVI. 81: *Η θεὸς ἦλθ' ἐπὶ γῆν ἐξ οὐρανοῦ εἰκόνα δεῖξων·| Φειδία, ἢ σὺ γ' ἔβης τὸν θεὸν ὀψόμενος. Algunos lo consignan como Filipo de Tesalónica.

⁶ Epicteto, *Disertaciones a los Digestae de Arriano*, I. vi. 23-24: ' Ἀλλ' εἰς Ὀλυμπίαν μὲν ἀποδημεῖτε, ἴν' [ε]ἰδῆτε τὸ ἔργον τοῦ Φειδίου, καὶ ἀτύχημα ἕκαστος ὑμῶν οἶεται τὸ ἀνιστόρητος τούτων ἀποθανεῖν.

do el año de 356 a. de C. por Heróstrato para ganarse así una infamante inmortalidad; el Faro de Alejandría; el Coloso de Rodas que era una estatua de Apolo⁷ de 34 metros de altura; la estatua de Zeus de Olimpia y el Sepulcro de Mausolo o Mausoleo en Halicarnaso.

Desgraciadamente, este tipo ideal creado por Fidias apenas nos es conocido. La estatua estaba en su lugar hasta el año 384 de nuestra era; después, fue trasladada a Constantinopla, donde según Cedreno y Zonaras,⁸ fue destruida por un incendio en el año 475 de nuestra era. Pero ninguno de los bustos de Zeus puede pretender reproducir exactamente la obra de Fidias. Solamente en las monedas acuñadas en la Élide en los tiempos del emperador romano Adriano, podemos reconocer las reducciones auténticas de esa obra.

El templo de Hera

Está situado al norte del santuario de Zeus y es el templo más antiguo de todos los que se hallaban en Olimpia y de todos los templos griegos encontrados hasta la fecha en el continente helénico; en él se rendía culto a los dos dioses supremos Zeus y Hera. Su construcción, según Pausanias,⁹ remonta al año de 1026 a. C. y sus restos pertenecen en su mayoría al siglo VIII a. C. Fue construido por los habitantes de la ciudad de Escilonte de Trifilia a los pies del monte Cronión. Muchas partes del templo eran primitivamente de madera y en los tiempos de Pausanias había todavía una columna de encino, restos del monumento.

⁷ Era, de hecho, una estatua de Helio, el sol; cf. Higino, *Fábulas*, 223.

⁸ Cf. Cedreno, *Compendio histórico*, I. 517-518; Zonaras, *Léxico*, s. Ζεύς. Se aclara que sólo Cedreno nos refiere el traslado de la estatua a Constantinopla y Zonaras hace una puntal descripción de la estatua.

⁹ Si bien el etnógrafo y periegeta no señala con precisión la fecha (cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, v. xvi. 1), sí asevera que fue ocho años después de que Óxilo ocupara el solio de Élide. Óxilo reina luego de Eleo, nieto de Polixeno, quien luchó en Troya; el propio Óxilo era nieto de Toas, otro combatiente aqueo en la citada guerra (cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, v. iv. 6), así que el cálculo del maestro Frangos parece apropiado.

Las excavaciones han confirmado esta teoría de que los primeros templos griegos eran construidos de madera, porque mientras en las demás construcciones de Altis se hallaron partes principales de la arquitectura, aquí no subsiste nada del arquitrabe ni del friso, y es porque todas esas partes eran de madera; también es muy notable la gran variedad de las columnas, ya que sus capiteles presentan todos los tipos sucesivos, desde el viejo capitel primitivo de los siglos VII y VI, hasta el elegante del siglo V, y el frío de la época romana. Tenemos entonces que admitir que todas las columnas eran de madera y que fueron remplazadas sucesivamente en el transcurso de los siglos por columnas de piedra.

Era un templo de orden dórico, de 50 metros de largo por 18.75 metros de ancho, períptero, exástilo (6 x 16); tenía en total 40 columnas; de éstas se conservan 34 más o menos incompletas, así como 19 capiteles. Estaba dividido, como todos los demás templos, en tres partes: Pronao, el templo principal, y Opistódomos o parte posterior, y su piso era de madera; la parte principal del templo tenía al principio cuatro arbotantes por cada lado y después una columnata de piedra que la dividió en tres partes. Entre la segunda y la tercera columna de la columnata del lado del norte, se encontró a unos pasos frente a la base sobre la cual estaba, de espaldas y cubierta con una espesa capa de tierra, una de las mejores obras maestras de la escultura, el famoso Hermes de Praxíteles, el 26 de abril de 1877. De ella hablaremos en detalle en el capítulo siete.

En la parte occidental del templo se hallaron restos de una gran base de piedra arcillosa sobre la cual estaba la estatua de Hera y probablemente de Zeus;¹⁰ la cabeza, de arte arcaico, se guarda también en

¹⁰ El templo de Hera es mucho más antiguo que el de Zeus, incluso es el más antiguo de Grecia (cf. Spiros Fotinos, *Olimpia. Guía completa*, p. 37); la estatua de Hera — de la cual se conserva su cabeza, como afirma Frangos— databa de aquella antigua época (siglo VI a. C. aproximadamente), en tanto que la fastuosa efigie de Zeus no era anterior al 432 a. C. (cf. E. Fotinos, *op. cit.*, p. 44). Pausanias refiere (v. xvii. 1) que la estatua de Hera estaba sentada en un trono y a su lado, de pie, se hallaba Zeus barbado y con un casco, agregando “obras de trabajo sencillo” (ἔργα δὲ ἐστὶν ἁπλᾶ.). No hay por qué

el Museo de Olimpia. El frontón estaba coronado de una acrotera de arcilla pintada de forma casi circular con adornos multicolores, afortunadamente una de esas acroteras se conserva en el museo.

El Hipodameion

Se halla al noreste del templo de Zeus y era un templo dedicado a Hipodamia, la mítica esposa de Pélope; en ese lugar sagrado se habían enterrado sus restos, donde una vez al año las mujeres le ofrecían sacrificios. También, en los tiempos de Pausanias,¹¹ existía, como único resto de la casa de Enomao que fue destruida por un rayo, una columna de madera, guardada bajo un techo de cuatro columnas, muy cerca de la base de la estatua del toro de bronce de los eretrios.

El Pelopeion

Se encontraba entre el templo de Hera y el de Zeus, santuario dedicado a la memoria de Pélope. Era una eminencia o cerrito de dos metros de alto, 40 de largo por 30 de ancho, lleno de árboles, estatuas de bronce y de mármol rodeado por un muro pentagonal cuya entrada estaba en el ángulo noroeste. En su centro, había un altar y una estatua de Pélope y una vez al año los arcontes de Olimpia sacrificaban un morueco (carnero padre). En las últimas excavaciones, Doerpfeld encontró en el centro del cerrito y a un metro de profundidad, el túmulo de la tumba de Pélope.

dudar de que dicha figura fuera la del dios; lo que sí es digno de señalarse es que éste ocupa un segundo puesto y la preeminencia pertenece a Hera. Es teoría aceptada (cf. E. Fotinos, *op. cit.*, p. 42) que el templo de la diosa lo fuera también de su consorte y que haya fungido, hasta la construcción del alcázar de Zeus, como centro religioso de los juegos; con ello se abre la posibilidad de que las competencias olímpicas tal vez tuvieran un origen distinto y no hubieran sido consagradas solamente al dios varón o incluso rindieran homenaje a Hera. (Al respecto, cf. O' Brien, *The transformation of Hera. A study of ritual, hero and the Goddess in the Iliad*, pp. 192-201.)

¹¹ Pausanias, *Descripción de Grecia*, v. xx. 6-7.

El Filipeion

Estaba situado al oeste del templo de Hera y cerca de la puerta norte de Altis, erigido por Filipo II de Macedonia, después de la batalla de Queronea (338 a. C.). Como Filipo murió el año 336, fue terminado por su hijo Alejandro Magno. Era un edificio circular períptero, rodeado de 18 columnas de mármol de Paros, de orden jónico. En el centro, sobre un pedestal semicircular, estaban cinco estatuas criselefantinas, obra del famoso escultor ateniense Leocares. En el centro, estaba Filipo; tenía a su derecha a su padre, Amintas, y cerca de éste a su madre, Eurídice; a su izquierda, su hijo Alejandro Magno y, junto, la madre de éste, Olimpias.

El Pritaneo

Al norte del Filipeion estaba el Pritaneo. Era un edificio cuadrado de 32.80 metros por cada lado, dividido en dos partes: norte y sur; la parte sur tenía al frente un pórtico con dos columnas que conducía a la “hestia” u hogar sagrado con un altar dedicado a la diosa Hestia, protectora de los hogares. Frente a ese altar, ardía el fuego sagrado que nunca se extinguía y los visitantes lo tomaban al regresar a sus respectivas patrias; de sus cenizas, los sacerdotes del templo formaban una masa con el agua del río Alfeo, con la que untaban el altar de Zeus que de esta manera aumentaba continuamente. La parte norte servía como un restaurante donde comían gratis los vencedores de los juegos, así como los visitantes ilustres durante las fiestas.

El Metrón

El Metrón estaba situado cerca de los tesoros, y era el templo dedicado a la madre de los dioses, Rea, esposa de Cronos y madre de Zeus. Era un templo de orden dórico períptero exástilo, es decir, de seis columnas de frente y once a lo largo; fue construido entre los años 400 a 350 a. C. Se han encontrado pequeñas estatuas de arcilla y de bronce, pequeños tripiés y platillos que servían al culto de la diosa.

En los días de Pausanias, no había ninguna estatua de la diosa, sino estatuas de mármol pentélico de los emperadores romanos Claudio y Tito.¹² Se encontró un gran torso de César Augusto que se conserva en el Museo, así como tres estatuas que, se dice, eran la emperatriz Domicia, Agripina y Julia, hija de Tito.

Al este del Metrón, se ven 16 bases sobre las cuales se habían colocado los *Zanes*, plural de Zeus, estatuas de bronce del dios; fueron hechas con las multas que se imponían a los atletas cuando infringían las reglas de los juegos olímpicos; por eso se colocaron a la entrada del estadio para servirles de advertencia.

Los tesoros

Eran una serie de pequeños y elegantes monumentos en forma de templos de orden dórico que consistían en un vestíbulo con dos columnas como mínimo y una sala; guardaba los preciosos exvotos que no debían estar a la intemperie. Eran doce y fueron construidos por las ciudades de Sicilia y de la Magna Grecia, excepto dos, por ciudades de Grecia. Solamente quedan los restos de diez, ya que los otros dos desaparecieron al construirse la Exedra de Herodes el Ático y son:

1. El de los Sicionios, construido a principios del siglo V a. C. Entre otros tesoros, había tres discos, la espada de Pélope con empuñaduras de oro y un cuerno de Amaltea de marfil.
2. y 3. No se mencionan por Pausanias, habiendo desaparecido al construirse la Exedra de Herodes el Ático.
4. El de los de Siracusa fue construido por orden de Gelón con motivo de su victoria contra los cartagineses el año 480 a. C.
5. El de los Epídarnos de cuatro columnas.
6. El de los Bizantinos.
7. El de los Sibaritas, elevado antes de 510 a. C.

¹² Pausanias (V. xx. 9) no menciona los nombres de los emperadores; Frangos tal vez anexó aquí información arqueológica.

8. El de los Cireneos, que es el más pequeño.
9. El de los de Selinonte, construido de 550 a 500 a. C.
10. El de los de Metaponte.
11. El de los Megarenses, entre 550 a 500 a. C., con un hastial representando la guerra de los gigantes contra los dioses, que se conserva en el Museo.
12. El último está hacia el estadio, construido el año 582 a. C. por la ciudad siciliana de Gelas, con dos hastiales vistos uno desde el estadio y el otro desde Altis, con seis columnas de orden dórico de frente y dos y media a los lados. Muchos de sus adornos se conservan en el Museo.

El antro de ida y el altar de Heracles

Al oeste del tesoro de los Sicionios, se encuentran los restos de una construcción desconocida que parece que tenía una entrada a una roca como una cueva. Según Doerpfeld, era el antro o cueva de Rea, cantado por Píndaro,¹³ que al quedar destruido en el siglo IV, fue remplazado por el Metrón. Frente a este edificio, estaba el altar de Heracles.

Exedra o terraza de Herodes el ático

Era el edificio más reciente del Altis; fue construido por Herodes el Ático,¹⁴ conocido orador de Maratón, entre 141 a 157 de nuestra era. Fue él también quien construyó el Odeón a los pies de la Acrópolis, que hoy se conoce como el teatro de Herodes el Ático, así como el Estadio Panatenaico.¹⁵

¹³ Posiblemente se refiere a un *pean* fragmentariamente conservado (cf. Píndaro, *Fragmentos*, 52f).

¹⁴ Cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, VI. xix. 1 y ss.

¹⁵ El cual, renovado por el gran patriota Averof, es el famoso estadio de Atenas donde se efectuaron los modernos Juegos Olímpicos.

A pesar de que Olimpia estaba entre dos ríos, carecía de agua, y aquél construyó un acueducto cuyo final era la famosa terraza monumental que lleva su nombre, la cual era un edificio de 31.40 metros de ancho, en forma de media bóveda con dos alas y una cisterna entre ellas; en las paredes había unas conchas sobre las cuales se hallaban nueve estatuas de mármol, de las familias imperiales de Adriano, Antonio el Pío y Marco Aurelio, así como quince de la familia de Herodes; de éstas se hallaron catorce que están en el Museo, como también el toro de mármol con una inscripción dedicada a la esposa de Herodes, Regila.

La galería del eco o galería *Poecile*

Por el lado del este, un pórtico se extendía a lo largo del muro del Altis, de orden dórico y con 97.80 metros de largo por 9.80 de ancho; se llamaba así por un eco célebre que repetía siete veces las palabras pronunciadas. Fue construido a mediados del siglo IV a. C., probablemente por el rey de Macedonia, Filipo II, padre de Alejandro Magno.

Se llamaba también *Poecile*, es decir, “decorada”, por las numerosas pinturas que cubrían sus paredes. La fachada tenía una columnata de 44 columnas dóricas y los demás lados estaban cerrados por muros; el interior estaba dividido a lo largo por dos series de columnas; frente a la galería, el lugar estaba libre y se veían todos los monumentos del Altis, las procesiones y los sacrificios; también hay muchas bases de estatuas. Una muy famosa fue la de Ptolomeo II Filadelfo y otra la de su hermana y esposa, Arsínoe. Frente a la galería también había una larga tribuna de mármol, que se conserva hasta hoy y servía a los magistrados, así como a los más ilustres autores de la Hélade: oradores, filósofos, historiadores y poetas, que iban para recitar sus obras a los griegos reunidos allí.

Todos estos edificios estaban dentro del Altis, recinto sagrado considerado como el corazón de Olimpia, pero fuera de éste había numerosos edificios para la celebración de los juegos y el alojamiento de los huéspedes distinguidos y del personal de los templos.

El gran gimnasio

Era un vasto espacio abierto con pórticos alrededor, construido entre los siglos III y II a. C. y se utilizaba para entrenar a los atletas. Poseía al este, con dos hileras de columnas dóricas, un pórtico que medía 210.50 metros de largo y 11.78 metros de ancho, donde se entrenaban para la carrera en tiempo caluroso o lluvioso.

En el gimnasio, se guardaban los catálogos de los atletas y había muchísimas estatuas. En el año 100 a. C., el gimnasio se unió con la Palestra por un *propylon*, o vestíbulo para unir los dos edificios. Éste era un edificio cuadrado de unos 60 metros de lado; tenía en medio un patio rodeado por un pórtico dórico cuyo perímetro era de un estadio, es decir, de 192 metros aproximadamente.

El gimnasio

Dentro del pórtico, había muchas salas grandes y pequeñas, tales como el *ephebeion*, gran sala reservada a los jóvenes o efebos, y el *konisterion*, donde los atletas se salpicaban con fina arena antes de ciertos ejercicios. Al oeste estaba el *elaiothesion*, donde los atletas se untaban todo el cuerpo con aceite de oliva; en un rincón había una pequeña alberca de agua fría de 1.40 metros de hondo y el vestuario. Había también otras piezas con bancas donde discutían los filósofos y hablaban los oradores.

El Teocolón

Era una serie de piezas donde moraban los *Teócolos* o sacerdotes del dios Zeus.

El Heróon

Se halla al oeste de Teocolón y es un edificio cuadrado compuesto de tres compartimentos: el vestíbulo, una sala rectangular y una pieza cuadrada que contenía una construcción circular de ocho metros de

diámetro, en donde había un pequeño altar sobre el cual se ofrecían sacrificios a los adivinos de Olimpia, Yamo y Clitio, jefes de dos grandes familias de adivinos. Fue edificado probablemente a principios del siglo V, antes de las Guerras Médicas; hoy en día se conserva en el Museo de Olimpia.

Al sur del Heróon y del Teocoléon están los restos de una iglesia bizantina del año 450 a. C. elevada sobre las ruinas de un edificio de la primera mitad del siglo V a. C., así como sobre los cimientos del taller de Fidias donde el maestro esculpió su obra inmortal, la estatua criselefantina de Zeus. En las excavaciones, debajo y alrededor de esta iglesia, se encontró un horno de metal que probablemente fue usado por el escultor para fundir el oro y demás materiales necesarios para la estatua y cerca también un gran cazo de bronce de un arte exquisito. Al sur, se pueden contemplar los restos de un edificio rectangular que se considera un anexo del taller de Fidias, donde moraban los llamados *phaidrintes*, responsables de la conservación de la estatua de Zeus.

Leonidaion

En el ángulo sudoeste de los edificios fuera del Altis, en la segunda mitad del siglo IV a. C., fue construido el majestuoso edificio *Leonidaion*, llamado así por el nombre del que lo construyó y dedicó a Zeus, Leónidas de Naxos. Medía 73.51 por 80.18 metros, rodeado de una galería de 138 columnas jónicas de 5.55 metros de alto cada una. Estaba dividido simétricamente en un gran número de cuartos. En su centro, había un patio cuadrado rodeado por un pórtico de 44 columnas de orden dórico; era en dichos cuartos donde se hospedaban los representantes de las ciudades griegas que asistían a los juegos, y durante la conquista romana residía ahí el gobernador romano con su séquito. Dentro del *Leonidaion* se encontró una magnífica cabeza de Venus que se conserva en el museo de la ciudad.

El Bouleuterion

Hacia el este del *Leonidaion* está el *Bouleuterion*, donde residía el gran Consejo o *Boulé*, la más alta autoridad de los juegos olímpicos. Esta construcción pertenece a dos épocas: la de los siglos VI y V a. C. El edificio comprendía tres partes: ala norte, ala sur y en medio un edificio cuadrado; se cree que en las piezas que formaban un hemicírculo se guardaba el dinero, los vasos y los documentos de la ciudad y donde también se reunía el Consejo. Según Doerpfeld, era el Supremo Consejo de Elis.

En medio de este edificio central, estaba la estatua de Zeus Horkios, protector de los juramentos, ante quien juraban los atletas que cumplirían fielmente con todas las reglas exigidas en Olimpia; este juramento lo realizaban los atletas el primer día de los juegos que habían preparado y ejercitado durante los diez meses anteriores.

Stoa o Pórtico del sur

Al sur del Bouleuterion estaba una *Stoa* o Pórtico de 80.65 por 14.08 metros, que se utilizaba como lugar de reuniones y estaba ricamente decorada con estatuas y otras obras de arte.

Entrada romana pórtico sudeste, casa de Nerón

Desde el Pórtico del sur y avanzando un poco hacia el noroeste para entrar al Altis, encontramos una gran base abovedada de orden corintio, formada de zócalos de varias estatuas; se cree que fue fundada por Nerón, quien se llevó muchas estatuas a Roma y construyó ahí su casa habitación. Había un patio, muchos cuartos y baños.

Cripta

Al norte del Pórtico de Eco, se halla el pasaje abovedado llamado Cripta, por donde los atletas y los *helanodikés* o jueces, entraban al estadio. Al principio este pasaje estaba descubierto, pero a fines del siglo II a. C. fue

cubierto por un techo abovedado, y es por eso que recibió el apelativo de Cripta. Tenía 32 metros de largo, 3.70 de ancho y 4.45 de alto, con dos columnas de orden corintio por el lado del Altis.

El estadio

Era un paralelogramo de 212 metros de largo por 30.70 metros de ancho, pero la distancia que recorrían los corredores era exactamente 192.25 metros. El estadio olímpico era el más grande de todos los estadios griegos y al principio tenía una capacidad para 30 000 espectadores, pero más tarde se levantaron terraplenes por los lados oeste y sur, aumentando así su capacidad a 45 000 personas. Los espectadores estaban sentados en el suelo y solamente había asientos de piedra para los *helanodikés* y los visitantes distinguidos; la única mujer que tenía derecho de asistir a los juegos era la sacerdotisa de Deméter, sentada al oeste sobre un pedestal de mármol blanco. A lo largo de un pequeño quicio de piedra que servía como límite a los espectadores, un canal daba vuelta al estadio llevando a unos tanques el agua fresca destinada a los atletas y a los espectadores.

Se han encontrado exactamente las dos extremidades de la pista, tanto el punto de partida (el *Aphesis*) como la línea de la llegada. El punto de partida es una línea de piedras calcáreas blancas con dos ranuras paralelas donde los atletas colocaban los pies al comenzar la carrera; entre dichas ranuras, hay unos agujeros cuadrados donde se colocaban unas estacas para separar a los corredores entre sí y por esos agujeros sabemos que veinte corredores podían partir al mismo tiempo.

El hipódromo era paralelo al estadio y tenía cuatro “estadios” de longitud, es decir, 1 570 metros. La pista propiamente dicha medía dos estadios, 770 metros, y tenía la forma de un barco alargado terminado por una pendiente semicircular y, al oeste, la barrera o *aphesis*, que tenía asientos paralelos que veían hacia el campo de las carreras; en medio de la barrera había un altar con un águila mecánica que al elevarse daba la señal de la partida. Casi no queda nada del hipódromo, porque las inundaciones repetidas del río Alfeo lo han hecho desaparecer.

CAPÍTULO VI

EL MUSEO DE OLIMPIA

Este edificio fue realizado a expensas del gran *evergeta* griego Andreas Singrós, en el año de 1886 y está situado sobre una pequeña loma de la aldea Druva. Contiene una colección de objetos hallados durante las excavaciones, pero los más importantes hallazgos de cobre y bronce fueron llevados al Museo Nacional de Atenas, donde están guardados en vitrinas especiales.

El museo comprende un vestíbulo con dos salas laterales, una gran sala central y otras piezas dispuestas alrededor de los tres lados de ésta.

El vestíbulo

Contiene estatuas y cabezas de varios emperadores romanos: César Augusto, Antonino Pío, Marco Aurelio, Tiberio Claudio, Tito, Popea Sabina, esposa de Nerón, y la de Adriano, la más interesante, lleva sobre su cabeza una corona de laurel y sobre la coraza una representación de Atenea y de la loba amamantando a Rómulo y a Remo, que simboliza así las dos ciudades: Atenas y Roma.

Sala central

Ésta tiene exactamente las mismas dimensiones que el gran templo de Zeus para poder así colocar el conjunto de los frontones hallados, las metopas y la Victoria de Peonios. A la izquierda, están las estatuas del frontón oriental y a la derecha las del occidental. En la pared de la entrada, están colocadas las doce metopas del *Prónao* y del *Opistódomo*, representando las hazañas de Heracles, dos de las cuales están

sobre la pared del frente, en el fondo de la sala, a ambos lados de la estatua de la “Victoria de Peonio”.

La famosa estatua fue hallada el 9 de diciembre de 1875, tirada bocarriba cerca de su base al sudeste del templo de Zeus. Estatua y base son de mármol de Paros; la base tenía nueve metros de alto, compuesta de doce tambores, o secciones, el capitel y la estatua, tres metros hasta la altura de las alas. En el museo, la estatua se colocó sobre unos pocos tambores y el capitel. La Victoria fue dedicada a Zeus por los mesenios y naupactios con motivo de su triunfo sobre los espartanos en Esfacteria el año 425 a. C. y es obra del famoso escultor Peonio de Mendes de Tracia.

Al caer de su pedestal, sufrió grandes daños, sobre todo en la cara; el escultor alemán Grüttner hizo una copia de ella en yeso de una quinta parte de su tamaño que está colocada a su lado. La diosa está representada bajando del cielo teniendo en la mano una rama de palmera o de olivo silvestre para coronar a los vencedores; porta una cinta alrededor de la cabeza y su cuerpo está inclinado hacia delante. Mientras su pierna izquierda toca apenas el pedestal y la derecha pisa el punto de apoyo del mármol que, al estar entonces pintado de azul, simboliza el espacio de donde bajaba; a sus pies vuela un águila, símbolo de la altura y de Zeus.

La ligera inclinación de la estatua hacia adelante hizo que se armonizara todo su peso con el amplio manto que, sacudido por el viento, forma una gran vela; de esta manera, parece que la diosa alada sale casi de su pedestal y está volando en el vacío, pero sostenida por el contrapeso de su manto y alas. Para representar más sensible la idea del vuelo, el artista representa a la Victoria vestida de un largo peplo dórico que, siendo retenido solamente sobre el hombro derecho por un broche, hace que el viento que sopla se fije sobre su cuerpo que se distingue claramente bajo el peplo transparente dejando desnudos los brazos, el pecho y la pierna izquierdos.

A pesar de que nos ha llegado muy mutilada la obra, es admirable todavía y nos recuerda en sus rasgos a la “Victoria de Samotracia”. Es una obra que escapa de los límites del arte pero con éxito, porque

el artista pudo representar en la fijeza, la idea del movimiento (véase Figura 1).



Figura 1. La victoria de Peonio
(Reconstrucción Museo de Olimpia)

Frontón oriental

En él se representa la famosa carrera de carros entre Enomao y Pélope, no terminada, sino en preparación. Gracias a que Pausanias nos describe el frontón¹ es que los ocho caballos encontrados y las veintiún

¹ Cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, v. x. 6-7.

estatuas, si bien mutiladas, pudieron ser colocadas en las posiciones en que debieron lucir.

En el centro, estaba la majestuosa figura de Zeus parado con su bello torso desnudo y su pecho ancho y magnífico; se considera que estaba invisible a los rivales; en la mano izquierda sostiene el cetro y en la derecha su túnica que cubría la parte baja del cuerpo, dejando la parte alta desnuda. Su cabeza, que no se ha hallado, parece que estaba ligeramente volteada hacia la derecha, lo que significaba que favorecía a Pélope. A su izquierda está Enomao, con barba, en una postura orgullosa, con lanza, casco y la clámide sobre los hombros apoyando su mano derecha sobre la cadera. A la derecha de Zeus, está Pélope, joven imberbe, llevando casco y portando una lanza en la mano derecha y un escudo en la izquierda.

A la derecha de Enomao, está su esposa Estéope, vestida con túnica dórica; sigue Mírtilo, el cochero de Enomao, arrodillado; su cabeza y manos se han perdido. Con ellas sostenía las riendas de los caballos, de los cuales el primero está completo y los otros tres arreglados sobre un pedazo de mármol. Junto a los caballos estaba el carro, probablemente de cobre, y después un hermoso anciano calvo, apoyando la cabeza sobre la mano derecha y la izquierda sobre un báculo; su ancha frente está surcada de arrugas y mira muy triste hacia el lado de Enomao, tratándose tal vez de un adivino que prevé el mal resultado de la carrera. Sigue un joven desnudo sentado de cuclillas al servicio de Enomao, para terminar en el ángulo el río Cladeos, de busto nervioso y ágil, levantando ligeramente la cabeza sobre sus dos brazos, mirando con intensa curiosidad la escena.

Junto a Pélope está Hipodamia, vestida casi como su madre Estéope, con la mano derecha sobre el pecho y la izquierda cerca del cuello. Cerca de ella, está un joven arrodillado, el cochero de Pélope, que sostiene las riendas de los caballos que están representados junto a él de la misma manera que los de Enomao con el carro de bronce también faltante. Detrás de los caballos está sentado un viejo esclavo o escudero de Pélope con la cabeza volteada hacia ellos; después de él está, también arrodillada, la hermosa ninfa de los bosques, Aretusa,

que está mirando hacia un hombre recostado al extremo del frontón y que apoya su barba sobre la mano izquierda.

Frontón occidental

Representa la batalla entre centauros y lapitas. Según el mito, Pirítoo, rey de los lapitas, pueblo griego de Tesalia, en razón de su boda con Hipodamia, invitó a los centauros — seres mitológicos mitad hombres y mitad caballos, sus vecinos—, así como a Teseo, el conocido héroe ático. Durante la boda, los centauros, embriagados, trataron de raptar a la novia y las demás mujeres lapitas; éstos, ayudados por Teseo, vencieron a los centauros matando a muchos de ellos y haciendo huir a los demás.

En el centro de esta escena, está Apolo, tranquilo e imponente. Con el brazo extendido, domina toda la escena y parece acordar con su gesto la victoria a los lapitas ofendidos. A cada lado del dios, grupos de tres personajes se enlazan en una lucha ardiente: a la izquierda, el rey de los centauros, Euritión, coge a Hipodamia, quien deseando librarse del abrazo del monstruo, lo rechaza con los brazos tendidos arrancando los pelos de su barba, lo que le ocasiona a éste un gran dolor; mientras tanto, Pirítoo se precipita en ayuda de su novia, levantando un hacha para pegar al centauro. A la derecha, una joven lucha entre los brazos de otro centauro, ya herido por un hachazo que le acaba de dar Teseo.

A cada lado de este motivo central y simétricamente unos a otros, se suceden otros grupos cuya altura disminuye a medida que va inclinándose el frontón. Bustos de jóvenes se entrelazan a los pesados grupos de los centauros, mientras que grupos graciosos de muchachas se debaten entre los brazos de sus captores. En los dos ángulos extremos, dos formas femeninas alargadas simbolizan probablemente ríos de Tesalia² o algunas divinidades menores, y frente a cada una

² En la mitología grecorromana, los ríos son seres masculinos (cf. Hesíodo, *Teogonía*, vv. 337-345). Las Náyades, ninfas acuáticas, habitaban fuentes y lagunas, y podría ser

de ellas, una mujer medio acostada, alguna de las esclavas o nodrizas de la novia.

La batalla entre los lapitas y centauros simbolizaba el choque del mundo griego contra las fuerzas brutales del mundo bárbaro que era por fin vencido. En general, se cree que el frontón oriental era de la mano de Peonio y los del frontón occidental, de la de Alcámenes. Peonio, lleno de energía, tenía como Miguel Ángel el sentimiento de la vida y la sinceridad realista; Alcámenes, más aristocrático, más sabio que Peonio, más elegante pero menos nervioso. Pero ambos anuncian y preparan a Fidias, que supo unir la gracia ática de uno a la potencia de la escuela de los maestros del Peloponeso.

Las metopas del templo de Zeus

En el Pronao y el Opistódomos del templo, estaban las doce metopas que representaban los doce trabajos de Heracles, el héroe nacional de los griegos, seis en cada lado; desgraciadamente, no quedan más que fragmentos. Se hallan expuestos en la gran sala del museo, hechos de mármol de Paros; algunas metopas, completadas con moldes de yeso que se sacaron de las originales que ahora están en el Museo de Louvre y se encontraron durante las excavaciones francesas en la expedición de Morea, el año de 1829.

Excavaciones alemanas han sacado a luz numerosos restos de metopas,¹⁰⁰

de manera que es posible tener una idea exacta de cada una de ellas. Las metopas del Louvre representan a Heracles domando el toro cretense, que es la más bella de todas las de la serie, y la otra al mismo héroe matando a las aves del lago de Estinfalia. Enumeraremos por orden cada una de esas metopas.

la respuesta a esta elucubración de Frangos. No obstante, Fotinos (*op. cit.*, pp. 67-68) señala que dichas figuras son simplemente mujeres lapitas.

Las aves de Estinfalia

Eran unas aves salvajes con picos y garras de bronce y Heracles, ayudado por Atenea, las mató. El héroe está representado frente a la diosa sentada sobre una roca y le ofrece las aves muertas.

La hidra de Lerna

Era una gran serpiente de nueve cabezas que se regeneraban y de las cuales la del medio era inmortal; vivía en los pantanos de Lerna. Heracles, con la ayuda de su amigo Yolao, pudo cortar todas las cabezas.³ En la metopa se ve a la derecha el grueso cuerpo de la hidra con sus muchas cabezas y, a la izquierda, Heracles sosteniendo con la mano derecha una espada o una hoz con la que cortaba las cabezas, mientras que con la izquierda sostenía una antorcha con la que cauterizaba los cuellos del monstruo para que no nacieran nuevas cabezas.

El león de Nemea

Ésta fue la primera hazaña de Heracles. El león era invulnerable y por eso, al ver que sus flechas, no producían ningún efecto sobre la fiera; lo persiguió con su maza y lo ahorcó con sus manos. Siempre llevaba como trofeo la piel del león. En la metopa está representado Heracles, joven imberbe todavía, pisando con su pie izquierdo el cadáver del león; a la izquierda se ve Atenea, de la que se conserva solamente la cabeza.

³ Cada vez que el héroe cortaba una de las cabezas, surgían dos más del cercenado cuello; por esto ordenó a Yolao que cauterizara la herida antes de que emergieran las nuevas testas. Auxiliado así, logró decapitar ocho cabezas, y la novena, inmortal, la sepultó bajo una roca. Por haber sido auxiliado por su sobrino, Euristeo rechazó este trabajo y, a los diez inicialmente adjudicados, agregó uno por éste y otro más porque el héroe exigió un salario a Augías por limpiar sus establos (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, II. v. 2).

El cinturón de Hipólita

A esta reina de las Amazonas, que tenía un maravilloso cinturón, regalo de Ares, Heracles la mató para entregar el cinturón a Admeta, hija de Euristeo, quien ordenó que se lo llevara. En la metopa solamente se conserva la cabeza de Hipólita.

El ciervo de Cerinea

Era un ciervo sagrado de Ártemis⁴ que tenía los pies de bronce y los cuernos de oro; Heracles lo capturó vivo después de haberlo perseguido durante un año. Muy poco se conserva de esta metopa.

Los establos de Augías

Augías, el rey de Elis, tenía unos establos llenos de estiércol que se había acumulado durante muchos años y Heracles, en un día, pudo limpiarlos llevando a través de los establos las aguas del río Peneo, cercano a ellos. A pesar de que ésta es la tradición, una variante asevera que Heracles los limpió con una gran escoba. En la metopa, se ve al héroe con la escoba y a su lado a Atenea.

La muerte de Gerión

Era un gigante de tres cuerpos, rey de una isla en el Océano⁵ con grandes rebaños de bueyes. En la metopa se ve a Gerión con sus tres cuerpos, uno de ellos ya muerto y tal vez el segundo también; sobre el tercer cuerpo, Heracles, de rodillas, da un fuerte golpe con su

⁴ Normalmente, se asevera que es una hembra (ἔλαφον θήλειαν: Píndaro, *Olímpica*, III. 29; cf. también Eurípides, *La locura de Heracles*, vv. 375-377; Apolodoro, *Biblioteca*, II. v. 3; Diódoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, IV. xiii. 1). Por ello se ha propuesto que este animal fuera una corza o una reno, en ambas especies las hembras poseen cornamenta.

⁵ Apolodoro (II. v. 10) nos precisa que se llamaba Eritía — la Roja— y que en su tiempo era conocida como Gadir, es decir, la actual Cádiz. Como siempre, aquí encontramos un

maza con ambas manos. Sólo se conservan pedazos y los demás son completados con yeso.

La traída del infierno de Cerbero

Cerbero era el perro que guardaba la entrada del infierno, dejando penetrar a los muertos, pero sin permitir que ninguno saliera. Se ordenó al héroe sacarlo del inframundo y llevarlo ante Euristeo. En la metopa, se ve a Heracles arrastrando con ambas manos al guardián del Hades, del cual sólo se ve una cabeza y las patas delanteras.

El jabalí de Erimanto

Era un jabalí monstruoso que vivía sobre la montaña Erimanto de Arcadia. Heracles lo capturó vivo y lo llevó al rey Euristeo, quien se escondió en una gran tinaja por miedo a la fiera. En esta metopa solamente se ve a al héroe cargando sobre el hombro izquierdo al jabalí y a Euristeo medio saliendo de la tinaja.

Los caballos de Diómedes

Eran unos caballos salvajes⁶ que Diómedes, rey de los tracios, alimentaba con los viajeros que llegaban a sus costas. Heracles los capturó y los llevó a Euristeo. En la metopa, de la que muy poco se conserva, se le ve llevando con la mano izquierda un caballo, mientras que con la derecha sostiene su maza.

intento más de localizar estas tierras fantásticas en el mapa; por una cita de Estrabón (III. ii. 11) sabemos que esta localización se atribuía a Estesícoro, pero apunta José Meana, traductor y anotador del geógrafo (*cf.* n. 97), que la tradición era confusa al respecto.

⁶ Frangos parece seguir aquí la versión de Higino (*Fábulas*, 30) que habla de machos, pero lo habitual es que fueran citadas como hembras; así en Apolodoro, *Biblioteca*, II. ii. 8 y Diódoro de Sicilia, *Biblioteca histórica*, IV. xv. 3-4.

Las manzanas de oro de las Hespérides

Para obtener estas frutas maravillosas, Heracles pidió a Atlas que fuera a cortarlas al famoso Jardín y en cambio ofreció al gigante reemplazarlo un instante en su gran trabajo de sostener el cosmos sobre sus hombros. Pero Atlas, una vez que se vio libre de su eterna carga, quiso dejar al mundo sobre los hombros de aquél y llevar personalmente las manzanas de oro al rey Euristeo. Heracles, fingiendo aceptar la proposición de Atlas, le suplicó que le colocara un cómodo cojín y que mientras tanto Atlas sostuviera el cosmos. Una vez que el gigante consintió y volvió a cargarlo, Heracles cogió las manzanas de oro y se fue.⁷ Esta metopa se conserva en magnífico estado: Atlas lleva en ambas manos y muestra las manzanas de oro a Heracles, quien sostiene el cosmos sobre un cojín doblado; tras de Heracles está parada una de las Hespérides, vestida con un pesado peplo dórico, y Atenea, que con la mano izquierda le ayuda a sostener su carga, mientras que con la derecha tiene su lanza. Es una de las mejores metopas.

El toro cretense o de Cnosos

Es una de las mejores y más admiradas por su composición y ejecución; la mayor parte está hecha en moldes de yeso, ya que el original se halla, como hemos dicho, en el Museo de Louvre. En ella se ve a Heracles arrastrando con la mano izquierda al toro, mientras con la derecha levanta su maza para pegarle.

⁷ Versiones diferentes sobre este relato contaban que Atlas habría regresado sólo para burlarse del héroe y dejarlo en su lugar, fue entonces que Heracles le pidió acomodara en sus hombros un cojín y cuando el titán lo hizo, el astuto héroe rodó la esfera del universo — que no el mundo como lo entendemos hoy, es decir, el globo terrestre — y Atlas volvió a ocupar su sitio (Apolodoro, *Biblioteca*, II. v. 11). Pareciera que había otras tradiciones que señalaban que Heracles tomaba las manzanas por sí mismo o las recibía de las Hespérides (cf. al respecto el excelente trabajo de Francisco Diez de Velasco en su obra *Lenguajes de la religión. Mitos, símbolos e imágenes de la Grecia antigua*, pp. 75 y ss.).

Otros hallazgos que se encuentran en el museo

En las capas profundas del suelo de Olimpia, se encontraron por millares pequeños exvotos de arcilla y de bronce dedicados por los fieles. Lo tosco de su técnica manifiesta su antigüedad. Hay tripiés, figuras de caballos, ciervos, vacas, pájaros, hombres, etcétera. muchos de ellos remontan hasta el siglo VIII a. C.

Hay una colosal cabeza de Hera, hallada en el Heraion, de arte arcaico que probablemente reemplazó a una estatua anterior de la diosa hecha de madera (el Xoanon), una encantadora cabeza de Afrodita en mármol de Paros, réplica evidente de la de Cnido de Praxíteles y la estatua de un toro que estaba frente a la Exedra de Herodes el Ático.

Hermes de Praxíteles

En una sala especial, continuación de la gran sala central, está el más bello descubrimiento de Olimpia: el Hermes del famoso escultor ateniense Praxíteles, que se encontró el 27 de abril de 1877 dentro del templo de Hera.

Seguramente, antes de la caída de la estatua de su base, hubo un derrumbamiento de las paredes del templo, hechas de ladrillos de barro, sobre el cual cayó la estatua sin dañarse. Después, al disolverse completamente los muros de Heraion y al inundarse la región del Altis por la acción del río Cladeo, el barro que bajó del monte Cronión tapó completamente esta obra hasta que las excavaciones la sacaron casi intacta.

Las dos piernas y el pie izquierdo están hechos de yeso porque no se encontraron durante las excavaciones y fueron hechas por el escultor alemán Schaper. Hermes está representado transportando sobre su brazo izquierdo al niño Dioniso, hijo de Zeus y de Semele, a quien llevaba a las Ninfas para que lo criaran y cuidaran.

El dios está apoyado en un tronco de árbol sobre el cual arrojó su manto; su cuerpo, cuyo peso es llevado sobre la pierna derecha, se inclina suavemente para dar a las líneas una graciosa ondulación. Es admirable la naturalidad del manto que cubre con sus pliegues el tronco del árbol sobre el cual se distinguen las vetas.

El niño Dioniso está apoyando una de sus manitas sobre el hombro del dios y la otra está levantada en un gesto de deseo; con el brazo derecho, desgraciadamente perdido, Hermes mostraba al niño un objeto que excitaba su envidia: un racimo de uva o según otros un cascabel, tratando así de divertir al pequeño Dioniso. Hay un maravilloso contraste entre la agitación del niño y la tranquila actitud del dios que inclina la cabeza sonriendo.

La cabeza del dios es redonda, el pelo rizado y la frente se divide por un ligero surco en dos partes, saliendo un poco la parte inferior; la nariz fuerte, un poco más ancha arriba, algo aguileña; los labios delgados y la barba redonda con un gracioso hoyito en medio, que los antiguos llamaban "ninfa". De los hombros nace, por una parte, el brazo derecho, revelando una magnífica conformación anatómica de huesos y músculos, y por otra parte, bajan los fuertes omóplatos y la espalda que da la impresión que la estatua pertenecía a un robusto atleta en oposición al fino e ideal cuerpo que se ve de frente. Sobresalen los pechos y el ombligo que se nota apenas, para seguir el hipogastrio y la flor de su virilidad. Siguen las piernas brillantes para unirse con los pies; uno se ha perdido pero el otro, que felizmente se ha encontrado, nos muestra el mejor pie conservado del arte antiguo (véase figura II).



Figura II. Hermes y Dioniso de Praxíteles
(Actualmente en el Museo de Olimpia)

Tal es esta obra maravillosa que guardó todo su brillo y nos hace comprender lo que era Praxíteles; porque si esta estatua no era considerada como su obra más famosa, ¿cómo serían entonces aquellas obras maestras de Afrodita, de los Amores y de los Sátiros? La obra más estimada de Praxíteles era la ya mencionada estatua de Afrodita desnuda que se conservaba en Cnido; aparecía con un ligero color en los ojos, los labios y el cabello; algunos creían ver en ella un retrato de la famosa hetaira Friné que le sirvió de modelo.⁸

⁸ Cf. Ateneo, *El banquete de los sabios*, XIII. 59, y Plinio, *Historia natural*, XXXVI. v. 4. De Friné, natural de Tespias, se contaba que fue la hetaira más hermosa y la más costosa de su época. Fueron muchos y muy famosos sus amantes, al punto que corría la historia de que ella podría restaurar la muralla tebana derribada por Alejandro con sus propios medios, pidiendo tan sólo una inscripción que refiriera el hecho; según Propertio (II. vi. 5 ss), la restauración se llevó a cabo. La belleza de Friné inspiró no sólo a Praxíteles, sino también a Apeles para su "Afrodita emergiendo del mar". Su relación con Praxíteles fue causa de que el escultor perdiera su hermoso Eros, pues le había prometido a Friné una escultura, mas ella anhelaba la que el artista apreciara como la mejor; negándose a admitir sus preferencias, la astuta hetaira hizo entrar a uno de sus esclavos con la noticia de que el taller de Praxíteles ardía. Al punto, el aterrado escultor se lamentó por su Eros y su Sátiro, Friné pidió el Eros y Praxíteles hubo de cederlo. La hetaira lo obsequió a su tierra natal. (Cf. Ateneo, *El banquete de los sabios*, XIII. 59; Pausanias, *Descripción de Grecia*, I. xx. 1; *Antología griega*, XII. 56 y 57; XVI. 204). Las hipócritas autoridades atenienses acusaron de impiedad a Friné, supuestamente por introducir un culto extranjero y la llevaron a juicio. Uno de sus amantes, el orador Hipérides, la defendió de los ataques de Eutias y, para mayor efecto de sus palabras, la desnudó frente al jurado... la hetaira fue absuelta (cf. Ateneo, *loc. cit.* y Alcifrón, *Cartas de cortesanas*, IV. 3). Fue tal la fama de esta mujer que, se dice, en Delfos había una estatua suya hecha de mármol o de oro, según algunos, la cual se había erigido a expensas de sus muchos y ricos amantes (cf. Ateneo, *loc. cit.*; Pausanias, *Descripción de Grecia*, IX. XXVII. 5 y ss; Eliano, *Historia varia*, IX. 32; Dión Crisóstomo, *Oraciones*, XXXVII. 28; Diógenes Laercio, *Vida de los filósofos*, VI. 60).

CAPÍTULO VII

LOS CUATRO JUEGOS MÁS IMPORTANTES DE GRECIA

Cuatro eran los grandes juegos sagrados de los antiguos griegos: juegos píticos, juegos nemeos, juegos ístmicos y juegos olímpicos. Todas las ciudades tenían la obligación de mandar las llamadas “Teorías” o representaciones de ciudadanos distinguidos.

Juegos píticos

Se celebraban en Delfos y su fundación se atribuía a Apolo, como recuerdo de haber matado al dragón Pitón.¹ Originalmente, se llevaban a cabo como desarrollo de fiestas religiosas, donde competían poetas y músicos en honor del dios. Los primeros juegos históricos se llevaron a cabo el año 586 a. C., cada ocho años y después cada cuatro, como en Olimpia, pero sin coincidir, ya que se efectuaban el tercer año de cada olimpiada.

Hasta esa época, los de Delfos eran los jueces o *Agonotetas* de los juegos, pero cuando los *anfictions* se encargaron de todo lo relativo a los juegos, además de los concursos poéticos y musicales, agregaron los mismos juegos que había en Olimpia, es decir, la carrera, el *diaulos*, el *dólichos*, la lucha, el pentatlón, el pugilato, el pancracio, carreras de caballos y de carros, la carrera de niños, lucha y pugilato de niños y hasta *diaulos* y *dólichos* de niños, que nunca se llevaron a

¹ Tómese en cuenta que el dragón griego es propiamente una gran serpiente (cf. H. G. Liddell, *op. cit.*, s. *δράκων*); de hecho, las pitones actuales tomaron su nombre de esta gran sierpe mítica.

cabo en Olimpia. El premio consistía en una corona de laurel, la planta sagrada de Apolo. En la primera Pitiada no hubo carrera de carros de cuatro caballos por falta de hipódromo, pero en la siguiente, en 582, se construyó y ganó Cleístenes, el tirano de Siracusa.

Los juegos gímnicos se efectuaban en el estadio, situado al norte de la ciudad, que era más pequeño que el de Olimpia, de unos 178 metros, construido de piedra y después de mármol, a expensas de Herodes el Ático. No se sabe cuántos días duraban los juegos ni cuándo fueron suprimidos, pero Plutarco dice que los certámenes musicales precedían a los gímnicos y éstos a los hípicos.

Los pocos informes que tenemos de los juegos píticos nos dicen que eran inferiores a los olímpicos; tal vez contribuyó a ello la existencia de certámenes músicos y poéticos, y también porque los organizadores nunca pudieron llegar a la altura de los *helios* o encargados de los olímpicos.

Juegos nemeos

Nemea estaba situada en la Argólida, sobre el camino de Corinto a Argos, a unos tres kilómetros de Cleones. Los cleones eran los presidentes de los juegos y cuando esa ciudad fue conquistada por Argos, en el año 460 a. C., sus habitantes efectuaban dichos juegos.

También aquí tenemos un origen mitológico de los juegos. Cuando las mujeres de la isla de Lemnos decidieron matar a todos los hombres de su patria, Hipsípila, hija del rey Toante, guardó a su padre en un cofre; al saberse esto, el rey fue arrojado al mar y su hija pudo escapar para salvar su vida. Unos ladrones la vendieron cerca de Nemea a Licurgo y la esposa de éste encargó a la mujer el cuidado de su hijo Ofeltes. Mientras cuidaba al niño, pasaron los siete jefes de la expedición contra Tebas y le suplicaron que les diera agua; ella, dejando al niño, les enseñó una fuente, pero en su ausencia un dragón lo mató. Cuando la madre del niño iba a matar a Hipsípila, se presentaron a salvarla sus hijos Toas y Euneo, quienes la buscaban por toda Grecia y llegaron a Nemea por indicaciones del adivino Anfiarao.

Los siete jefes instituyeron unos juegos en honor de su involuntaria víctima, disputándose el primer premio, una simple corona de apio, considerado como la planta de los muertos. Por eso los juegos nemeos guardaron ese carácter funerario, a pesar de que después fueron consagrados a Zeus, porque, según una tradición, fueron interrumpidos y reinstalados por Heracles en honor a Zeus como recuerdo de haber matado al león de Nemea.

Los juegos se efectuaban cada dos años, el segundo y el cuarto de cada olimpiada, en verano, aunque parece ser que había otros en invierno de carácter local. Pausanias,² hablando de Nemea, dice que “hay un templo de Zeus digno de verse a pesar de que su techo está caído y no hay dentro ninguna estatua”. Tampoco menciona que haya estadio, aunque sí agrega que en Argos lo había.

No sabemos exactamente qué clase de juegos se efectuaban, pero, además de las carreras a caballo, instituidas por el emperador romano Adriano, gran admirador de Grecia, había pancracio y pentatlón de niños y todos los de los hombres, otros de jóvenes imberbes o efebos, así como certámenes musicales que fueron establecidos más tarde en el siglo III a. C. No sabemos cuándo fueron suprimidos, pero se efectuaban todavía en el año 200 de nuestra era, porque así lo dice Filóstrato.³

Juegos ístmicos

Si Delfos era el ombligo de la Tierra, el Istmo era el centro geográfico de Grecia. Estos juegos se llevaban a cabo cada dos años, el primero y el tercero de las olimpiadas, y eran dedicados a Poseidón, dios del mar y de todas las fuerzas subterráneas. Comenzaron a contarse a partir del año 583 a. C. Los corintios tenían la presidencia de los juegos y así como en los nemeos, había tres clases de atletas: hombres, niños y jóvenes

² Cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, II. xv. 2: ἐν δὲ αὐτῇ Νεμείου [τε] Διὸς ναὸς ἔστι θεᾶς ἄξιος, πλὴν ὅσον κατερρηῆκει τε ὁ ὄροφος καὶ ἄγαλμα οὐ δὲν ἔτι ἐλείπετο.

³ Cf. Filóstrato, *Gimnástica*, VII. 2.

imberbes, y había casi los mismos juegos que en Olimpia. Además, a partir del siglo III a. C., encontramos certámenes musicales y poéticos.

En los juegos ístmicos, Tito Quinto Flaminio declaró la independencia de los griegos el año 195 a. C. Según Polemón,⁴ en el tesoro de los sicionios, había un exvoto de Aristómaca, poetisa eritrea que venció en los certámenes poéticos. El premio consistía primeramente en una corona de pino y posteriormente de apio pero marchito, en lugar de apio fresco como era la de los juegos nemeos.

No se sabe cuándo fueron abolidos, pero todavía se verificaron en el año 360, ya que Juliano los menciona.⁵ Además de los corintios, los atenienses tenían también la presidencia de los ístmicos, porque Teseo fue quien les pidió a los griegos que se la concediera.

Juegos olímpicos

Olimpia era el más importante de los tres centros anteriores y es por eso que, sobre los juegos olímpicos, tenemos muchos más datos que sobre los otros. La mayor gloria para un griego y su patria era ser el vencedor de estos juegos. Por eso Píndaro desea a los vencedores de los demás juegos, serlo también en los olímpicos, que llama “la mayor de las hazañas”.⁶

Olimpia realizó el milagro de unir a todos los griegos, haciéndolos olvidar sus rivalidades. De los hermosos cuerpos de los atletas olímpicos, surgió la imagen ideal del hombre en la que se inspiraron los grandes artistas de la Antigüedad para moldear a los dioses y hombres en sus mármoles y bronces inmortales.

Juegos panateneos

Además de los cuatro juegos ya nombrados, hubo muchísimos más, de los cuales el más importante era el de los panateneos, que se celebraban

⁴ *Apud* Plutarco, *Moralía*, 675b

⁵ *Cf.* Juliano, *Epítolas dudosas*, 198.

⁶ *Cf.* Píndaro, *Olímpicas*, l. 7: μηδ' Ὀλυμπίας ἀγῶνα φέρτερον αἰδέσσομεν.

en Atenas en honor de Atenea, la patrona de la ciudad y de Hefesto. Fueron instituidos por Erictonio, rey legendario de Atenas, mitad hombre y mitad serpiente, o por su nieto Erecteo (1525-1560 a. C.). Se llamaron primero ateneos, pero cuando Teseo reunió los diferentes *demos* o pueblos del Ática, los llamó panateneos para indicar que constituían una fiesta común de todos los habitantes del Ática.

Había grandes y pequeños panateneos: los grandes se celebraban cada cuatro años, el tercer año de la olimpiada, y los pequeños cada año. Había luchas gímnicas, carreras de caballos y de carros. El premio consistía en un ánfora llena de aceite proveniente del olivo sagrado de la Acrópolis, plantado por Atenea, y el vencedor era también ceñido con una corona de olivo del mismo árbol. Pisístrato introdujo la costumbre de leer los poemas de Homero y después se concedió este honor a los poetas épicos. Había también concursos musicales, vocales e instrumentales.

La ceremonia más importante era la procesión, durante la cual se llevaba al templo de Atenea el velo destinado a la estatua de la diosa; era un velo amarillo bordado ricamente con oro que representaba las victorias de la diosa contra los Gigantes. Era bordado por jóvenes escogidas en una ceremonia especial, y mientras lo bordaban, ejecución que duraba casi un año, vivían en la Acrópolis, en el templo de Erecteo o Erecteion. Las ciudadanas que habían merecido el agradecimiento de la república recibían públicamente una corona de oro.

La procesión fue representada por Fidias en los frisos del Partenón: tenía 160 metros de largo y constaba de 360 personajes. La mayor parte se encuentra en el Museo Británico. El Museo de Louvre posee algunos fragmentos y el Museo de la Acrópolis otros trozos. El friso oeste se encuentra aún en su lugar primitivo.

CAPÍTULO VIII

FECHA Y DURACIÓN DE LOS JUEGOS

Es difícil, si no imposible, fijar con certeza el tiempo durante el cual se verificaban los juegos, porque los informes que tenemos se contradicen; sin embargo, se puede asegurar que era durante la segunda o tercera luna llena que seguía el solsticio de verano, es decir, desde fines de junio a principios o mediados de julio y hasta agosto; así por ejemplo, los juegos de la 83ª olimpiada (448 a. C.) se efectuaron el 13 de agosto. Lo mismo ocurre con la duración de los juegos, porque al principio se realizaban solamente un día, paulatinamente llegaron a cinco.

Reglamentos de los juegos

La administración de los juegos pertenecía a diez magistrados de Elis llamados *helanodices*, que estaban encargados de la organización de la fiesta y eran elegidos por sorteo entre todos los Eleos. Empezaba su cargo diez meses antes de los juegos para poder familiarizarse con todos los detalles de la fiesta; vigilaban y dirigían los ejercicios de los atletas que se efectuaban en el gimnasio de Elis; recibían las inscripciones de los candidatos para saber si reunían las condiciones requeridas, porque para poder competir en los juegos olímpicos, era necesario comprobar que uno era de pura raza helénica, libre de nacimiento, no esclavo, y estar en paz con los hombres y con los dioses. Todo aquel que había cometido un crimen, una impiedad o un sacrilegio, era rechazado.

Después de que los romanos conquistaron Grecia, fueron autorizados a competir por ser considerados de la misma raza que los griegos. Las mujeres estaban excluidas de la fiesta, excepto la sacerdotisa de

Deméter, como hemos dicho en otro capítulo. Regila, la esposa de Herodes el Ático, para poder asistir, fue nombrada sacerdotisa de Deméter. Hubo un caso en que una mujer, Calipatira de Rodas, acompañó a su hijo Písodoro a Olimpia, disfrazada de maestro de gimnasia. Al declararse vencedor a su hijo, dando un fuerte grito corrió a besarlo y al caer su vestido fue descubierta; a pesar de que la ley ordenaba que toda mujer descubierta en los juegos debía ser condenada a muerte, los jueces, tomando en consideración que era madre, hermana e hija de vencedores olímpicos, la perdonaron, y para evitar la repetición de un caso semejante, los maestros de gimnasia estaban también desnudos como sus discípulos.¹

Los *helanodices* tenían la suprema vigilancia de los juegos y eran los que adjudicaban la victoria, su decisión era respetada e irrevocable y si algún atleta creía que había sido agraviado, podía dirigirse al Consejo de los Elios que estaba reunido en el Senado de la ciudad; el Consejo podía castigar a los *helanodices*, pero no podía anular su decisión. Por otra parte, tanto éstos como el Consejo de los Elios tenían el orgullo de ser justos, de manera que todos los griegos tenían plena confianza en la imparcialidad de sus jueces.

Seis meses antes de los juegos o, según otros, con diez meses de antelación, los sacerdotes y jefes de Elis mandaban a todas las ciudades griegas unos heraldos llamados *espondóforos*, o sea, anunciadores de la Tregua, para proclamar que ya estaban declaradas y fijadas las fechas para el festival. Cuando los *espondóforos* llegaban a una ciudad, eran recibidos con grandes honores y agasajos, y a su salida, las ciudades se preparaban febrilmente para el entrenamiento de sus atletas, quienes tenían que estar un mes antes de la fecha de los juegos en Elis para ejercitarse todas las mañanas en el gimnasio de la ciudad bajo la vigilancia de los jueces que sometían a los candidatos a exámenes preparatorios para clasificarlos a las diferentes categorías según su edad, habilidad, fuerza, etcétera. y estar así seguros de que las hazañas que iban a ejecutar estaban en armonía con la más alta moral y nivel artístico que

¹ Cf. Pausanias, *Descripción de Grecia*, v. vi. 7.

se esperaba de los atletas, porque cada atleta era un campeón, el mejor de su ciudad natal.

Primer día

El primer día ofrecían sacrificios ante la tumba de Pélope y después se ofrecía a nombre de Elis un solemne sacrificio a Zeus, mientras que las Teorías, o delegaciones de las ciudades, recorrían el Altis depositando sus ofrendas ante todos los santuarios.

Los atletas, con sus padres, hermanos y maestros, eran conducidos por los *helanodices* al *Bouleuterio*; allí había una estatua de Zeus Horkios o protector de los juramentos, donde cada uno, poniendo la diestra sobre el altar, juraban haber cumplido con todas las obligaciones y reglamentos, y prometían comportarse con lealtad en todas las luchas del día. Después, un niño era conducido al *opistódomo* del templo de Zeus donde estaba el olivo sagrado y con una hoz de oro cortaba tantas ramas como certámenes había y con ellas se hacían las coronas, el galardón máspreciado para un atleta.

Segundo día

Con los primeros rayos del sol comenzaba la fiesta. El cortejo oficial entraba al estadio por la cripta, los *helanodices* con largas vestiduras de púrpura tomaban asiento en la tribuna que estaba cerca de la meta; los atletas, acompañados por sus maestros y los jefes de las Teorías de las ciudades, ocupaban un lugar de honor. Este día tenían lugar las luchas de los niños, pero los juegos eran los mismos para las dos categorías de concursantes.

La carrera era el primero y más antiguo de los ejercicios de Olimpia:

- 1º. Carrera simple (estadio o *Dromos*), que consistía en recorrer la distancia de 192 metros con la mayor rapidez y era el espectáculo más gustado del público.

- 2º. Carrera doble (*Diaulos*), en la que se recorría dos veces el largo del estadio, porque llegando a la meta daban vuelta alrededor de unos postes para volver a su punto de partida.
- 3º. *Dólidos*, que consistía en recorrer doce veces la vuelta de la arena, unos 14.5 kilómetros. En esta carrera se trataba, más que correr rápido, resistir a la fatiga, de manera que comenzaban con una carrera lenta, siguiendo una carrera doble y, por último, la carrera sencilla donde cada corredor desarrollaba el máximo esfuerzo. Lo que hacía más difícil esas pruebas era que el terreno no estaba sólido, sino tenía una espesa capa de fina arena donde se sumían los pies.

Tercer día

Era el día más importante porque en ella tomaban parte los hombres, siempre en el mismo orden: primero corrían el estadio, *Diaulos* y *Dólidos*, seguían los luchadores, pugilistas, y por último los del Pancracio. Los corredores del estadio estaban repartidos en cuatro y se indicaba el orden por sorteo; los primeros cuatro se colocaban en el punto de partida cerca de la entrada y la meta estaba donde se encontraban los *helanodices*. Uno de los jueces llevaba en la mano una rama de palmera que entregaba al vencedor del grupo; en el punto de partida había otro de ellos que dejaba caer la cuerda para indicar el principio de la carrera.

Se puede decir que los corredores más bien volaban que corrían, y el vencedor, entre sus otros tres compañeros, recibía de mano del *helanodice* una rama de palma, esperando a los demás grupos de cuatro corredores para la prueba definitiva. El vencedor del estadio daba su nombre a la olimpiada y por eso la agonía y entusiasmo, tanto de los corredores como de los espectadores, llegaba al delirio cuando el vencedor recibía la rama de palma de manos del juez.

Después del estadio seguía el *Diaulos* o carrera doble, pero el punto de partida no era el mismo, sino al otro extremo, donde estaban los *helanodices*. Por último se efectuaba el *Dólidos*. Además de esas tres

clases de carreras, había otra, la de los Hoplitas o soldados armados que recorrían el estadio dos veces y llevan casco y escudo pesados.

El pentatlón

Comprendía cinco certámenes: salto, disco, carrera, jabalina y lucha. Se dice que su origen fue el siguiente: cuando los argonautas, que iban a la conquista del Toisón de oro, desembarcaron en la isla de Lemnos, Telamón fue el vencedor en arrojar el disco, Linceo en la jabalina, los hijos de Bóreas, Zetes y Calais, en la carrera y el salto respectivamente, mientras que Peleo, el padre de Aquiles, en la lucha y el segundo lugar en todas las demás pruebas. Entonces suplicó al jefe de la expedición, Jasón, que combinara las cinco pruebas en una, y así se creó el pentatlón.

A pesar de que la carrera y la lucha se efectuaban como pruebas separadas, los otros tres siempre formaban parte del pentatlón. Parece ser que fue introducido por primera vez en la 18ª olimpiada en el año 708 a. C.

El salto

En la mitología, el salto ocupaba el último lugar de todos los juegos, pero los saltadores eran los más populares. Los poetas escribieron peanes en honor de Failos, el más famoso saltador, y su cuerpo fue moldeado en bronce por Policleto. El salto era de longitud, sencillo o triple, con o sin vuelo. El triple con vuelo era el más importante y se dice que Failos de Crotona saltó 52 pies, es decir, 17 metros. Parece ser que este dato no es exagerado, pues el récord actual es de más de 15 metros.

Si el punto de partida estaba marcado como hoy por una línea, habría la duda de si el atleta pisaba delante o atrás de ella. Para evitar esto, dicho punto, así como el terreno donde tomaba el vuelo, estaba de 10 a 20 centímetros más alto que el lugar donde se efectuaba el salto, de manera que el primer salto se hacía desde el punto de partida y los otros dos dentro del mismo terreno que está un poco más bajo. Los dos primeros brincos necesitaban terreno sólido y el tercero requería

arena. En éste, el atleta debía caer de pie y no se le permitía resbalar, pues se borraban las huellas, en cuyo caso quedaba descalificado.

Al salto lo caracterizaban el uso de *halteras* o balancines, que sostenían en las manos y que soltaban en el último momento. En el punto más alto de su brinco, ponía las manos y los pies hacia delante, aventaba las manos hacia atrás arrojando las *halteras* para dar un mayor impulso al salto. En el triple, esto sucedía en el tercero y último. El peso de la *halteras* variaba de uno a cinco kilogramos y eran de piedra, bronce o plomo. En el Museo de Berlín se conserva uno de estos balancines de 21 centímetros de diámetro y pesa dos kilos; en Corinto se encontró también un par de 2.18 kilogramos cada uno. En su diseño y peso no había reglas y cada atleta escogía su estilo y lo perfeccionaba.

El disco

Según la mitología, fue Perseo quien inventó el disco. Como el oráculo había vaticinado a su abuelo Acrisio que sería muerto por su nieto, éste se fue a Larisa tratando de evitar el cumplimiento de la fatal predicción. Perseo, al visitar a su abuelo, quiso enseñarle su invento e involuntariamente lo mató. Lo mismo le sucedió a Apolo, que mató sin querer a su querido Jacinto.² Los accidentes en esta prueba eran frecuentes, pero a pesar de esto, el tiro de disco con sus graciosos movimientos y posturas clásicas era de los más apreciados entre los griegos. Por eso, Apolo, el dios más apuesto, era discóbolo, así como su bella hermana Ártemis; cuando ésta fue retada por Orión a una competencia de disco, aceptó el reto, lo venció y lo mató.³

² Cf. Ovidio, *Metamorfosis*, x. 162-219; Apolodoro, *Biblioteca*, III. x. 3. Una variante cuenta que Céfiro, antiguo amante de Jacinto, celoso, sopló sobre el disco despedido por Apolo y lo estrelló contra el desvalido joven, el cual murió a pesar de los cuidados del dios y fue convertido en la flor que lleva su nombre (cf. Luciano, *Diálogos de los dioses*, XIV).

³ Cf. Apolodoro, *Biblioteca*, I. iv. 5. El mismo autor afirma que también se decía que Ártemis lo mató por intentar violar a Opis, una de las doncellas hiperbóreas que celebraban a la diosa en Delos. Otras versiones aluden a que Ártemis lo mató (Homero, *Odisea*, v. 121 y ss., y Horacio, *Odas*, III. iv. 70; Higino, *Fábulas*, 195), pero algunos dicen

Antiguamente, el disco era de piedra y después de metal, cuyo diámetro variaba de 17 a 30 centímetros y su peso de 1.353 a 4.758 kilogramos. Los de metal estaban adornados de esculturas, siendo el ave la más usada para indicar la rapidez de su vuelo. Su tamaño y peso dependía de la preferencia individual del atleta, porque al igual que las *halteras*, él escogía el estilo que quisiera de acuerdo con su entrenador. El disco se guardaba en una funda de cuero para protegerlo.

El discóbolo se paraba dentro de un área llamada *balbis*, marcada por tres líneas y no podía salir de las dos líneas de los lados ni pasar la del frente, pues si lo hacía era descalificado. Debía tener el pie derecho hacia delante pisando con toda la planta y llevar el peso del cuerpo hacia delante, que está ligeramente inclinado; el pie izquierdo está apoyado sobre los dedos. Coloca el disco en la palma de la mano derecha, que la cubre completamente, y lo sostiene solamente con las últimas falanges de los dedos. La mano derecha toma el disco y la mano izquierda sólo lo sostiene. Entonces el tronco da vuelta hacia la derecha y la mano que tiene el disco se mueve hacia abajo y hacia atrás, mientras que se doblan las rodillas; la mano izquierda ayuda a sostener el disco y continúa su movimiento hacia atrás, hasta que se acerca a la prolongación de los hombros.

La rodilla derecha está doblada en un ángulo de 135° más o menos; la pierna derecha se inclina ligeramente hacia delante, mientras que el tronco está volteado hacia la derecha y encorvado. Las dos líneas que unen la articulación de la cadera derecha con la articulación del hombro y la articulación de la cadera con la de la rodilla forman un ángulo recto. La pierna izquierda ligeramente doblada y la rodilla se hallan en tal posición que la línea que une el punto donde se apoya con los dedos sobre el *balbis* y la rodilla derecha es perpendicular a la línea que la une con la cadera derecha. La mano izquierda se afloja

que lo hizo por medio de un escorpión, ya por intentar forzarla, ya por rivalizar en la caza (Eratóstenes, *Catasterismos*, 7 y Escolio a Arato, 636); Higimio (*Astronomía*, II, 26) asevera que Gea creó al escorpión, pues Orión se vanagloriaba de cazar cualquier criatura. El bicho fue convertido en la constelación que lleva su nombre.

hasta tocar la rodilla derecha. Hasta este punto, el movimiento se hace tranquilamente, pero después sigue con gran ímpetu en dirección contraria: la pierna se extiende bruscamente para arrojar el cuerpo hacia arriba y hacia delante y el tronco gira para que se mueva el hombro derecho hacia el lugar del lanzamiento. La mano derecha describe un círculo hasta un ángulo de 45° y el disco es lanzado. Failo de Crotona, a quien ya vimos en el salto, arrojó el disco a una distancia de 90 pies, es decir, poco más de 30 metros.

Mirón, escultor nacido en Eleuterias, en la frontera del Ática y Beocia, el primero de los grandes clásicos de la plástica griega, fue el autor del Discóbolo. Es el artista del movimiento y ningún otro escultor posterior logró superar la violencia de los gestos en sus figuras. Hace un esfuerzo que dedica a resolver la dificultad de hacer saltar, mover y correr a sus personajes. La expresión e individualidad parecen ser cosas secundarias para él. Aumentó las posibilidades de representar la forma humana en la escultura en el momento que el cuerpo despliega una actividad normal. Es por eso que utiliza el bronce, que le permitía sostener sus estatuas en posiciones de equilibrio inestable. La mirada del discóbolo se dirige hacia atrás, viendo el disco que va a lanzar con la diestra. Deposita su atención íntegramente en aquel objeto y para el atleta en este instante se juega toda su alma y no tiene ninguna otra preocupación (cf. figura III).



Figura III. El Discóbolo de Mirón
(Actualmente en el Museo de las Termas, Roma)

El disco era el símbolo de los más altos ideales del atletismo griego, porque abarca estas supremas cualidades: fuerza, belleza física, agilidad, estilo, ritmo y precisión. Píndaro describe el lanzamiento de discos con estas palabras: “alegría pura para la vista, sinfonía armoniosa y emoción arrobadora”.

Jabalina

El uso de la jabalina, sea para la caza o para atacar a un enemigo, ha sido desarrollado por los hombres durante muchos miles de años. Sin embargo, a pesar de que la lanza tiene relación con la guerra, el lanzamiento de jabalina no es más que un pasatiempo de los guerreros durante sus ratos de ocio. La jabalina de los juegos olímpicos no era tan grande ni tan pesada como la lanza guerrera y se parece más a las lanzas de los peltastas o soldados ligeramente armados, en oposición a los hoplitas.

La jabalina la arrojaban de dos modos: a distancia o sobre un blanco en cuyo caso tenía una punta delgada de metal. Para arrojar la jabalina a distancia usaban una correa de cuero que no estaba atada permanentemente, de unos 40 centímetros de largo, amarrada en su extremidad. El lanzador enrollaba la correa bien estirada alrededor del mango de la jabalina, dejando el lazo suelto para que pudiera insertar los dedos índice y medio. Cuando la arrojaba, sostenía el lazo para que la correa, al desenrollarse, diera un movimiento giratorio a la jabalina. Es el mismo principio que el calibre en el interior de un fusil que hace girar la bala al salir. Al arrojarse la jabalina, girando hacia arriba y adelante, describía un gracioso arco y caía parada en el suelo.

En las figuras de ánforas, se ve representado al atleta de la jabalina con la mano derecha hacia atrás tomándola, mientras que la izquierda sostiene la punta. La parte que queda en la mano derecha debe tener la misma longitud que la que tiene de la mano izquierda al pecho, así que se cree que el tamaño de la jabalina era el mismo que la estatura del atleta, y que su movimiento tiene como fin encontrar el centro de la jabalina, que es donde se halla la mitad del peso, ya que es éste el

lugar de donde se debía arrojar. El tiro no contaba cuando la jabalina caía demasiado a la derecha o a la izquierda del sector marcado para la competencia.

El tiro más lejano no siempre ganaba, pues en todos los eventos griegos, la gracia y la técnica eran de primera consideración. Los jueces votaban contra los tiros que eran torpes o cuya técnica había sido empleada para ganar unos cuantos centímetros. Eumines de Corinto, que arrojó su jabalina en una marca superior a los competidores de la 82ª olimpiada, protestó por la opinión de los jueces y pidió que el Consejo le diera la victoria. Pero éste aprobó la decisión de los jueces, explicando que Eumines se balanceó tanto que cayó al suelo, cosa que no estaba de acuerdo con las reglas olímpicas. Eumines fue amonestado por una acción indecorosa para un competidor olímpico.

Lucha

La lucha es seguramente el más antiguo de los juegos, ya que se necesitan dos personas, cosa no indispensable tratándose de la carrera. Según la mitología, Heracles fue el que la originó luchando contra Ergino, rey de Orcomenos, contra el león de Nemea y contra Anteo, que era mucho más alto que él.⁴ Anteo fue hijo de Poseidón y rey de Libia que luchaba con los extranjeros que llegaban a sus costas y los mataba. Heracles luchó con él y lo tiró, pero como Anteo era hijo de Gea, es decir, la Tierra, cobraba nuevas fuerzas cada vez que tocaba el suelo; Heracles, al darse cuenta de esto, tomándolo entre sus brazos, lo mantuvo suspendido hasta que lo ahorcó.

Lo que los griegos apreciaban en la lucha no era tanto la fuerza bruta como la agilidad, la técnica y la habilidad para prever y prevenir los movimientos del adversario, porque no se trataba únicamente de

⁴ Heracles venció al invulnerable León de Nemea asfixiándolo con sus brazos en una "llave" de lucha. Anteo, hijo de Gea, era un gigante poderoso que al tocar a su madre recobraba sus fuerzas, Heracles lo derrotó levantándolo en vilo (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, II. v. 1 y 11, respectivamente.)

vencer, sino de hacerlo con elegancia. Antes de la lucha, los atletas eran advertidos por los jueces de que no debían echar zancadillas o tomar a su oponente por debajo de la cadera; los atletas se asían por la cintura y se inclinaban con la cabeza frente al hombro; el luchador con las piernas abiertas avanzaba con la pierna izquierda, mientras que la derecha ligeramente doblada en la rodilla extendida hacia atrás, tenía el pie firme sobre el suelo. Esta postura le daba movilidad para girar sobre la pierna izquierda, arrojarlo hacia delante o inclinarse hacia atrás sobre su pierna derecha; cada luchador trataba así de hacer perder el equilibrio a su adversario y darle una vuelta para tirarlo al suelo; los músculos del brazo, pierna y hombro tiesos, los del abdomen parecían cuerdas; entonces, con el rápido movimiento que precedía a la acometida suprema, los músculos del luchador se relajaban con una fuerte ondulación que recorría todo su cuerpo. El público, lleno de entusiasmo, aplaudía la caída del adversario y se contaba un punto a favor del vencedor.

Había dos clases de lucha: *Orthía palé* y *Kylisis*. La primera consistía en que cayera uno de los adversarios tocando su espalda al suelo. En la segunda, la lucha no terminaba después de la caída, sino que seguía hasta que uno de los luchadores se veía obligado a admitir su derrota levantando el dedo. Había muchas maneras de tirar al adversario, como por ejemplo cuando un luchador lo tomaba por el cuello para que perdiera el equilibrio y cayera al suelo boca abajo.

Una llave de verdadera belleza era la “yegua voladora”. El luchador, tomando a su adversario fuertemente por el brazo, lo hace girar rápidamente poniendo sus asentaderas y espalda sobre los muslos y abdomen de su oponente. Al girar, y sin interrumpir el movimiento rítmico de la vuelta, el agresor inclina su cuerpo hacia delante, dobla su rodilla al suelo y arroja a su víctima por encima del hombro con un movimiento tan poderoso que lo tira de espaldas al suelo. En una pintura que existe sobre un jarrón, la ilustración nos muestra que las rodillas del agresor no tocan el suelo. Sin embargo, en las miles de pinturas que existen, algunas nos muestran una o ambas rodillas tocando el suelo; en otra se ve una escena que muestra el látigo del

juez pegando en la espalda del agresor. Otros luchadores aplicaban la “yegua voladora” al inverso: un luchador tira a su contrario y con su abdomen le empuja la cabeza y los hombros; rápidamente lo abraza cruzando las manos en el abdomen de su adversario, apretándolo con todas sus fuerzas, se inclina sobre su espalda, con gran agilidad se dobla hacia atrás, lo levanta en vilo y lo avienta por encima de sus hombros. Esto lo hace caer de espalda con la misma fuerza que si le hubiese aplicado la “yegua voladora”.

Homero, en la *Iliada*, nos narra la lucha entre Odiseo y Ajax en los juegos que organizó Aquiles con motivo de los funerales de Patroclo. Ajax levantó al aire a Odiseo que con el talón pegó fuertemente el muslo del primero, provocando así una contracción de los músculos de la rodilla haciéndolo caer hacia atrás. Odiseo debía a su vez levantar a Ajax, pero o no pudo elevar a su gigantesco contrario o no quiso hacerlo por precaución para que no le sucediera lo que él le hizo, aflojó ligeramente la base de Ajax y con la rodilla empujó su pierna hacia fuera y lo tiró, pero fue arrastrado a su vez por el peso de Ajax y cayeron ambos uno al lado del otro.⁵

No hay datos que indiquen que hubiese otro castigo además del látigo. Era una hazaña llena de gracia; podría decirse un acto de acrobacia que provocaba aplausos y protestas entre los aficionados a la lucha. Plutarco dice que la lucha es “el más artístico y el más astuto de todos los certámenes”.⁶ Los griegos consideraban la lucha como el símbolo del bien contra el mal, de la libertad contra la opresión y por eso era muy estimada. Había en Olimpia una estatua de Sóstrates de Sición, que obtuvo la victoria doce veces en los nemeos y en los ístmicos, dos en los píticos y tres en los olímpicos; éste no permitía que se le acercara el contrincante, sino que agarrándole los dedos, se los rompía.

⁵ Homero, *Iliada*, XXIII, 700-737.

⁶ Al parecer, Plutarco, *Moralia*, 638d: ἐστὶ δολοῦν καὶ καταβάλλειν δι' ἀπάτης, κεκλήσθαι.

Pugilato

El pugilato es una forma primitiva para defenderse y puede considerarse tan antiguo como la carrera o la lucha. No había un lugar separado para realizarlo, lo que hoy llamamos *ring*, sino que los pugilistas estaban en el estadio y los espectadores formaban un círculo que les dejaba un buen espacio. Tampoco había clasificación por el peso de los contendientes, sino que cualquiera que recibía la aprobación de los *helanodices* podría enfrentarse con su adversario. La lucha continuaba sin parar hasta que uno de ellos admitía su derrota o era derribado sin sentido. En Homero encontramos que durante los funerales de Patroclo hubo esta clase de lucha en la que salió vencedor Epeo sobre Euríalo, que se desmayó y escupió sangre.⁷

Fue Onomasto de Esmirna quien fijó las reglas del pugilato y venció por primera vez en Olimpia en la 23ª olimpiada en el año 688 a. C. Desgraciadamente, esas reglas se perdieron y solamente de las pinturas que tenemos en los vasos o ánforas podemos tener idea de ellas, que por otra parte son muy sencillas: se permitía golpear la cabeza, el cuello y los hombros, pero no el resto del cuerpo.

Antes de la pelea, cada pugilista ataba unas tiras alrededor del metacarpo, carpo y parte del brazo, dejando libres los dedos; más tarde, para protegerlos, ponían debajo de ellos un pedazo pequeño de cuero de borrego con su lana y al cerrarse la mano, tomaba la forma de una esfera o bola.

A los pugilistas les era prohibido pelear forcejeando, lo que hoy llamamos *clinch*. Las tiras debían ser revisadas por los *agonothetas* o jueces y debían ser sencillas; les era prohibido agregar alguna sustancia sólida, ni usar tiras de cuero de puerco, porque los golpes eran dolorosos y difíciles de curar. Mucho más tarde, en los tiempos romanos, se agregaron trozos de madera, láminas de plomo y clavos y así el pugilato se convirtió en un espectáculo bárbaro. Los pugilistas salían sangrando de las orejas, nariz y dientes y muchas veces eran completamente desfigurados.

⁷ Homero, *Iliada*, XXIII. 653-699.

El gran mérito de los buenos pugilistas en Olimpia consistía en evitar los golpes y fatigar al adversario, que se declaraba vencido; así por ejemplo, se menciona a Melancomas, que vencía sin dar un golpe, sólo con las manos en alto y el contrincante, por no tener tanta resistencia, quedaba derrotado y reconocía la superioridad de su contrario. En un epigrama satírico⁸ leemos lo siguiente:

Después de veinte años, Odiseo fue reconocido por su perro Argos, pero tú, oh Estratofón, después de cuatro horas de pugilato, has sido desconocido no solamente por los perros, sino por tus mismos conciudadanos y si quisieras verte en un espejo, gritarías: “juro que no soy Estratofón”.

Pancracio

La manera más inmediata de atacar de cerca a un adversario es el pugilato, pero no es posible imaginar que los dos atletas no vengán a las manos. Esa lucha primitiva se llamó pancracio y era una combinación de lucha y pugilato. Según la leyenda, Teseo fue el inventor al vencer al Minotauro.⁹ Por lo tanto el pancracio es más antiguo que el pugilato. Sin embargo, en los poemas homéricos encontramos el pugilato, pero

⁸ Cf. Lucilio, en *Antología Griega*, XI. 77: Εἰκοσέτους σωθέντος Ὀδυσσεὺς εἰς τὰ πατρῶα ἔγνω τὴν μορφήν Ἄργος ἰδὼν ὁ κύων·| ἀλλὰ σὺ πικτεύσας, Στρατοφῶν, ἐπὶ τέσσαρας ὥρας| οὐ κυσὶν ἄγνωστος, τῇ δὲ πόλει γέγονας·| ἦν ἐθέλης τὸ πρόσωπον ἰδεῖν ἐξ ἔσοπτρον ἑαυτοῦ,| Ἰοῦκ εἰμὶ Στρατοφῶν,” αὐτὸς ἑρεῖς ὁμόσας.

⁹ Teseo, hijo del rey ateniense Egeo, se embarcó hacia Creta con el resto de los jóvenes que se ofrendarían al Minotauro, en desagravio de que en Atenas habían asesinado al príncipe Androgeo, de aquella isla. Ariadna, hija de Minos, se enamoró de Teseo y obtuvo de Dédalo, el constructor del laberinto, la manera de entrar y salir de aquella trampa; por consejo de Ariadna y merced al ovillo que le entregó, Teseo ató el hilo a la entrada del laberinto, penetró en sus vericuetos y al descubrir al Minotauro lo mató a puñetazos (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, Epítome, 7-9; Higino, *Fábulas*, 42; Plutarco, *Vidas Paralelas*, I. XIX. 1; Diódoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica*, IV. LXI. 4, quien curiosamente no menciona el ovillo famoso).

no el pancracio porque era necesario el desarrollo de los juegos para que dos personajes pudiesen combatir sin tener odio entre sí.

En esta lucha era permitido todo, menos el empleo de los dientes y de las uñas, aunque a veces los atletas, en el calor de la contienda, empleaban los dientes a pesar de la prohibición. En una ocasión en que el famoso general ateniense Alcibiades cometió esta falta, su adversario le dijo: “¡Alcibiades, muerdes como las mujeres!” y él le contestó: “no, como los leones”.¹⁰

Era uno de los ejercicios más estimados porque reunía la fuerza con la agilidad, pero al mismo tiempo era el más peligroso porque no terminaba cuando caía uno de los combatientes: si caía bocabajo, su adversario le pegaba y trataba de estrangularlo. Cuando caía bocarriba, utilizaba las piernas y las manos no sólo para defenderse, sino para vencer. En esta posición utilizaban también el talón para golpearlo.

Los atletas del pancracio no eran buenos pugilistas, porque en esta prueba mucho contribuía para la victoria el tamaño del cuerpo, que no significaba gran cosa en el pugilato; por eso era muy raro y extraordinario que un atleta venciera en estas dos pruebas. Por otra parte, la lucha, el pugilato y el pancracio se efectuaban el mismo día, y el atleta debía luchar en uno de estos juegos ya cansado y a veces herido.

Solamente se mencionan dos atletas que salieron vencedores en el pugilato y en el pancracio: Clitómaco, el tebano, en la 141ª olimpiada, en el 216 a. C., que también venció en los juegos píticos, en los nemeos y en los ístmicos; así como Teógenes de Tasos, que venció en la 68ª olimpiada en el 468 a. C. Teógenes venció también tres veces en los juegos píticos, en el pancracio y en el pugilato, nueve veces en los nemeos y diez veces en los ístmicos, habiendo ganado en su vida 1 400 coronas. Cuando estuvo en Ftía, la patria de Aquiles, compitió en el *Dólidos* y venció.

Gracias a una serie de artificios que inventaban los luchadores de pancracio, llegaban a vencer a personas de mucho mayor tamaño y

¹⁰ Cf. Plutarco, *Moralía*, 186d: “δάκνεις ὡς αἱ γυναῖκες”, “οὐ μὲν οὖν” εἶπεν “ἀλλ’ ὡς οἱ λέοντες.”

peso. Meliso, el tebano, venció a sus antagonistas en los juegos ístmicos, cayendo boca arriba y Píndaro lo compara a la zorra que, echándose bocarriba, detiene el ataque del águila.¹¹

Cuarto día

Carrera de carros

La carrera de carros fue anterior a la de caballos, porque el carro se usaba en la guerra desde los tiempos remotos, como lo vemos en la *Iliada*. El carro tenía la forma de un cajón abierto por detrás y por arriba llegaba hasta las caderas del cochero, estando parado. Los de guerra llevaban dos personas, el cochero y el combatiente, mientras que en las carreras solamente iba el cochero o auriga. En las carreras en honor de Patroclo, el carro era tirado por dos caballos y más tarde se usó el de cuatro, dos uncidos al eje y otros dos a los lados. En Olimpia corrían los de cuatro, y, 270 años después, sólo los de dos.

El auriga estaba parado, sosteniendo en las manos las riendas y el látigo. Pocas veces los ricos propietarios de los carros los guiaban personalmente, dejando esta tarea a conductores especialistas, a quienes remuneraban espléndidamente. Cuando aparecía un carro, el heraldo anunciaba el nombre del dueño, el de su padre y de su patria.

El perímetro del estadio en Olimpia era de ocho estadios, es decir, 1 538 metros que debía ser recorrido doce veces, pero de esta distancia hay que quitar la cuarta parte, ya que los vencedores correrían sobre el perímetro interior del hipódromo y así se puede decir que la distancia recorrida era de unos catorce kilómetros. La victoria y la gloria resultante de ella pertenecían al dueño del carro, mientras que al conductor se le ponía una cinta alrededor de la cabeza. En esas carreras, podían tomar parte también mujeres, como dueñas que eran de los carros; entre las vencedoras se menciona a la espartana Cinisca, hermana de Agesilao e hija de Arquídamo.

¹¹ Cf. Píndaro, *Istmicas*, III. 61-66.

Tenía más probabilidades de vencer el que podía pasar su carro lo más cerca posible del límite colocado al extremo de la meta, alrededor de la cual debía dar la vuelta; es natural que los accidentes fueran muy frecuentes porque, cuando dos carros chocaban entre sí o contra la señal donde debían dar la vuelta, se necesitaba mucha agilidad del auriga para evitar los carros caídos y tratar de vencer a los competidores. Por eso, los aurigas experimentados eran muy apreciados y muchas veces fueron alabados por Píndaro.¹² Cromio, Auriga de Hierón, tirano de Siracusa, no sólo ganó una fortuna, sino que fue honrado con la intendencia de una ciudad de Sicilia.

La importancia de la victoria en las carreras de carros era muy grande y por eso todos los que podían tener carros, caballos y pagar buenos aurigas, se consideraban felices al ganar la corona de olivo en Olimpia. Podían participar hasta 54 carros en esta carrera. Así, por ejemplo, en la 83ª olimpiada 448 a. C., se mencionan 43 carros. Alcibíades, el ateniense, Gelón e Hierón, tiranos de Siracusa, Periandro de Corinto, Ptolemeo el Lago y Demarato, rey de Esparta, obtuvieron esta valiosa corona.

En el museo de Delfos, existe una magnífica estatua de bronce *El auriga de Delfos*, la más perfecta estatua de bronce que nos ha legado la Antigüedad, que se encontró en 1896. Parece que era una ofrenda de Gelón, tirano de Siracusa (486 a. C.); cerca de la estatua, se encontraron tres patas y una cola de caballo, pero la estatua está casi intacta: la cabeza erguida, ceñida con la cinta del vencedor, las manos sosteniendo las riendas, con una ligera sonrisa mientras pasaba ante los jueces, ya vencedor de la carrera. Su cuerpo joven y esbelto se adivina bajo los pliegues de su larga túnica, y sobre todo, sus ojos que parecen estar vivos.

Carreras de caballos

Estas carreras eran de tres clases: las de carreras de caballos, que recorrían seis veces el hipódromo; las de potros de carreras, que lo

¹² Píndaro, *Nemeas*, I. 7-9; IX. 52.

recorrían probablemente cuatro veces, y la carrera de yeguas, que daban varias vueltas, pero en la última, el jinete desmontaba y corría junto con la yegua. Esta última carrera solamente se llevó a cabo en diez olimpiadas, probablemente porque no era fácil hallar jinetes que pudiesen recorrer corriendo los 1 500 metros; fue cancelada en la 71ª olimpiada (496 a. C.).

La equitación era muy estimada entre los antiguos griegos, que eran magníficos jinetes,¹³ si bien no se usaban sillas de montar, sino que montaban sobre el lomo del caballo. Cleofanto, hijo de Temístocles, podía tirar al blanco con el arco, parado sobre el caballo que corría. El amor a los caballos se debe a los juegos hípicos que contribuyeron a la brillantez de las carreras.

Los caballos tenían su nombre desde los tiempos homéricos: así, en los funerales de Patroclo, Menelao corrió con Eta, la yegua de su hermano Agamemnon y con Podargo, su propio caballo.¹⁴ En el Altis había cuatro estatuas de los caballos vencedores en la carrera de carros en la 66ª olimpiada (316 a. C.) que se llamaban Fénix, Córax, Cuaquías y Samos. Eran famosos los caballos de Evágoras el Laconio, que vencieron en tres olimpiadas seguidas. En Atenas, había una tumba especial donde fueron enterrados los caballos de Cimón, hijo de Esteságoras, que vencieron también en tres olimpiadas seguidas, pero la más celebrada fue la yegua del corintio Fidolas, que se llamaba Aura; al principio de la carrera en Olimpia, tiró a su jinete, pero no se detuvo, sino que siguió corriendo, y cuando la trompeta sonó que faltaba la última vuelta, aumentó su velocidad y venció.

El vencedor de la carrera del estadio daba su nombre a la olimpiada, el luchador, el pugilista y el pancracista eran admirados por su valor y su fuerza, el del pentatlón por la belleza y conformación de su cuerpo, y el de las carreras de carros y del hipódromo por su riqueza y alta

¹³ Ello con todo y que el jinete heleno no cuenta con silla dura de montar ni con estribos (cf. John Warry, *Warfare in the Classical World*, p. 37).

¹⁴ Cf. Homero, *Iliada*, XXIII. 295. Antes (XIX. 400) también se menciona a Janto y Balio, los caballos de Aquiles.

posición social. Dice Plutarco que le fueron anunciados a Filipo, rey de Macedonia, después de la toma de la ciudad de Potidea tres felices acontecimientos: el nacimiento de su hijo Alejandro, una victoria de su general Parmenión y la victoria de su caballo en Olimpia.¹⁵

Quinto día

El quinto y último día estaba dedicado a la distribución de los premios, que, como ya hemos dicho, consistían en una rama de olivo silvestre cortada del árbol sagrado plantado por Heracles y una rama de palmera. Frente a los *helanodices*, se colocaba un tripié de bronce sobre el cual estaban las coronas. A partir de mediados del siglo V a. C., como el tripié era insuficiente, fue depositado en el templo de Zeus y remplazado por una mesa de oro y de marfil, obra de Colotes. Sobre ella eran colocados los premios, el presidente de los *helanodices* ponía la corona sobre la frente del vencedor y todo el mundo aplaudía.

Se ofrecían sacrificios a los dioses, y los elios ofrecían un solemne banquete en el Pritaneo, tanto a los vencedores como a los jefes de las Teorías o Delegaciones de las ciudades, así como a los más ilustres extranjeros que habían acudido a las fiestas. Éstas, que se llamaban Epinicios, es decir, Triunfales, duraban toda la noche y resonaban los gritos de victoria y el antiguo épodo o refrán de Arquíloco.¹⁶

Ténela, salve soberano vencedor Heracles,
Tanto tú como Yolao, ambos valientes.
Ténela, salve soberano vencedor Heracles.

La palabra *Ténela* no tiene significado y corresponde a la onomatopeya del sonido de la cuerda de la lira al tocarse. Es exactamente el grito de nuestra porra.

¹⁵ Cf. Plutarco, *Vidas Paralelas*, XVII. iii. 8.

¹⁶ Arquíloco, *Fragments*, 324: τήνελλα καλλίνικε | χαίρε ἄναξ Ἡράκλεις, | αὐτὸς τε καϊόλαος, αἰχμητὰ δύο.

Por otra parte, los parientes y conciudadanos del vencedor ponían su dinero a su disposición y se menciona que el general ateniense, Alcibíades ofreció un regio banquete a todos los asistentes de Olimpia.¹⁷ Atenas y sus aliados también contribuyeron generosamente.

Platón asistió a la edad de 70 años, lo mismo que Pitágoras, Anaxágoras, Diógenes, Temístocles y Filipo, rey de Macedonia. Cuando a Alejandro le propusieron contender en el estadio de Olimpia, contestó: “Con gusto lo haría, si tuviese como competidores a reyes”.¹⁸ También muchos poetas y sabios acudían para dar a conocer sus obras; Herodoto leyó ahí su *Historia*; Hipias, el Eleo, Pródicos de Ceos, Anaxímenes de Quíos, Polos de Acragas (Agrigento), Gorgias, el Leontino, y hasta Dionisio, tirano de Siracusa mandó rapsodas para recitar sus poemas. Los grandes artistas mostraban sus obras como Zeuxis o como el pintor Aetión, quien exhibió la tela donde eran representadas las bodas de Alejandro con Roxana, la hija del rey Darío de Persia.

Antes de abandonar Olimpia, los vencedores elevaban en el recinto sagrado del Altis sus estatuas, que eran hechas por los más grandes escultores de Grecia. Otros honores esperaban a los vencedores en su tierra natal. Muchas ciudades derribaban una parte de sus murallas para que pasara por ahí el vencedor, dando a entender que una ciudad que tiene semejantes atletas no necesita murallas. Recibían toda clase de recompensas, eran alimentados en el Pritaneo de su patria, tenían un lugar de honor en el teatro y muchas veces recibían una renta vitalicia. Cuando en la 92ª olimpiada, en el año 412 a. C., venció Exéneto el acragantino en el estadio, acompañaban a su carro triunfal 300 carros tirados por 600 caballos blancos. El vencedor olímpico no sólo era honrado en su patria, sino también en cualquier ciudad griega, que le prodigaba honores y lo alojaba en el Pritaneo.

¹⁷ Cf. Plutarco, *Vidas Paralelas*, VI. xii. 2. En el texto se aclara que fueron los lesbios quienes ofrecieron a Alcibíades, triple vencedor en las carreras de carros, el suntuoso banquete.

¹⁸ Cf. Plutarco, *Moralia*, 179d: “εἶγε” ἔφη “βασιλεῖς ἔξειν ἔμελλον ἀνταγωνιστάς.”

Los espartanos habían decretado que el rey debía combatir teniendo a su lado a un vencedor olímpico; cuando unos trataron de corromper a un luchador espartano para que se dejara vencer, aquél renunció la oferta y venció a su antagonista; al preguntarle después: “¿qué ganaste con la victoria?”, contestó lleno de orgullo: “combatir contra los enemigos de mi patria, al lado del rey”.¹⁹ También Diágoras de Rodas, vencedor olímpico, muy anciano, asistía en Olimpia el día en que sus dos hijos fueron coronados vencedores, en el año 448 a. C., Damageto en el pancracio y Acusilao en el pugilato. Con orgullo y filial devoción, los dos atletas buscaron a su padre entre los espectadores, pusieron sus coronas sobre su frente y cargándolo sobre sus hombros, dieron la vuelta al estadio. La multitud, loca de entusiasmo, arrojaba flores al paso de esa gloriosa trinidad. Cuando el grupo pasó frente a un espartano, se levantó, besó al padre y le dijo: “ya puedes morir, Diágoras, no puedes subir al Olimpo”,²⁰ dando a entender que después de este triunfo, no le quedaba más que la inmortalidad junto a los dioses del Olimpo. El feliz padre asistió al banquete de 3 000 comensales en honor de sus hijos, se fue a dormir y no despertó. Su cuerpo fue llevado a Rodas, donde recibió grandes honores.

¹⁹ Cf. Plutarco, *Vidas Paralelas*, II. xxii. 4-5: “Τί σοι πλέον, ὦ Λάκων, γέγονε διὰ τῆς νίκης; φάναι μειδιάσαντα, “Πρὸ τοῦ βασιλέως τεταγμένος μαχοῦμαι τοῖς πολεμίοις.”

²⁰ Cf. Plutarco, *Vidas Paralelas*, VIII. xxxiv. 7: “κάτθανε” εἶπε “Διαγόρα· οὐκ εἰς τὸν Ὀλυμπον ἀναβήσῃ.”

CAPÍTULO IX

LOS ENTRENADORES

El deseo de vencer en los juegos contribuyó a la creación de entrenadores especializados, quienes enseñaban a los atletas el arte de ejercitarse. En un principio, el que desempeñaba este oficio o arte era el llamado *pedotriba*, quien era empírico, pero poco a poco, además de enseñar el arte gímnico, fijaba ciertas reglas para la alimentación de los atletas. Con el transcurso del tiempo, los prácticos que carecían de instrucción guardaron el título de *pedotribas*, mientras que los de mayores conocimientos y que sabían los efectos de los diferentes ejercicios sobre el organismo, se llamaron *gimnastas*. Ambos colaboraban: el *gimnasta* fijaba la dieta y el sistema de preparación de los atletas, mientras que el *pedotriba* aplicaba las indicaciones del atleta, a más de enseñar y vigilar los ejercicios. Además de los mencionados, estaba el llamado *alípta* o untador, que ungía con aceite los cuerpos de los atletas.

Los *gimnastas* se interesaban por la victoria tanto como sus discípulos, quienes muchas veces, al mandar a hacer su estatua, grababan el nombre de su entrenador al pie de ella, y hubo quienes erigieron también una estatua en su honor. Píndaro en tres himnos menciona al *gimnasta* Melesías que preparó a tres vencedores de Egina.¹

Platón en las *Leyes*² distingue dos grandes clases de gimnasia: la lucha y el baile; la primera comprende todos los ejercicios, y el segundo, las diferentes especies de baile. En Atenas, durante las fiestas de las Panateneas, había baile de hombres, bailes de *pirriquios* o guerreros, bailes de jóvenes imberbes y bailes de niños. Tratándose de los tres

¹ Píndaro, *Olímpicas*, VIII. 54; *Nemeas*, IV. 93-95 y VI. 71-75.

² Platón, *Leyes*, 795e.

grandes trágicos griegos, es bueno mencionar que Esquilo combatió contra los persas en Maratón (490 a. de C.), Sófocles, joven efebo, bailó en las Panateneas con motivo de la victoria naval de Salamina y Eurípides nació el mismo día (480 a. C.). En el *Simposio* de Jenofonte, Sócrates hace el elogio al baile.³ Galeno dice que los movimientos del baile eran intensos y comprendían grandes saltos, vueltas rápidas, acciones como ponerse en cucullas y, en general, intensos ejercicios.⁴ Por eso, Luciano consideró al baile el más bello y armonioso de los ejercicios.⁵

Preparación del cuerpo de los atletas

Acondicionar el cuerpo de un competidor comprendía friccionarlo con aceite y espolvorearlo con arena fina. Según Galeno,⁶ había tres clases de fricción: dura, suave y mediana, para ello se usaba el aceite de olivo, al que a veces agregaban otras sustancias, como anís, cera o brea. Además de la fricción o masaje, se usaba el polvo de arena, tanto para evitar la excesiva sudación, como, tratándose de la lucha, para que no se resbalaran las manos en el cuerpo de los atletas.

Como la lucha se hacía dentro de una zanja o fosa llena de lodo o de arena, los luchadores tenían el cuerpo muy sucio, y una vez terminada la prueba, pasaban a un lugar especial a limpiarse. Para ello, utilizaban la *lecitos* o aceitera, la canasta, la *stlenguis* o restregadera y la esponja. En la primera se ponía el aceite, y en la canasta, el polvo. La restregadera era un instrumento de metal en forma de cucharón, con la que se quitaban el lodo. Jenofonte, en la *Anábasis*,⁷ nos cuenta que Xenias, el árbitro que organizó unos juegos en la ciudad de Peltas, Asia Menor, otorgó a los vencedores unas restregaderas de oro.

³ Cf. Jenofonte, *Banquete*, II. 17-19.

⁴ Galeno, *Trasíbulo o de otras medicinas que sean para la higiene de los gimnastas*, V. 854 y ss.

⁵ Cf. Luciano, *Acerca de la danza*, 73 y *passim* en toda la obra.

⁶ Galeno, *Acerca de la salud*, VI. 117.

⁷ Jenofonte, *Anábasis*, I. II. 10-11.

La operación de retirar la suciedad del atleta ha sido inmortalizada por grandes artistas como Lisipo, quien fue el escultor predilecto de Alejandro Magno y era de la misma ciudad que Policeto, Sicione. Se han conservado muchas cabezas de Alejandro, las cuales pueden servir para conocer algo del estilo que tenía Lisipo. Sabemos que ejecutó pocas figuras femeninas o de niños; todo lo contrario sucedía con Praxíteles, y de las 1 500 estatuas que hizo, sólo conocemos con seguridad una copia fiel de una que realizó en bronce, el *Apoxiómenos*, que significa “El que se raspa”, y que se halla en el Museo del Vaticano.

El *Apoxiómenos* no es un hombre común con un cuerpo esbelto y elástico; en él se advierte que éste no es un elemento esencial, porque el alma se manifiesta en la fina modulación y en la vivacidad de la forma. Extiende los brazos hacia delante, lo cual obliga a mirarlo de lado para poder apreciar lo que está haciendo. Agripa, yerno del emperador Augusto, mandó trasladar la estatua a Roma y la colocó frente a las Termas que llevan su nombre; más tarde, Tiberio la instaló en sus habitaciones particulares, pero el pueblo protestó tan ruidosamente que el emperador tuvo que devolverla a su lugar primitivo.

CAPÍTULO X

ATLETAS FAMOSOS DE LA ANTIGÜEDAD

La fundación de los juegos, como ya vimos, era atribuida a los dioses o a los héroes. Heracles fue el fundador de los juegos en Olimpia, habiendo vencido él en la lucha y el pancracio, Castor en la carrera, Polux en el pugilato, mientras que Yolao en la carrera de carros.

De todos los juegos, el más importante era la carrera; eran dichos atletas los más admirados; no hay que olvidar que el calificativo que da Homero a Aquiles es “el de los pies ligeros” y ello hace alusión a cuán preciada era esta competencia. Mitológicamente, se recordaba que Odiseo, para poder casarse con la hermosa y virtuosa Penélope, tuvo que vencer en la carrera a sus rivales y que el rey de Elis, Endimión, deseando escoger a su sucesor, entregó el poder a su hijo Epeo, que venció a sus dos hermanos en la carrera.

Es verdad que no sabemos con qué rapidez corrían los atletas, pero sí conocemos de su resistencia. Argeas, después de vencer en la carrera doble (*Dólíchos*) corrió a su patria Argos para anunciar su victoria; así recorrió en un día la distancia de 100 kilómetros. Fidípides en dos días recorrió los 230 kilómetros que separan a Atenas de Esparta para pedir la ayuda a los espartanos contra los persas, y 2000 espartanos fuertemente armados recorrieron la misma distancia para llegar a Atenas en tres días. Euquidas recorrió el camino de Plateas a Delfos y regresó el mismo día antes de la puesta del sol para llevar el fuego sagrado; regresando a Platea una vez cumplida su misión, cayó muerto, habiendo recorrido una distancia de 180 kilómetros. De igual manera se cuenta que, cuando Milcíades venció a los persas en la llanura de Maratón, un corredor llevó la noticia de la victoria a Atenas; recorrió los 42 kilómetros que separan estas dos ciudades. Una vez que

dio la noticia, se desplomó muerto. Este suceso se conmemora en los modernos juegos olímpicos con el maratón y es la parte culminante; en los antiguos juegos olímpicos no existía tal carrera.

Entre los luchadores, el más famoso fue el legendario Milón de Crotona; de él se dice que en Olimpia llevó sobre los hombros y dio la vuelta del estadio a un toro de cuatro años al que comió después. Según Diodoro de Sicilia¹ cuando los sibaritas atacaron a Crotona, Milón, a la cabeza de sus compatriotas, con una corona en la cabeza, una maza en la mano y teniendo sobre los hombros una piel de león como Heracles, hizo huir a los enemigos. Milón era también filósofo pitagórico; en un simposio o banquete de filósofos, el techo de la casa estaba amenazando con caer; entonces él sostuvo las columnas hasta que salieron todos los concurrentes, quedando así a salvo. Se decía de él que se podía parar sobre un disco liso untado de aceite y que nadie lo podía mover. Solamente Titormo el etolio era superior en fuerza a Milón, aunque nunca participó en los juegos. De él se dice que cargó una gran roca y la llevó unos diez metros, mientras que Milón apenas pudo moverla; al ver esto, Milón exclamó: “Oh Zeus, ¿acaso nos mandaste a un nuevo Heracles?”

En el pugilato fue famoso Glauco de Caristo, que venció en Olimpia, dos veces en los píticos, ocho veces en los nemeos y ocho veces en los ístmicos. Siendo todavía muy joven, cuando se zafó la reja del arado, la puso en su lugar utilizando el puño en lugar de un martillo; su padre lo advirtió y lo llevó a Olimpia, donde debido a su falta de práctica, recibió tantos golpes que estaba listo para declararse vencido, cuando su padre le gritó: “Hijo, acuérdate del arado”. Glauco, con un fuerte golpe, puso fuera de combate a su adversario. El más famoso de los pugilistas fue Diágoras, que como hemos dicho, murió después de ver el triunfo de sus dos hijos; tenía su estatua en Olimpia, a su lado otra de su hijo Damageta, vencedor en el pancracio; al otro lado a su otro hijo Dorieo, también vencedor olímpico, y a su lado Acusilao, vencedor en el pugilato; otra de su nieto Eucles, y otra de otro nieto suyo, Pisidoro, vencedor en el pugilato entre niños.

¹ Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica*, XII. IX. 5.

Entre los famosos atletas del pancracio, se debe mencionar a Lígdamis de Siracusa, quien venció cuando se estableció el pancracio por primera vez en la 33ª olimpiada (año 648 a. C.). Lígdamis era tan alto que se le comparaba con Heracles; de él se dice que midió el estadio y lo encontró de 600 pies suyos, exactamente como lo había fijado el semidiós. Otro muy famoso atleta fue Teágenes, de la isla de Tasos, que venció en el pugilato en la 75ª olimpiada, en el pancracio en la 76ª y otra vez en el pugilato en la 77ª; también venció tres veces en los píticos en pancracio y pugilato, nueve veces en Nemea y doce veces en los ístmicos. De él se dice que a la edad de nueve años se llevó del ágora a su casa una estatua de bronce de un dios; sus conciudadanos indignados lo iban a matar, cuando otros más prudentes lo obligaron a regresar la estatua a su lugar, quedando admirados de la fuerza del niño.

Pausanias cuenta² que exceptuando a los héroes, el más alto de los mortales fue Polidamas de Escotusa Tesalia que venció en el pancracio en la 93ª olimpiada (408 a. C.) De él se dice que mató un león en Olimpia sin usar ningún arma; que cogió por los pies a un toro salvaje que pudo librarse dejando en sus manos sus pezuñas y que detuvo un carro tirado por cuatro caballos que corrían a toda velocidad. En la isla de Tera, se encontró una roca que pesa 480 kilogramos y que lleva una inscripción según la cual, Eumastas, hijo de Critóbulo, la levantó. En el Pelopeión de Olimpia se encontró otra piedra que pesa 150 kilogramos, que lleva una inscripción bustrófica, es decir, la que se escribía tanto de izquierda a derecha como de derecha a izquierda, según la cual Bibón la levantó con una sola mano hasta la altura de su cabeza, dicha piedra se encuentra actualmente en el Museo de Olimpia.

Durante la expedición de Alejandro Magno, el macedonio Corago retó a un duelo al ateniense Dióxipo, vencedor olímpico. Dióxipo aceptó y se presentó desnudo llevando, como única arma, una maza en su mano derecha. Corago iba fuertemente armado y atacó con su lanza al ateniense, quien con un rápido movimiento evitó el golpe. Volvió a atacar y Dióxipo con su maza rompió su lanza; Corago arremetió entonces con

² Pausanias, *Descripción de Grecia*, VI. v. 1-2.

la espada, pero su adversario, adelantándose, levantó la maza y podía haberlo matado, pero no lo hizo, sino que se volvió hacia los espectadores y al ver que lo reconocían como vencedor, le perdonó la vida. El pueblo griego admiraba la fuerza, la agilidad y la victoria, pero odiaba la matanza.

Arriquión de Figalea luchó en el pancracio en Olimpia. Su rival lo tiró boca abajo, cayó sobre él y mientras con las piernas le apretaba las pantorrillas, con el brazo le asió el cuello, apretándolo hasta casi estrangularlo. Arriquión, casi inconsciente, estaba listo para hacer la seña de que estaba vencido cuando oyó la voz de su entrenador que le gritó: “Es una bella tumba en Olimpia no declararse vencido”.³ En los estertores de la muerte, haciendo un supremo esfuerzo y volteándose hacia la izquierda, con su pantorrilla izquierda oprimió el pie del adversario y lo dislocó. Tal fue el dolor de aquél, que levantando su brazo se declaró vencido. Segundos después, Arriquión expiró vencedor, pues había derrotado a su oponente. Tales desgracias eran muy raras en verdad y muy pocas muertes se registraron durante la larga historia de las doce centurias de los juegos olímpicos. Por su parte, los jueces preveían tales accidentes declarando vencido al atleta que se ponía lívido y cubierto de un sudor frío. Filóstrato,⁴ hablando de Arriquión, dice que “sonreía como los vivos, porque sintió la caricia de la victoria”.

El mismo Filóstrato, hablando de Mangrógenes, dice que era invencible en el pancracio; admitía que debía sus victorias a su entrenador, quien escribió una vez a la madre del atleta estas palabras: “si oye que su hijo ha muerto, puede creerlo, pero si oye que ha sido vencido en los juegos olímpicos, no debe creerlo”. El gran poeta Simónides de Ceos escribió un epigrama en honor del corredor Dandes el Argivo, que dice:⁵

³ Cf. Filóstrato, *Acerca de la gimnasia*, 21-22: Ἐρυξίας ὁ γυμναστής ἐς ἔρωτα θανάτου κατέστησεν ἀναβοήσας ἕξω²²θεν ὡς καλὸν ἐντάφιον τὸ ἐν Ὀλυμπίᾳ μὴ ἄπειπεῖν.

⁴ En las obras de Filóstrato, no encontré más referencia a este atleta que la ya referida en la nota anterior, donde se consignan sus victorias. Pausanias (VIII. xl. 1 y ss.) nos relata el episodio de la muerte de Arriquión, pero no menciona su sonrisa triunfal.

⁵ Cf. Simónides, *Epigramas*, XIII. 14: Ἀργεῖος Δάνδης σταδιοδρόμος ἐνθάδε κείται| νίκαις ἰππόβοτον πατρίδ' ἔπευκλείσας| Ὀλυμπίᾳ δῖς, ἐν δὲ Πυθῶνι τρία,|

Aquí yace Dandes el Argivo, el corredor que llevó la gloria a su patria, criador de caballos que ganó tres coronas en los juegos olímpicos, tres en los Píticos, dos en los Ístmicos, cinco en los Nemeos y muchas otras victorias que son difíciles de enumerar.

En las carreras de carros eran muy alabados los aurigas que dirigían su carro con gran precisión. Antiquerís el Cireneo, queriendo demostrar a Platón su habilidad en el manejo, dio varias vueltas alrededor de la Academia, sobre el mismo carril, al grado que en el piso solamente se veía un solo zurco, hecho por las ruedas del carro. El entrenador del gran pancratista, Prómaco de Pelene, supo que estaba enamorado de una hermosa muchacha y se lo dijo, pero agregó: “no te censuro, porque he visto a la joven y me dijo que no te considera indigno de su amor con tal de que salgas vencedor en Olimpia”. Prómaco se sintió feliz con las palabras que le dijo su amigo y entrenador, que mintió, para así animarlo a ganar. Prómaco no solamente ganó, sino que su rival fue el famoso Polidamas, quien acababa de regresar de Persia, donde había realizado grandes hazañas invitado expresamente por el rey Darío II Ocón.

δύω δ' ἐν Ἴσθμῳ, πεντεκαίδεκ' ἐν Νεμέῳ· τὰς δ' ἄλλας νίκας οὐκ εὐμαρὲς
ἔστ' ἀριθμῆσαι.

CAPÍTULO XI

POETAS QUE CANTARON LOS JUEGOS

Ser alabado por un gran poeta era otro honor que la familia del vencedor y la patria le otorgaba. Poetas líricos como Simónides, Baquílides y sobre todo Píndaro, escribieron los epinicios o cantos de victoria para los vencedores olímpicos.

Desgraciadamente, de Simónides nos quedan muy pocas poesías, una de las cuales es el famoso epigrama que compuso en honor de los 300 espartanos muertos en las Termópilas¹ que dice: “Amigo, anuncia a los lacedemonios que yacemos aquí por obedecer sus leyes”. Es mejor traducir la palabra griega *xenos* por amigo, aunque también significaba extranjero, y es que el pueblo griego, hospitalario por excelencia, consideraba al extraño como un amigo. Otro famoso epigrama de él es el que compuso en honor de los vencedores de Maratón y que dice: “Los atenienses defendiendo a los griegos en Maratón, abatieron la fuerza de los opulentos Medos”.

Baquílides era sobrino e imitador de Simónides. Como su tío, estuvo también en la corte de Hierón, tirano de Siracusa. En un canto celebra la victoria del caballo de éste llamado Ferenicos.² También compuso epinicios en honor de varios vencedores olímpicos como Piteas de Egina, que fue también cantado por Píndaro.³ Desgraciadamente, sólo pequeños trozos de sus poemas han llegado hasta nosotros.

¹ Cf. Simónides, *Epigramas*, VII. 249: ὦ ξεῖν', ἀγγέλλειν Λακεδαιμονίοις, ὅτι τῆδε κείμεθα τοῖς κείνων ῥήμασι πειθόμενοι.

² Baquílides, *Epinicios*, V. 36-37, 182-186; *Fragmentos*, 20c. 7-10.

³ Píndaro, *Olímpicas*, I. 16-22; *Píticas*, III. 72-76.

El más grande de los poetas líricos fue Píndaro, quien era miembro de una familia aristocrática de Tebas, Beocia, como su gran antecesor Hesíodo. Nació en el año 518 a. C. y murió a una edad avanzada en el año de 445 a. C. Viajó por toda Grecia y fue muy honrado como huésped por todos aquellos en cuyo honor compuso sus poemas. De sus numerosas obras nos quedan sus famosas *Odas triunfales*, divididas en cuatro libros: *Olímpicas*, *Píticas*, *Nemeas* e *Istmicas*, comprenden en total 45 poemas. Los fragmentos de sus obras perdidas nos han sido conservados de varias citas de diferentes autores.

Píndaro no se afana por interesar a los aficionados con una descripción técnica de las pruebas gímnicas, sino que unas pocas palabras son suficientes para concebir la imagen de Ferenicos, el bello caballo alazán de Hierón de Siracusa, la de Asópicos, el bello niño de Orcómenos o la de Melisos, pequeño pero vigoroso como Heracles, y que así se fijen siempre en nuestra memoria. Asistía con mucha regularidad a los juegos olímpicos y su poder de observación era tan agudo que abarcaba todos los detalles de la hazaña del vencedor. Un contemporáneo suyo nos dice que su ojo estaba tan entrenado como el de los jueces y podía ver veinte atletas y contar después con lujo de detalles los movimientos de cada uno de los corredores. Fue tan grande la gloria de Píndaro en la Antigüedad que, cuando Alejandro destruyó Tebas, ordenó que se respetara la casa donde había nacido el poeta.

Para dar una ligera idea de su obra, traduciré parte de su primera oda *Olímpica* en honor de Hierón de Siracusa:⁴

⁴ Cf. Píndaro, *Olímpicas*, l. 1 y ss.: "Ἀριστον μὲν ὕδωρ, ὃ δὲ χρυσὸς αἰθόμενον πῦρ | ἄτε διαπρέπει νυκτὶ μέγανος ἐξοχα πλοῦτου·| εἰ δ' ἄεθλα γαρῦεν| ἔλδεται, φίλον ἦτορ, | μηκέτ' ἀελίου σκόπει| ἄλλο θαλπνότερον ἐν ἡμέρᾳ φαεινὸν ἄστρον ἐρήμας δι' αἰθέρος, | μηδ' Ὀλυμπίας ἀγῶνα φέρτερον ἀυδάσομεν·| ὄθεν ὁ πολύφατος ὕμνος ἀμφιβάλλεται| σοφῶν μητίεσσι, κελαδεῖν | Κρόνου παῖδ' ἐς ἀφνεῖαν ἰκομένους | μάκαιραν Ἰέρωνος ἐστίν, | θεμιστεῖον ὃς ἀμφέπει σκάπτον ἐν πολυμήλῳ | Σικελίᾳ δρέπων μὲν κορυφᾶς ἀρετᾶν ἄπο πασᾶν, | ἀγλαΐζεται δὲ καὶ μουσικᾶς ἐν ἰώτῳ, | οἷα παίζομεν φίλαν | ἄνδρες ἀμφὶ θαμὰ τράπεζαν. ἀλλὰ Δωρίαν ἀπὸ φόρμιγγα πασσάλου | λάμβαν', εἴ τί τοι Πίσας τε καὶ Φερενίκου χάρις | νόον ὑπὸ γλυκυτάταις ἔθηκε φροντίσιν, | ὅτε παρ' Ἄλφεω σῦτο δέμας | ἀκέννητον ἐν δρόμοις παρέχων, | κράτει δὲ προσέμειξε δεσπότην.

El agua es el mejor de los dones y el oro que brilla como una llama que se prende en la noche, borra todos los tesoros de la orgullosa opulencia. Si quieres cantar los juegos, corazón mío, no busques en el cielo desierto, cuando el día brilla, un astro más refulgente que el sol y no esperes celebrar una lid más gloriosa que Olímpica.

De ahí parte el himno que mil voces repiten; inspira el genio de los poetas que acuden para cantar al hijo de Cronos en el hogar bienaventurado de Hierón, que sostiene el cetro de la justicia en la fecunda Sicilia; que toma todas las virtudes de su tallo más alto; que goza con las delicias del canto y con nobles juegos, que nos reúnen alrededor de una mesa amiga. ¡Vamos! Descuelga del clavo la lira doria si el honor de Pisa y de Ferencos subyuga tu alma con los más dulces cuidados, cuando éste brinca sobre las orillas del Alfeo sin tener necesidad de espuela y conduce a la victoria a tu amo.

La Octava *Olímpica*⁵ en honor de Alcimedonte de Egina, luchador vencedor en los concursos de los jovencuelos afirma:

⁵ Cf. Píndaro, *Olímpicas*, VIII. 1 ss: Μᾶτερ ὦ χρυσοστεφάνων ἀέθλων, Οὐλυμπία,| δέσποιν' ἀλαθείας, ἵνα μάντιες ἄνδρες| ἐμπύροις τεκμαιρόμενοι παραπειρῶνται| Διὸς ἀργικεράνου,| εἴ τιν' ἔχει λόγον ἀνθρώπων πέρι| μαιομένων μεγάλην ἄ| ρετὰν θυμῷ λαβεῖν,| τῶν δὲ μόχθων ἀμπνοάν,| ἄνεται δὲ πρὸς χάριν εὐσεβίας ἄ| νδρῶν λιταῖς,| ἀλλ' ὦ Πίσας εὐδενδρον ἐπ' Ἄλφεῷ ἄλσος,| τόνδε κῶμον καὶ| στεφαναφορίαν δέ ξαι. μέγα τοι κλέος αἰεῖ,| ᾧ τινι σὸν γέρας ἔσπετ' ἀγλαόν,| ἄλλα δ' ἐπ' ἄλλον ἔβαν| ἀγαθῶν, πολλαὶ δ' ὀδοὶ| σὺν θεοῖς εὐπραγίας,| Τιμόσθηνες,| ἕμμε δ' ἐκλάρωσεν πότμος| Ζηνὶ γενεθλίῳ· ὃς σὲ μὲν Νεμέα πρόφατον,| Ἀλκιμέ| δοντα δὲ παρ Κρόνου λόφῳ| θῆκεν Ὀλυμπιονίκαν,| ἦν δ' ἐσορᾶν καλός, ἔργῳ τ'
οὐ κατὰ εἶδος ἐλέγχων| ἐξένεπε κ'ρατέων πάλα δολιχῆρετμον Αἴγιναν πάτραν,| ἔνθα σώτειρα Διὸς ξενίου| πάρεδρος ἀσκεῖται· Θέμις| ἔξοχ' ἀνθρώπων, ὃ τι γάρ| πολὺ καὶ πολλὰ ῥέπη,| ὀρθῶ διακρίναι φρενὶ μὴ παρὰ καιρόν| δυσπαλές· τεθμὸς| δὲ τις ἀθανάτων καὶ τάνδ' ἀλιερκέα χῶραν| παντοδαποῖσιν ὑπέστασε ξένοις| κίονα| δαιμονίαν· ὃ δ' ἐπαντέλλων χρόνος| τοῦτο πράσων μὴ κάμοι-.

Madre de los juegos donde se distribuyen las coronas tan preciosas y más que el oro, Olimpia, reina de la verdad, donde los adivinos, interrogando la llama de los sacrificios, piden a Zeus, el amo del brillante rayo, si quiere favorecer a los hombres cuyo corazón arde con el deseo de obtener una gran victoria y una recompensa para sus esfuerzos. Y la piedad hace que sus plegarias sean oídas. ¡Oh recinto sagrado de Pisa, riberas del Alfeo de frondosos árboles, acoged con flores esta procesión triunfal! Es eternamente grande la gloria del que recibe nuestra brillante recompensa.

Los bienes se reparten de diferente manera entre los hombres y hay, con la ayuda de los dioses, varios caminos. Oh, Timóstenes, el destino te colocó bajo la tutela de Zeus. Es el padre de tu raza y te cubrió de gloria en Nemea, y al pie de la colina de Cronos dio a Alcimedón la victoria Olímpica. La belleza de Alcimedonte ha excitado la admiración y sus hazañas no han desmentido su belleza. Egina, la de los largos remos, donde se honra a Temis, la salvadora asistente de Zeus, el hospitalario, tú eres el país que más la honra, mucho más que cualquier otro y un decreto de los inmortales ha levantado como una columna divina esta tierra donde vienen a romperse las olas.

CAPÍTULO XII

DECADENCIA DEL ATLETISMO

La gimnasia floreció en Grecia porque se usó para el engrandecimiento de la raza; fue la que hizo al joven, el *kaloskagathós*, el bello y el bueno, bello y fuerte en cuanto al cuerpo y al alma, cuya suprema recompensa era, en Olimpia, la corona de olivo silvestre. Pero cuando llegó la era de la filosofía, cuando Sócrates, Protágoras y demás sofistas al presentarse en los gimnasios y palestras en lugar de luchar trataban de entrar en el alma humana, entonces los efebos se fijaron en ellos. La filosofía, la retórica y la lógica fueron el ideal de la juventud, mientras que el atletismo, si no fue echado a un lado, sí encontró un gran enemigo. La juventud griega ya no se ocupa solamente del pentatlón, de la lucha o del pugilato; mejor acompaña a los oradores y a los filósofos. Poco a poco la gran masa del pueblo, apartándose de los juegos, aspiraba a obtener las siete artes liberales: Gramática, Retórica, Dialéctica, Aritmética, Geometría, Astronomía y Música. El efebo salía de su casa en las mañanas llevando libros bajo el brazo, en lugar de la esponja y la restregadera. En el segundo siglo a. C., los gimnasios poseen ya bibliotecas.

Después de la batalla de Queronea (338 a. C.) en que venció Filipo, rey de Macedonia, a los griegos; después que su hijo, Alejandro Magno, los condujo hasta los confines del mundo conocido, comenzó a manifestarse claramente la influencia de los pueblos orientales. Los generales de Alejandro empezaron a untarse con aceites perfumados, imitando así las costumbres persas y no para preparar su cuerpo a la competencia olímpica. En Antioquía, Antíoco el Epifanes hizo unos juegos en los que desfilaron 50 000 hombres, 800 efebos con coronas de oro, 1 000 toros y muchas estatuas de dioses y de héroes; y hubo luchas pero también combates contra fieras.

La dominación romana vino a dar un fuerte golpe a los juegos olímpicos. Los romanos eran, antes que todo, un pueblo guerrero y sus ejercicios más bien tendían a formar soldados. Los gladiadores, así llamados porque combatían con el *gladius* o espada corta, eran en su mayoría esclavos, delincuentes o también personas que por dinero habían elegido espontáneamente este oficio. Los juegos gímnicos en que habían tomado parte Zeus, Apolo, Hermes y Heracles, les eran completamente desconocidos.

Cuando, al conquistar Grecia, presenciaron los juegos griegos y sobre todo los olímpicos, quedaron asombrados. No pudieron comprender el significado de ellos, de esta noble competencia cuyo premio consistía en una simple rama de olivo. Pero al enfrentarse con una civilización superior, no pudieron evitar el imitarla. Los griegos en el pugilato admiraban la fuerza corporal, el esfuerzo, la habilidad y la resistencia, mientras que los romanos veían solamente la sangre. En el hipódromo de Roma, no competían hombres libres, sino esclavos. Pompeyo mató en cinco días 500 leones y 18 elefantes.

El cruel emperador Nerón se consideraba el primer citarista, el mejor poeta y el mejor conductor de carros. Instituyó en Roma unos juegos, los Neronios, en los que obtuvo todos los premios, porque todos sus competidores fueron eliminados como indignos de competir con él. Pero para obtener un triunfo más notable, quiso competir en Olimpia. Para poder participar en todos los juegos, pospuso, por dos años, los de la 211^a olimpiada (65 d. C.) y tomó parte tanto en los olímpicos como en los nemeos y en los ístmicos, saliendo vencedor en todos. En los ístmicos, cantó un himno a Poseidón y a Anftrite y, para ser vencedor, ordenó matar a su contrincante. En Olimpia cayó de su carro, pero sus oponentes lo levantaron, y por fin, fue declarado vencedor.¹

También las carreras de carros entre los romanos no se parecían en nada a las carreras olímpicas, donde había un esfuerzo coronado. En Roma, los juegos hípicas eran un negocio para los que tomaban parte, y para el público quedaba la satisfacción de una curiosidad y un

¹ Cf. Suetonio, *Vida de los doce Césares*, vi. 34.

motivo de disputas. Los aurigas se distinguían por el color de sus trajes y los espectadores se dividían en blancos, rojos, verdes o morados. Los juegos romanos eran espectáculos sangrientos que no tenían ninguna relación con la gimnasia, ya que tampoco había una noble emulación, pues para los romanos participar en los juegos era considerado como un acto servil.

Además, haciendo uso de su fuerza, dieron un golpe fuerte a la tradición porque si de acuerdo con las reglas olímpicas era prohibido a los bárbaros participar en los juegos, no fue posible aplicarlas a los romanos, porque se trataba de conquistadores. Así, por ejemplo, en la 175ª olimpiada (80 a. C.), solamente hubo competencia de niños, porque Sila se llevó a Roma a todos los atletas olímpicos para dar brillo a su triunfo cuando venció a los marianos. Contra todos esos golpes, los elios se defendían y, así, a la olimpiada que organizó Sila en Roma la llamaron Antiolimpiada. Por otra parte, por orden de Roma, varias ciudades obtuvieron el derecho de establecer juegos olímpicos. Emilio Paulo hizo juegos en Macedonia; Octavio, que después se llamó César Augusto, fundó los juegos Accios como recuerdo de su victoria en Accio contra Marco Antonio.

El emperador Adriano, de origen español, sobrino y sucesor de Trajano, gran admirador de Grecia y protector de Atenas, instituyó en la misma Atenas los juegos Panhelénicos, y en ninguna parte se sentía más a gusto que en Atenas, para cuyo embellecimiento y engrandecimiento trabajó con extraordinario afán. Terminó en el año 135 de nuestra era el grandioso templo de Zeus, cuya erección inició Pisístrato en el año 515 a. C. Era un templo díptero, con 104 columnas corintias de 17 metros de altura que rebasaba las proporciones corrientes del Atica. Junto con los de Efeso, Selinunte y Agrigento, se contaba entre los mayores templos de la Antigüedad clásica. Erigió también la Puerta de Adriano que da acceso al nuevo barrio oriental de la ciudad. Todavía sus inscripciones recuerdan al poderoso César romano, el máximo filoheleno y admirador de Atenas. La cara que mira a la ciudad antigua lleva estas palabras en griego: "Ésta es Atenas, la antigua ciudad de Teseo". La que mira a la nueva: "Ésta es la ciudad de Adriano, no de Teseo".

Como hemos dicho anteriormente, varias ciudades obtuvieron, por orden de los emperadores romanos, el derecho de establecer los juegos. Entre ellas se cuentan: Alejandría, Salónica, Efeso, Pérgamo, Esmirna, Nicea, Magnesia, Tarso, Nápoles de Italia y Cirene, con lo cual perdieron su prestigio los cuatro juegos clásicos, sobre todo los olímpicos. En estos juegos se introdujeron los espectáculos del Hipódromo Romano y todos ellos se habían convertido en negocios en los que se vendía la victoria. Sólo en Olimpia quedaban a la altura de la tradición, pues se prohibía y se castigaba su venta.

Los clásicos juegos griegos en su edad de oro comprendían la asociación de la educación física y de la cultura espiritual. El deporte era en Grecia alegría, salud, placer, belleza, relaciones sociales y entrenamiento físico. Pero en Roma fue un instrumento de la guerra y de la opresión. A pesar de este cambio de ideas sobre la educación, la gimnasia no hubiese decaído si no se presentasen otros nuevos factores. Apareció el ascetismo, que enseñaba que el cuerpo es la cárcel del alma y que la muerte es la liberación, que éste no solamente debe cuidarse, sino domarse por medio de ayunos y privaciones. Así es que, por una parte, el cristianismo recomendaba castigar al cuerpo y, paralelamente, por otra, el neoplatonismo pagano enseñaba que el hombre no puede elevarse si no se libra de la influencia de la materia.

En el año 330 hubo otro gran acontecimiento histórico: el traslado de los poderes de Roma a Bizancio por el emperador Constantino Magno, que la llamó Constantinopla o ciudad de Constantino. Si los emperadores romanos saquearon materialmente todos los tesoros artísticos de Grecia para llevarlos a Roma, tesoros que fueron destruidos por la invasión de los bárbaros, Constantino y sus sucesores hicieron estragos en las magníficas colecciones de estatuas que había en Grecia. Pero el Imperio Romano de Oriente comprendía en su seno varias nacionalidades y los sucesores de Constantino quisieron formar una nueva nacionalidad, la cristiana, para lo cual atacaron toda la mentalidad y la tradición griega. Hubo consideraciones políticas y una terrible lucha dentro de las fuerzas armadas del imperio entre los "idólatras", por una parte, y los cristianos, por otra.

Teodosio el Grande, de origen español, fue el último emperador de todo el Imperio, porque al morir dejó a su hijo mayor, Arcadio, el imperio de Oriente, con sede en la ciudad de Constantinopla, y a su hijo menor, Honorio, el de Occidente, con sede en Roma. Él mismo, mediante un edicto del año 381 de nuestra era, mandó que todos los ciudadanos profesasen la religión cristiana. Mediante un decreto en el año 394 de Cristo, ordenó la supresión de los juegos olímpicos, ordenando también que se llevara la estatua de oro y marfil de Zeus a Constantinopla, misma que se quemó en un incendio en el año 475 d. C. Finalmente, por orden del emperador Teodosio II, hijo de Arcadio, fue incendiado el templo de Zeus Olímpico.

Inmediatamente después vino la invasión de los godos, con Alarico, que saqueó completamente Olimpia. Siguieron después las hordas bárbaras, de los búlgaros, eslavos, y sobre todo de los turcos, que devastaron toda Grecia y especialmente Delfos y Olimpia. Además, en los años 522 y 551 hubo terribles terremotos que completaron la destrucción, echando por tierra lo que quedaba. El templo de Zeus fue sacudido desde sus cimientos; sus partes arquitectónicas se rompieron y las gigantes columnas cayeron al suelo, quedando solamente las bases. La catástrofe acabó con todos los monumentos y las estatuas que todavía quedaban, convirtiendo a Olimpia en un montón de ruinas.

Siguieron las inundaciones del Alfeo y del Cladeo, que empezaron a cubrir con arena y lodo el Altis, hasta una altura de cinco metros. Así quedó Olimpia durante siglos hasta que en 1723, el monje benedictino francés Bernardo Montfaucon dejó oír su voz a favor de ese suelo sagrado, siguiendo en 1767 el gran arqueólogo alemán Winkelmann. En el año de 1829, unos arqueólogos franceses, bajo la dirección del arquitecto Abel Blouet, hicieron las primeras excavaciones en Olimpia; éstos acompañaban al general Maison, que tomó parte en la batalla de Navarino. Dichas excavaciones duraron unos 40 días nada más porque al saber el gobierno griego que habían mandado secretamente varias piezas al Museo de Louvre de París, ordenó que se suspendieran los trabajos; esas piezas forman hoy parte de las metopas del templo de Zeus expuestas en el museo.

Mediante un arreglo entre el gobierno griego y el alemán, de los años 1875 a 1881, se hicieron metódicas excavaciones bajo el entusiasta amigo de la cultura griega Ernesto Kurtius, cuya estatua se encuentra en la entrada del Museo de Olimpia. La obra de Kurtius fue continuada por el sabio arqueólogo Guillermo Doerpfeld. Él, teniendo la seguridad de que el templo de Hera se remontaba al siglo II a. C., hizo excavaciones bajo sus cimientos, y halló restos de otros dos templos más antiguos. Otras excavaciones de él mismo, entre la Exedra de Herodes el Ático y el Metrón, sacaron a la luz construcciones prehistóricas con pequeños hallazgos que remontan a los principios del segundo milenio a. C.

Ahora podemos decir que las inundaciones de los ríos y el lodo del Cronión fueron benéficas, pues ocultaron las pocas obras de arte de los ojos voraces de los conquistadores e invasores, que quedaron así enterradas durante quince siglos.

EPÍLOGO

Los antiguos griegos fijaron, como hemos dicho, la fecha de sus juegos, después de cuatro años completos, desde la anterior celebración del festival, lo que ponía a la fecha de la celebración, en el quinto año. En el estadio de Delfos hay una piedra donde están grabados cinco anillos simbólicos del tiempo quinquenal para la celebración de los juegos. Este signo ha sido adoptado como el emblema de los Juegos, formando así un eslabón entre los antiguos y los modernos juegos olímpicos. Es en Olimpia también donde está el altar de mármol¹ donde la flama olímpica es encendida y llevada hacia la sede de los juegos olímpicos modernos.

Gracias al barón Pierre de Coubertin, quien luchó denodadamente para restablecer los modernos juegos olímpicos, y después de muchos esfuerzos, consiguió que fueran inaugurados en Atenas en abril de 1896. A esta primera Olimpiada de los tiempos modernos asistieron 13 naciones con un total de 484 competidores. Le debemos también a Coubertin la organización general de los juegos, el protocolo olímpico, el juramento admirable de los atletas, así como las ceremonias de apertura y clausura. A partir del año 1896, con interrupciones debidas a las dos grandes guerras, se celebraron los Juegos Olímpicos, en diferentes ciudades del mundo, cada cuatro años.

A México cupo el grande y muy merecido honor de ser escogido como sede para el año de 1968. La Ciudad de México, con su cielo entonces diáfano, que recordaba el de Olimpia, recibió y agasajó a los atletas del mundo en esa fecha. Los atletas mexicanos supieron corresponder a ese honor y demostraron al mundo que México tiene, bajo muchos

¹ De hecho, es el altar consagrado a Hera, que no el de Zeus. (cf. Fotinos, *op. cit.*, p. 25).

aspectos, similitud con la antigua Grecia, y que fue capaz también de presentar atletas dignos de llevar en su frente la corona de olivo.

Como dijo Tucídides² hace cerca de dos mil quinientos años: “La clase de eventos que alguna vez se han llevado a cabo, por razón de la naturaleza humana, se llevarán a cabo de nuevo”.

² Tal vez, Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, III, lxxxii, 2: γιγνόμενα μὲν καὶ αἰεὶ ἐσόμενα, ἕως ἂν ἡ αὐτὴ φύσις ἀνθρώπων ᾖ, μᾶλλον δὲ καὶ ἡσυχαιότερα καὶ τοῖς εἶδεσι.

BIBLIOGRAFÍA

- BOWRA, C. M., *La Grecia clásica*. México, 1980
- BOWRA, M., *Historia de la literatura griega*. Londres, 1930.
- CARANCOUNI, C., *Delfos* (en griego). Atenas, 1937.
- COUTRAS, I. P., *Las cosas más antiguas de Olimpia* (en griego). Atenas, s/f.
- DI PAOLO, A. et al., *Libro dei Giorni Italiani*. Roma, 1960.
- GOUVOUSSIS, K., *Grèce*. Atenas, 1970.
- HUMBERT, J., *Mitología griega y romana*. Barcelona, 1928.
- JARDE, A., *La Grèce Antique et la vie Grecque*. París, 1928.
- KERÉNYI, C., *Greece in colour*. Suiza, 1957.
- KIPARISIS, N., *Breve guía de la antigua Olimpia* (en griego). Atenas, 1929.
- MATTHEWS, R., *Greece a Photografic Journey*. England, 1992.
- NELSON, P., *Atlas of the classical world*. Nueva York, 1960.
- PAULINES, E., *Historia de la gimnasia*. Atenas, s/f.
- PECHLIVANIDIS, M., *The International Olympic Academy*. 2a. ed. Olimpia, 1962.
- PECHLIVANIDIS, M., *The International Olympic Academy*, 3a. ed. Olimpia, 1963.
- PERILLA, F., *Delphes*. Atenas, s/f.
- PIJOAN, J., *Historia del Arte*. Barcelona, 1914.
- PÍNDARO, *Píndaro Olímpicas*. Codex Vaticanus Graecus, 1312, fols. 1-95, Biblioteca Apostólica Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1968.
- POOLE, L. G., *History of ancient olympic games*. Nueva York, s/f.
- QUILLET, *Diccionario enciclopédico*, tt. III, V, VI. Barcelona, 1963.
- REVERDÍN, O. et al., *Crete in Colour*. Suiza, 1961.
- SANTINI, L., *Roma y Vaticano*, Italia, Plurigraf, 1987.
- SCHODER, R., *Marter Pieces of Greek Art*. Nueva York, 1952.
- WAGNER, N., *Grecia*. Alemania, 1958.

BIBLIOGRAFÍA DE LA ANOTACIÓN

Fuentes

Los nombres de los autores clásicos fueron conservados en su traducción al español para facilitar la consulta de esta bibliografía, pero debido a que muchos de los textos fueron consultados en el *Thesaurus Lingua Graeca* y el *Thesaurus Lingua Latina* en su versión de disco compacto, algunas de las ediciones no contienen todos los datos necesarios de una correcta ficha bibliográfica.

ALCIFRÓN, *Epistulae*. Ed. de M. A. Schepers. Leipzig, Teubner, 1905 (repr. Stuttgart: 1969).

ANTOLOGÍA GRIEGA, *Anthologia Graeca*. Ed. de H. Beckby. Munich, Heimeran, vols. 1-2: 1965; 3-4: 1968.

APOLODORO, *Bibliotheca*. Ed. de R. Wagner. Leipzig, Teubner, 1894. 169 pp.

APOLONIO RODIO, *Argonautica*. Ed. de H. Fraenkel. Oxford, Clarendon Press, 1961 (repr. 1970; 1a. ed. corr.).

ARISTÓFANES, *Lysistrata*. Ed. de V. Coulon y M. van Daele. París, Les Belles Lettres, 1928 (repr. 1967, [1a. ed. corr.]), vol. 3: *Aristophane*: pp. 119-177.

ARISTÓFANES, *Plutus*. Ed. de V. Coulon y M. van Daele. París, Les Belles Lettres, 1928 (repr. 1967, [1a. ed. corr.]), vol. 3: *Aristophane*: pp. 89-147.

ARISTÓFANES, *Ranae*. Ed. de V. Coulon y M. van Daele. París, Les Belles Lettres, 1928 (repr. 1967, [1a. ed. corr.]), vol. 4: *Aristophane*: pp. 85-157.

ARQUÍLOCO, *Fragmenta en Iambi et elegi Graeci*. Ed. de M. L. West. Oxford, Clarendon Press, 1971.

ATENEO, *Deipnosophistarum libri xv*. Ed. de G. Kaibel. Leipzig, Teubner, 3 vols: 1-2, 1887; 3.

- BAQUÍLIDES, *Dithyrambes, epinicias, fragments*. Ed. de J. Irigoin. París, Les Belles Lettres, 1993.
- CANTOS POPULARES, *Carmina Popularia*, en *Poetae melici Graeci*. Ed. de D. L. Page. Oxford, Clarendon Press, 1962 (repr. 1967) pp. 450-470.
- CEDRENO, *Compendium historiarum*. Ed. de I. Bekker. Leipzig, Teubner, 1867.
- CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Le protreptique*. Ed. de C. Mondesert. París, Cerf, 1949, pp. 52-193.
- DICTIS DE CRETA, *De Bello Trojano*. París, In Usum Delphini, 1880, 288 pp.
- DIÓDORO DE SICILIA, *Bibliotheca historica* (lib. 1-20). 3a ed. Ed. de F. Vogel y K. T. Fischer post I. Bekker L. Dindorf). Leipzig, Teubner, 1888, 5 vols.
- DIÓGENES LAERCIO, *Vitae philosophorum*. Ed. de H. S. Long. Oxford, Clarendon Press, 1964 (repr. 1966), 2 vols., vol 1: 246; vol. 2: 565 pp.
- DIÓN CRISÓTOMO, *Orationes*. Ed. de J. von Arnim. Berlín, Weidmann, vol. 1: 1893; 2: 1896 (repr. 1962).
- ELIANO, *De natura animalium*. Ed. de R. Hercher. Leipzig, Teubner, 1864 (repr. Graz: Akademische Druck-und Verlagsanstalt, 1971), pp. 3-436.
- ELIANO, *Varia historia*. Ed. de R. Hercher. Leipzig, Teubner, 1866 (repr. Graz: Akademische Druck-und Verlagsanstalt, 1971), pp. 3-172.
- EPICETETO, *Dissertationes ab Arriano digestae*. Ed. de A. G. Roos y G. Wirth. Leipzig, Teubner, 1968 (1a ed. corr.), pp. 198-223.
- ERATÓSTENES, *Catasterismi*. Ed. de A. Olivieri. Leipzig, Teubner, 1897.
- ESCITINO, *Fragments, en Iambi et elegi Graeci*. Ed. de M. L. West). Oxford, Clarendon Press, 1972, vol. 2. 96 pp.
- ESCOLIA A ARATO, *Scholia in Aratum (scholia vetera)*. Ed. de E. Maass. Berlín, Weidmann, 1898 (repr. 1958).
- ESCOLIA A ARISTÓFANES, *Scholia in aves (scholia vetera)*. Ed. de F. Dubner. París, Didot, 1877 (repr. Hildesheim: Olms, 1969), pp. 209-247.
- ESCOLIA A LA ILÍADA, *Scholia in Iliadem (scholia vetera)*. Ed. de H. Erbse. Berlín, De Gruyter, vols. 1-5, 7: 1969-1971, 1988.
- ESQUILO, *Aeschyli tragoediae*. 2a. ed. Ed. de G. Murray. Oxford, Clarendon Press, 1955 (repr. 1960).
- ESQUILO, *Die Fragmente der Tragödien des Aischylos*. Ed. de H. J. Mette. Berlín, Akademie-Verlag, 1959.

- ESTRABÓN, *Geographica*. Ed. de A. Meineke. Leipzig, Teubner, 1877 (repr. Graz: Akademische Druck-und Verlagsanstalt, 1969): 3 vols.
- EURÍPIDES, *Tragedies*. 6a. ed. Trad. al inglés de Arthur S. Way. Londres, Heinemann (Loeb Classical Lybrary), 1962. (1a. ed., Londres, 1912), vol. 3.
- FILÓSTRATO, *Flavii Philostrati Opera*. Ed. de C. L. Kayser. Leipzig, Teubner, 1870 (repr. Hildesheim, Olms, 1964), vol. 1.
- GALENO, *Opera Omnia*. Ed. de C. G. Khun. Leipzig, Knobloch, 1823 (repr. Hildesheim: Olms, 1965), vol. 5.
- HERODOTO, *Historias*. 2a. ed. Introd., trad. y notas de A. Ramírez Trejo. México, UNAM, 1984 (Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- HESÍODO, *Teogonía*. Est. gral., introd., versión rítmica y notas de P. Vianello de Córdoba. México, UNAM, 1978 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- HIGINIO, *Astronomica*. Ed. de A. Le Boeuffle, 1983.
- HIGINO, *Fabulae*. Ed. de H. J. Rose. Leiden, Brill, 1933.
- HIMNOS HOMÉRICOS: *Hesiod, the homeric hymns and homeric*. 2a. reimpr. Trad. al inglés de H. G. Evelyn-White. Londres, Heinemann (Loeb Classical Lybrary), 1943 (1a. ed., Londres, 1914).
- HOMERO, *Iliada*. Introd., versión rítmica y notas de R. Bonifaz Nuño. México, UNAM, 1996 (Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), vol. 1.
- HOMERO, *Odyssey*. Trad. de A. T. Murray. Londres, Heinemann, 1995 (Loeb Classical Lybrary), vol. I, 498, vol. II.
- HORACIO, *Carmina*. Ed. de F. Klingner, 1959.
- JENOFONTE, *Xenophontis Opera Omnia*. Ed. de E. C. Marchant. Oxford, Clarendon Press, 1900 (repr. 1968).
- JULIANO, *Oeuvres completes*. Ed. de J. Bidez. París, Les Belles Lettres, 1960.
- LUCIANO, *De saltatione*. Ed. de A. M. Harmon. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1936 (repr. 1972).
- LUCIANO, *Dialogi deorum*. Ed. de M. D. Macleod. Cambridge, Harvard University Press, 1961, vol. 7: *Lucian*.
- MOSCO, *Europa*. Ed. de A. S. F. Gow. Oxford, Clarendon Press, 1952 (repr. 1969): *Bucolici Graeci*.

- NONNO, *Dionysiaca*. Ed. de R. Keydell. Berlín, Weidmann, 1959, 2 vols.
- OVIDIO, *Ars Amatoria* (Ovid in Six Volumes, vol. 2, Ed. de J. H. Mozley; G. P. Goold, 1979).
- OVIDIO, *Metamorfosis*. Introd., versión rítmica y notas de R. Bonifaz Nuño. México, UNAM, 1980 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- PAUSANIAS, *Description of Greece*. 5a. reimpr. Trad. al inglés de W. H. J. Jones. Londres, Heinemann, 1969 (Loeb Classical Library) (1a. ed., Londres, 1918).
- PÍNDARO, *Odas: Olímpicas, Píticas, Nemeas, Ístmicas*. Introd., versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño). México, UNAM, 2005 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- PLATÓN, *Opera*. Ed. de J. Burnet. Oxford, Clarendon Press, 1901, vol. 2. (repr. 1967).
- PLINIO, *Natural history*. 5a. reimpr. Trad. de H. Rackman. Londres, Heinemann, 1969 (Loeb Classical Library), (1a. ed., Londres, 1942).
- PLUTARCO, *Moralia*. Ed. de W. Sieveking. Leipzig, Teubner, 1935 (repr. 1971).
- PLUTARCO, *Vitae Parallelae*. 4a. ed. Ed. de K. Ziegler. Leipzig, Teubner, 1969.
- PROPERCIO, *Elegiae*. Ed. de G. P. Goold, forthcoming.
- SUETONIO, *De Vita Caesarum*. Ed. de M. Ihm. 1908.
- TUCÍDIDES, *Historiae*. 2 vols. Ed. de H. S. Jones y J. E. Powell. Oxford, Clarendon Press, 1942 (repr. 1: 1970; 2: 1967).
- VIRGILIO, *Eneida*. Introd., versión rítmica y notas de R. Bonifaz Nuño. México, UNAM, 1972 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- ZONARAS, *Lexicon*. Ed. de J. A. H. Tittmann. Leipzig, Crusius, 1808 (repr. Amsterdam: Hakert, 1967).

Literatura especializada

- BARING, Anne y Jules Cashford, *El mito de la diosa. Evolución de una imagen*. Trad. de Andrés Piquer et al. México, Ediciones Siruela/FCE, 2005.
- BIEDERMANN, Hans, *Diccionario de símbolos*. Trad. de Juan Godo Costa. Barcelona, Paidós, 1993.
- BLOCH, Raymond, *La adivinación en la Antigüedad*. Trad. de Víctor Manuel Suárez Molino. México, FCE, 1985. (Breviarios, 391)
- BURKERT, Walter, "From epiphany to cult statue", en Alan Lloyd, ed., *What is a God? Studies in the nature of Greek divinity*. Chippenham (Wiltshire), Duckworth-The Classical Press of Wales, 1997.
- BURKERT, Walter, *Greek religion*. 10a. reimpr. Trad. de J. Raffan. Cambridge University Press, 1985.
- CORRIPIO, Fernando, *Diccionario etimológico general de la lengua castellana*. Barcelona, Brugera, 1984. (Brugera-Libros de Consulta).
- COTTRELL, Leonard, *El toro de Minos*. 7a. reimpr. Trad. de Margarita Villegas. México, FCE, 1987. (Breviarios, 138).
- CHADWICK, John, *El mundo micénico*. Trad. de José Melena. Barcelona, Altaya, 1997. (Grandes Obras de la Historia, 47).
- DIETRICH, Bernard C., "Religión, culto y sacralidad en la civilización creto-micénica", en Julien Ries, coord., *Tratado de antropología de lo sagrado. Las civilizaciones del Mediterráneo y lo sagrado*. Trad. de María Tabuyo y Agustín López. Madrid, Trotta, 1997. (Paradigmas, 15).
- DIEZ DE VELASCO, Francisco, *Lenguajes de la religión. Mitos, símbolos e imágenes de la Grecia antigua*. Madrid, Trotta, 1998. (Paradigmas, 20).
- FOTINOS, Espiros, *Olimpia. Guía completa*. Trad. de Carmen García Herrero y Berna Nardin. Atenas, Ediciones Olímpicas, 1982.
- GOODISON, Lucy y Christine Morris, "Beyond the Great Mother: the Sacred World of the Minoans", en Lucy Goodison y Christine Morris, eds., *Ancient Goddesses*. Wisconsin, The University of Wisconsin, 1998.
- GUILLÉN, José, *Urbs Roma. Vida y costumbres de los romanos. vol. III: Religión y ejército*. Salamanca, Sígueme, 2001. (El peso de los días, 9).

- LIDDELL, H. G. y R. SCOTT, *Greek-English Lexicon. With a Revised Supplement*. Oxford, Clarendon Press-Oxford, 1996.
- MACGILLIVRAY, Joseph A., *Minotaur. Sir Arthur Evans and the Archeology of Minoan Myth*. Nueva York, Hill and Wang, 2000.
- MEANA CUBERO, José, trad., *Estrabón. Geografía. Libros II-III*. Madrid, Gredos, 2001. (Biblioteca Básica Gredos, 56).
- O'BRIEN, J. V., *The transformation of Hera. A study of ritual, hero and the Goddess in the Iliad*. Boston, Rowman & Littlefield, 1993. XVI+ 248 pp.
- ORGEI, Doris, *We Goddesses. Athena, Aphrodite, Hera*. Nueva York, DK Publishing, 1999.
- RUIZ DE ELVIRA, Antonio, *Mitología clásica*. 2a. ed. Madrid, Gredos, 1988 (1975).
- SEYFFERT, Oskar, *Dictionary of Classical Antiquities*. Cleveland/Nueva York, Meridian Books.
- VERMASEREN, Maarten, *Cybele and Attis. The Myth and the Cult*. Trad. de A. M. H. Lemmer. Londres, Thames and Hudson, 1977.
- VERMEULE, Emily, *La muerte en la poesía y en el arte de Grecia*. Trad. de José Melena. México, FCE, 1984.
- VOYATZIS, Mary E., "From Athena to Zeus: An A-Z Guide to the Origins of Greek Goddesses", en Lucy Goodison y Christine Morris, eds., *Ancient Goddesses*. Wisconsin, The University of Wisconsin, 1998.
- WARRY, John, *Warfare in the Classical World*. Londres, Salamander Books, 1980.
- WASSON, Gordon et al., *El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los misterios*. Trad. de Felipe Garrido. México, FCE, 1980. (Breviarios, 305).

ÍNDICE

Prólogo	7
Presentación	11
Semblanza bibliográfica del maestro Demetrio Frangos.....	13
Capítulo I. Posición geográfica de Grecia.....	17
Capítulo II. Los dioses de Grecia.....	23
Capítulo III. Los Oráculos	35
Capítulo IV. Leyenda e historia	41
Capítulo V. Olimpia y sus monumentos.....	47
Capítulo VI. El museo de Olimpia.....	63
Capítulo VII. Los cuatro juegos más importantes de Grecia.....	77
Capítulo VIII. Fecha y duración de los juegos	83
Capítulo IX. Los entrenadores	105
Capítulo X. Atletas famosos de la Antigüedad.....	109

Capítulo XI. Poetas que cantaron los juegos	115
Capítulo XII. Decadencia del atletismo	119
Epílogo.....	125
Bibliografía	127
Bibliografía de la anotación	129

Historias y mitos de los juegos olímpicos de la Antigüedad, de Demetrio Frangos, editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2024 en el taller de Color Arte, Rinconada Macondo, Edificio José A., colonia Pedregal de Carrasco, Alcaldía Coyoacán, CDMX. Se tiraron 300 ejemplares impresos offset en papel cultural de 95 gramos. La tipografía se realizó en tipos Adegas Serif. El diseño de los forros e interiores fue realizado por Alejandra Torales M., con colaboración de Daniela Macías Galván. La formación estuvo a cargo de Cuatro Diseño. Cuidó la edición Juan Antonio Rosado Zacarías.

Ekató, serie coordinada por Frances Rodríguez Van Gort, Roberto de Jesús Villamil Pérez, Federico José Saracho López y Juan Carlos H. Vera.

EKATÓ

